

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

PATRIOTISMO

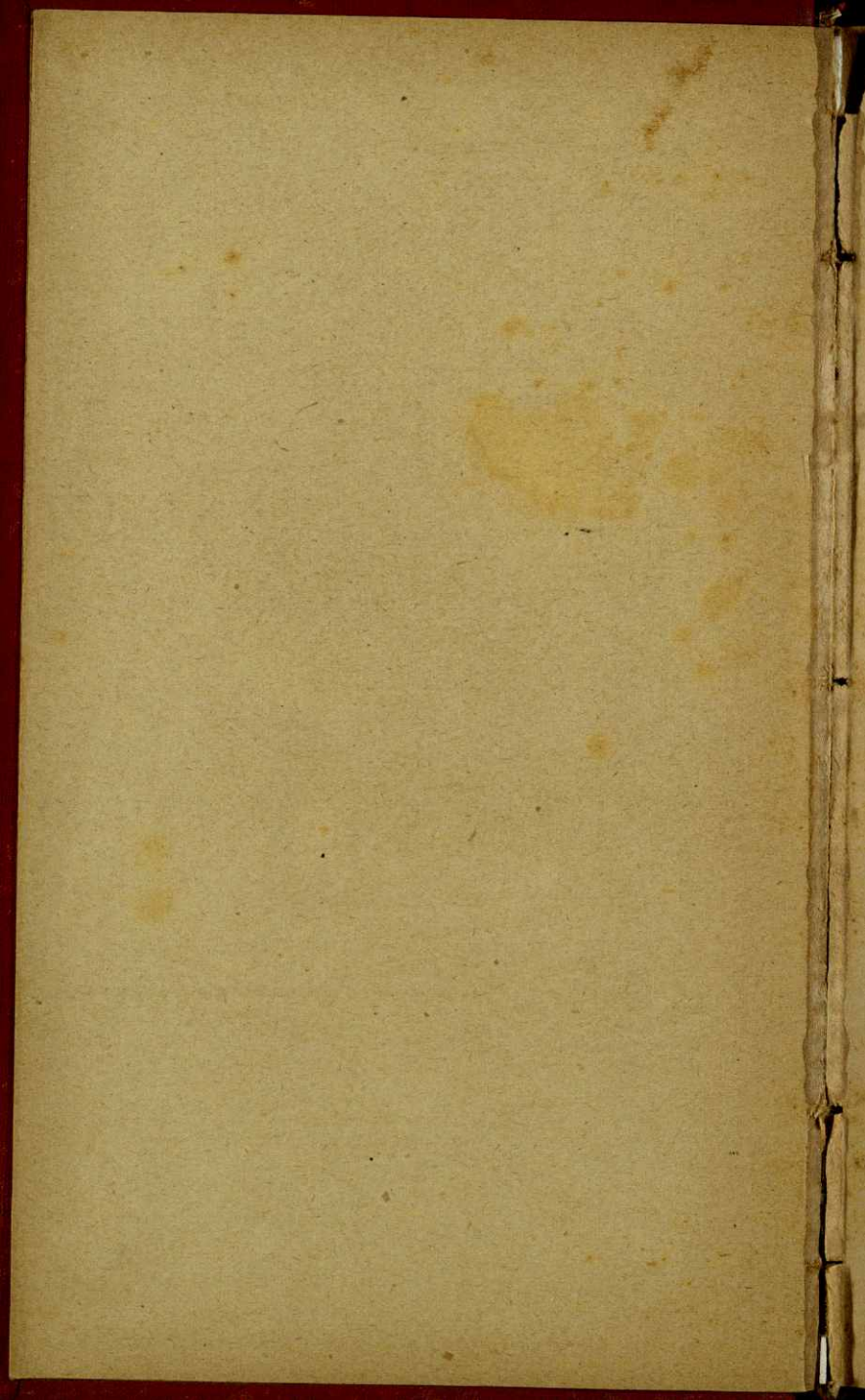


Y

OLONIZACION

R-1164

N7/20

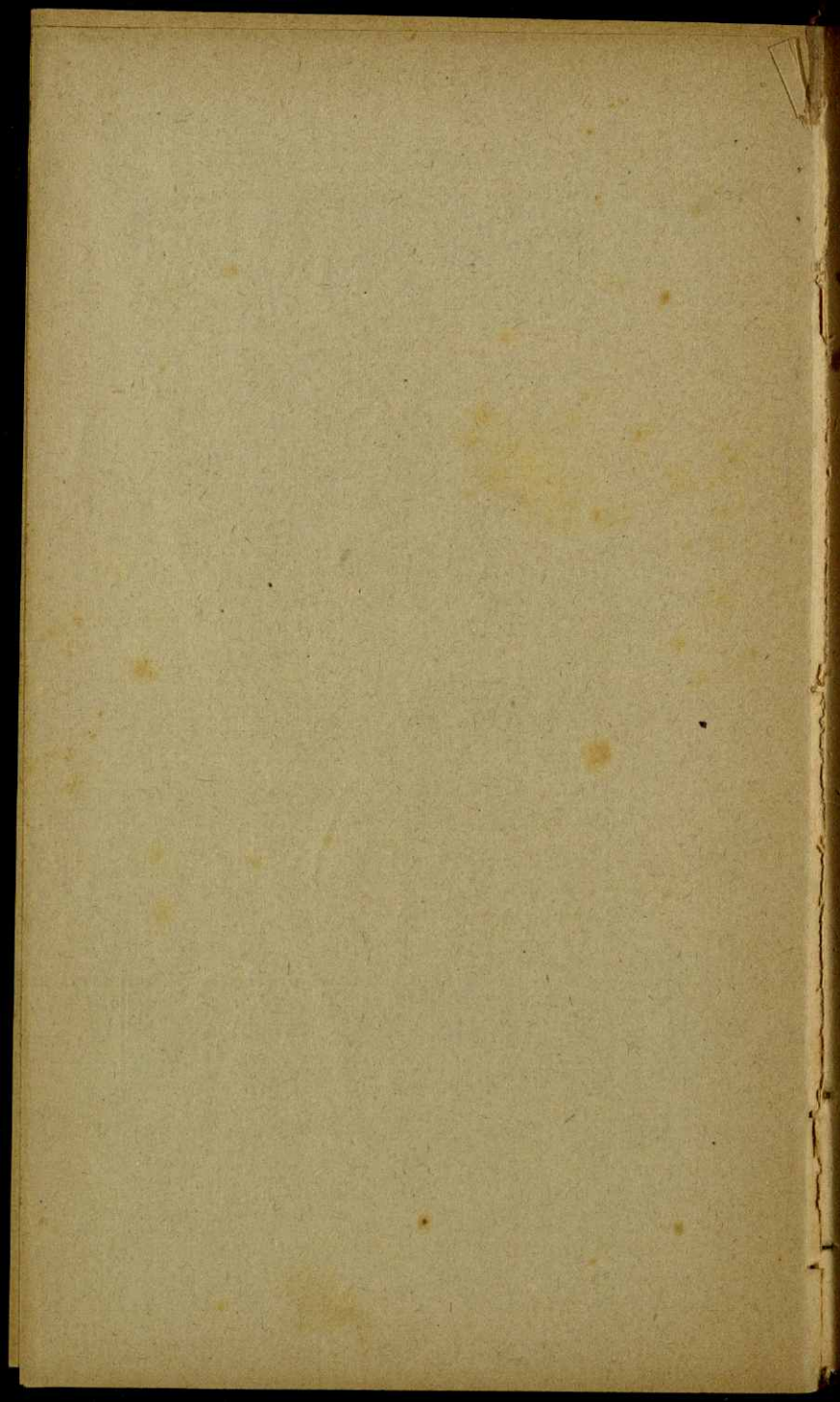


PATRIOTISMO



Y

COLONIZACION



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

PATRIOTISMO Y COLONIZACION

CON UN PREFACIO DE

ELISEO RECLUS

TERCER LIBRO DE LECTURA



BARCELONA

CALLE DE BAILÉN, NÚMERO 56

1904

—
Es PROPIEDAD
—

Imprenta de Antonio López, calle del Olmo, número 8, Barcelona

PREFACIO

¡Patriotismo! ¡Colonización! Los documentos reunidos en este volumen demuestran con toda evidencia lo que es esa «virtud» llamada patriotismo y esa obra que tanto se glorifica bajo el nombre de colonización.

Reconozcamos ante todo que las dos palabras se prestan á equivocaciones, confusiones y aun á manifestaciones hipócritas.

Muy laudable es, sin duda, el amor de la tierra natal, de las gentes de su país y de los hermosos libros escritos en su lengua; lo es igualmente establecerse como colono en un país lejano, y convertir con el propio trabajo el terreno inculto y árido en laborable y fértil.

Si el patriotismo y la colonización se entendieran de ese modo, nos inclinaríamos respetuosamente deseando el éxito más feliz á los patriotas y á los colonos. Diré más: personalmente soy un ardiente patriota y en mi juventud traté concienzudamente

de ser colono; todavía, viviendo lejos de mi tierra natal y ganando mi vida en un país extranjero, soy colono á mi manera y sin el menor remordimiento.

Pero bajo los nombres de patriotismo y de colonización se entiende comúnmente cosa muy distinta. Esas dos palabras no significan el amor del suelo ni el libre establecimiento en países lejanos. A juzgar por los que más ahuecan la voz para proclamarse «patriotas,» no basta amar su país, profesar especial cariño á los amigos de la infancia, hablar su lengua con respetuosa perfección; se necesita además estremecerse de orgullo á la vista de la bandera que ostenta los colores llamados nacionales; se ha de marcar el paso al compás de tambores y trompetas; es preciso tomar el partido de su país, aun cuando no tenga razón; hay que regocijarse cuando la realización, verdadera ó falsa, de una batalla habla de centenares de hombres calificados de enemigos que yacen en el suelo convertido en lodazal sanguinolento, con los miembros rotos y las entrañas esparcidas en su derredor. El francés ha de odiar al alemán, el alemán al ruso, el español al yanqui, el italiano al austriaco, etc., etc., y recíprocamente: ¡odiémonos unos á otros; tal es la enseñanza del nuevo evangelio patriota!

Con tales premisas, júzguese qué entenderá el patriota por colonización: el derecho á la perpetración de todos los crímenes. Afortunadamente la multitud de los que se expatrián no va toda impregnada de esas ideas: la acción de los europeos sobre los pueblos extranjeros se hace á la vez por los me-

jores y por los peores; porque los mejores, los más valiosos, los más audaces y al mismo tiempo los más deseosos de aprender, y también á veces los que se apartan de la opresión animados del fiero amor de la independencía son portadores del saber y verdaderos civilizadores; gracias á ellos se exparcan las ideas, se aprenden los oficios y las artes, de modo que por el contacto de individuo á individuo se llega á abarcar la humanidad consciente. Mas cuando se trata de colonias verdaderas ó supuestas obtenidas por la conquista brutal, por cobardes é inicuas agresiones del fuerte contra el débil, ¡ah! entonces son los peores los que arroja la nación conquistadora para tomar rapaz posesión de su territorio. Dándose el título de «madre patria,» pretende, con hipocresía suficiente para engañar incautos, «llevar la civilización» ó, si conviene reforzar el engaño, «propagar los grandes principios» en pueblos lejanos; pero el objeto incontestable que encubren esas fórmulas tenidas por respetables y honrosas no es otro que el robo: al «colonial» (1) no le inspira otro fin que apoderarse, sea de los tesoros, de las tierras y de los hombres que las pueblan, sea del poder y de los títulos á su encumbramiento.

(1) *Colonial*, lo mismo en francés que en español, sin diferencia de pronunciación ni ortografía, es un adjetivo que se convierte aquí en sustantivo para designar el tipo que presenta el autor, para no confundirle con el representado por la voz *colon* francesa ó *colono* española, que significa el que trabaja en la colonia, más ó menos conscientemente, pero sin aquel exclusivismo de maldad.

Como la obra en su conjunto es mala, cuanto peores sean los agentes dedicados á cumplirla tanto más idóneos serán para el caso. Acompañando a esos funcionarios civilizadores, van los mercaderes con la misión especial de crear necesidades entre los indígenas antes acostumbrados á una vida sencillísima. Los esfuerzos de los supuestos colonizadores se combinan para suscitar pedidos, con especialidad aguardiente: á partir de ese hecho, el negro, á quien se impulsa á la locura, usa de la moneda que antes desconocía para hartarse de alcohol.

En cuanto á la suerte del trabajador «libre,» ¡infeliz! su tarea está señalada; si no la cumple, si no trae el marfil, el caucho, la goma copal ó el saco de semillas que de él se espera, ha de conformarse con el palo, con el látigo ó con el revólver!

ELÍSEO RECLUS



PATRIOTISMO Y COLONIZACIÓN



OR qué hay tantas naciones en Europa, cuando sólo hay una raza de hombres? Nuestra asociación europea, su contrato social, la solidaridad de relaciones de gobierno á gobierno ó de pueblo á pueblo, y hasta su representación nacional donde la hay, ó su camarilla donde no hay otra cosa, repre-

sentan al natural una reunión de gozquecillos que regañan delante de una escudilla de sopa, mientras el perro más grande come, volviéndose de vez en cuando como para excitar á los menudos canes á morderse con más rabia.

Pues, pueblos de todas las naciones, si carecéis de lo necesario, si estáis enclenques y hambrientos, si en vez de avanzar camináis por una vía retrógrada, se debe, perdonadme la expresión, á que sois

más estúpidos que pobres. Y si no decidme, á vosotros mismos lo pregunto: ¿Cómo no ha de ser de ese modo, si consentís en emplear vuestros brazos en fertilizar la tierra, en vivir y hacer que vivan los otros, en impedir á esos otros que fertilicen esta tierra, que vivan y os ayuden á vivir, y esto porque usan otro nombre, hablan otra lengua ó sólo porque ponen en la punta de un palo un trapo de diferente color que el que lleváis vosotros? ¿Es eso una razón? ¿No es su sangre roja como la vuestra? ¿Es acaso diferente su corazón ó funciona de distinto modo? ¿No son iguales vuestras necesidades y vuestros sufrimientos? Por último, siendo hombres como vosotros, no se han vuelto también miserables embrutecidos, pobres gozquecillos, pelados, tiñosos, zurrados y mordidos por mastines semejantes á los que os muerden? Más aun: *Su* nación, que así la llaman, como vosotros decís *nuestra* nación, ¿no se halla dividida en una minoría que disfruta y en una mayoría que perece?

Puesto que padecéis del mismo mal, es seguro que para curaros necesitéis el mismo tratamiento, y sería lástima que después de haberos enzarzado delante de la sopa, regañaseis también delante del remedio. Sin embargo, el remedio es muy fácil.

—Sin duda vendrá usted á decirnos que ya que somos aquí diez mil contra uno, nada más sencillo que armarnos, sublevarnos todos á una, atacar á los mastines, matarlos y repartirnos después sus pieles para abrigarnos.

--No; no es eso, simpáticos gozquecillos, porque

eso que intentáis hoy, lo habéis hecho lo menos veinte veces, y, hecha la cosa, habéis quedado tan perrillos como antes, aunque más feos, más despreciados, más tiñosos que antes: únicamente habéis cambiado de mastines: en lugar de ser blancos, eran rojos; en vez de dos colmillos en cada mandíbula, tenían cuatro, y no contentándose ya con comer vuestra sopa, quieren echaros en ella para que deis más substancia; y lo mismo sucederá mientras no cambiéis de procedimiento, es decir, en tanto que recurráis á las armas; porque nunca faltará quien después de haberlas tomado no quiera dejarlas prefiriendo servirse de ellas para convertirse á su vez en mastín.

—Entonces, pensará usted, nosotros haremos como los otros.

—Ni más ni menos, y, hecha la cosa, habrá que comenzar de nuevo; de modo que por ella pasaréis todos, unos después de otros, hasta que en último término no queden más que vuestros huesos mudos para explicar el suceso. Bien veis que el medio es ineficaz.

Yo os indicaré uno mejor y mucho menos peligroso; hasta me atrevo á calificarle de infalible: este medio consiste, no en hacer, sino en cesar de hacer.

Ya habéis visto que los mastines reunidos no forman numéricamente la diezmilésima parte del grupo de los perrillos, y que sólo porque los gozquecillos regañaban entre sí podían los mastines ser los amos: ¿cómo se componen los perros gran-

des para enemistar á los pequeños? En otro tiempo se les daba una lanza y un escudo, ó un arco y unas flechas; en la actualidad se les obliga á tomar un fusil con su bayoneta; pues bien, cruzaos de patas, y, ni por oro, ni por plata, ni por promesas, ni por amenazas, no consintáis tocar esas armas.

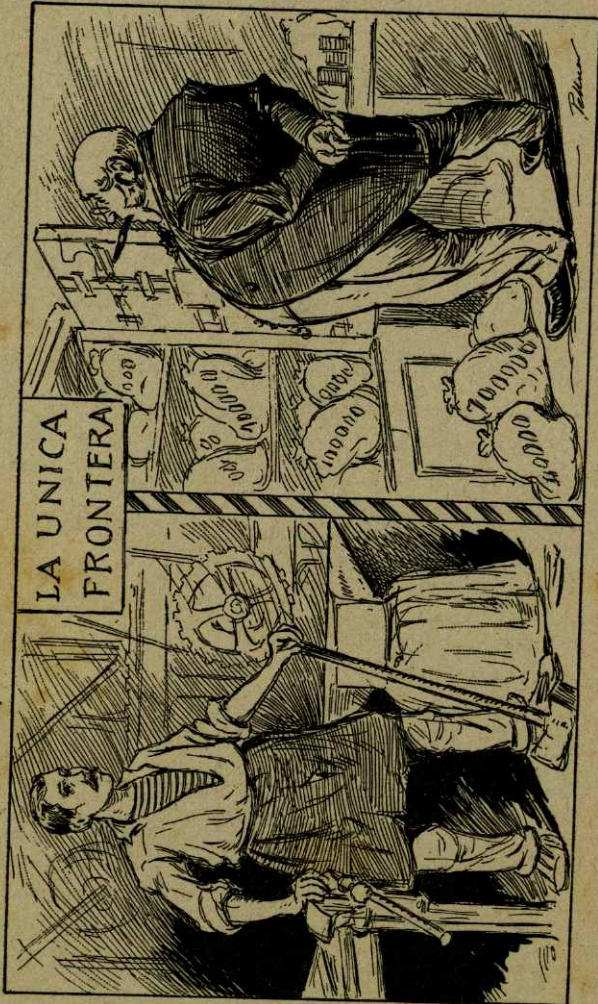
Se enviará contra vosotros los gendarmes; dejadlos venir. Se os llevará á la cárcel; dejaos encarcelar. Se os conducirá ante el juez; que os conduzcan. Se os condenará á uniros á un regimiento, en el que se os obligará á hacer el ejercicio, y para ello se os presentará otra vez el fusil.

¡Alto aquí! tened presente que se os pone ese fusil en las manos para matar un hombre que no os ha hecho ningún daño ni quiere hacéroslo, que, como vosotros, no desea sino trabajar honradamente y vivir de su trabajo y á quien se ha obligado como se os obliga á vosotros mismos á sacrificar su reposo, su tiempo y su sangre en la defensa de intereses que no son los suyos y de principios que no puede comprender porque no están fundados ni sobre el buen sentido ni sobre el buen derecho; ó bien al contrato que no ha hecho y que jamás consentiría en hacer porque no le libra de la opresión ni del hambre. ¡Libraos de tocar ese fusil como si fuera de hierro candente!

Por esa negación se os tratará de rebeldes, de cobardes, de faltos de sentimientos; ¡y qué! no toquéis el fusil. Se os mostrará al enemigo invadiendo la patria, ¡que la invada! Se os le mostrará derribando el trono ó el sillón presidencial, ¡qué os

importan esos trastos! ¿no sabéis que no hay patria donde se limita ó se niega la ración de pan? Si el extranjero os lo trajera, él sería vuestro padre nutricional; si no os lo trajera, tampoco os lo quitaría, puesto que carecéis de él. Lo repito una vez más; no toquéis el fusil y dejadles decir.

Vuestros mandarines gritarán, se indignarán, dejadlos que griten y se indignen: ello no durará siempre, ni siquiera durará, por poco que vuestro ejemplo cunda y que ni uno de vosotros toque sus malditos instrumentos homicidas. La cosa no es difícil, buenos gozquecillos, y no os pido más; pero eso poco, ¡eso sí! os lo recomiendo expresivamente, porque en ello radica todo el secreto de la cosa y el remedio á todos vuestros males; remedio heroico, remedio infalible y cuyo resultado sería inmediato si todos los soldados de Europa, todos los soldados del mundo; en resumen, si todos los maniqués, todos los imbéciles, todos los burros albardados con un uniforme, que los mastines mandones hacen dar saltos y cabriolas á su gusto, quisieran, no precisamente tirar las armas á las narices de sus oficiales—los buenos modales sientan bien hasta á los burros,—sino depositándolas graciosamente á sus pies, diciendo: «Dejo los laureles por las coles, y me voy á plantar las mías; hagan ustedes otro tanto con las tuyas, ó bátanse entre sí, señores capitanes, si así les place. ¡Salud! cedo á ustedes mi parte de gloria: desde hoy les pertenece por completo, recójala y la historia de los héroes no se escribirá ya sobre la piel de los pueblos. La lanza á los caba-



llos, la reja aratoria á los obreros; pero no toque la lanza á la reja, porque sino la reja romperá la lanza y el brazo que la sostiene.—Así sea.»

BOUCHER DE PERTHES ;

(*Hommes et choses*, t. III)

No os enfadéis por una bandera, que no es más que tres metros de algodón puestos en la punta de un palo.

J. SIMON

(*Le Fermier de Crastignac*, en la *Lecture*, n.º 150, 25 sbre. 1893)

Un muchacho pastelero que había ido al colegio y que recordaba aún algunas frases de Cicerón, se vanagloriaba un día de amar á su patria.—«¿Qué entiendes por patria?» le preguntó un vecino. ¿Es tu horno; es la aldea en que naciste y donde no has vuelto más; es la calle en que viven tu padre y tu madre, que se han arruinado y que te han reducido á amasar y cocer bollos para vivir; es la casa de la villa, donde ni siquiera serás amanuense de un teniente de alcalde; es la catedral donde no lograste siquiera ser monaguillo, en tanto que un viejo chicho es arzobispo y tiene una renta de veinte mil luises en oro?

El joven pastelero no supo qué contestar.—Un pensador que escuchaba esta conversación dijo que

en una patria algo extensa hay siempre algunos millones de hombres que no tienen patria.

—Tú, voluptuoso parisién, que no has hecho otro gran viaje que el de Dieppe para comer mariscos frescos, que no conoces más que tu casa en la ciudad, tu bonita casa de campo y tu palco en esa Ópera donde el resto de Europa se obstina en aburrirse, que hablas agradablemente tu lengua porque no sabes otra; tú amas todo eso y todo aquello que te halaga y te divierte, el vino de Champagne que te llega de Reims, tus rentas que el Estado te paga cada seis meses, ¿y dices que amas tu patria?—¿Acaso el oficial y el soldado que devastarían su cuartel de invierno si se les dejase hacer, profesan un tierno amor á los campesinos á quienes arruinan?—¿Dónde estaba la patria del duque de Guisa el Balafre, en Nancy, París, Madrid ó Roma? ¿Qué patria era la vuestra, cardenales de la Balue, Duprat, de Lorraine, Mazarino?—¿Dónde estaba la patria de Atila y de cien héroes de ese género, que, corriendo siempre, no se hallaban jamás fuera de su camino?—Quisiera que se me dijese cuál era la patria de Abraham.—Creo que fué Eurípides, en su *Phaéton*, el primero que escribió: *La patria es donde quiera que uno se encuentra bien; —pero el primer hombre que salió del lugar de su nacimiento para buscar en otra parte su bienestar, lo había dicho antes que él.*

VOLTAIRE

(*Dictionnaire philosophique*)

Hace algunos meses que no se habla más que de guerra en Europa; de quién perfeccionará mejor el mecanismo de la jeringa de muerte, que se trata de hacer que sea de repetición; de quién cebará los obuses ventripotentes de mayor cantidad de dinamita; de quién en menos tiempo hará más picadillo de carne humana.

Y todas esas podredumbres se envuelven como una confitura en papel fino con dorados y flequillos patrióticos, adornado con una cromolitografía que representa un particular galoneado y empenachado con el pretexto de que es general.

Si uno hace gesto de repugnancia ante tales porquerías, es inmediatamente fusilado por un pelotón de ojos ó lapidado con las piedras del anatema; pronto pasará al estado antipático de traidor de folletín; la nación, encarnada en la persona del camarero del café, donde la rutina le hace estacionar diariamente, ó en el *reporter* del diario gritado por las calles, le notificarán sacramentalmente su indignidad; en fin, tenga por seguro el desprecio universal quien no reconozca con entusiasmo la inminente necesidad de una cruzada. Aclámanse pomposamente las virtudes teatrales, los heroísmos de encargo; se braman himnos patrióticos, se afectan apariencias épicas, cíñense espadas con brillos hojalateros y hasta los gatos bufan y ponen cara feroz al enemigo.

Flores del patriotismo de aspecto caduco, bien pronto mustias con el rocío de sangre y poco cultivables sobre los campos de batalla; lo cierto es que

tales flores se abren sin vergüenza ó mejor se inflan en las plazas públicas, más propicias á esa eflorescencia que las plazas fuertes.

Nada se perdería en verdad si el patriotismo se hundiese en el ridículo; harto tiempo se ha empleado en aturdir á las multitudes tontas con frases de relumbrón que al fin han de ser despreciadas cuando se reconozca su verdadero carácter de pura charlatanería.

No quisiera insistir en los prudentes estribillos ó lugares comunes lanzados contra la guerra, necesidad bárbara que aun en caso de triunfo momentáneo no indemniza jamás á un pueblo del despilfarro de fuerzas; deseo únicamente analizar el interés que pueden tener tantos hombres en desgañitarse para reclamar un guiso en que sus propios cuerpos han de suministrar la carne.

El programa del patriotismo, que consiste en entregarse aturdidamente y á ciegas, con fanatismo sordo y mudo, implica esta perspectiva: verse el día menos pensado degollado como una res por la primera bayoneta que se presente, para derramar pródigamente su sangre, ese líquido de que el hombre, no sin razón, es bastante avaro.

Lo que el hombre ama con mayor empeño, á lo que se aferra con mayor tenacidad, es á su vida. Se necesita, pues, un interés bien poderoso para hacerle soltar esa ventaja primordial con el mismo desdén con que se arroja una punta de cigarro.

.....
Que el territorio se denomine francés ó alemán,

la tierra se cubre igualmente de vegetación, su cielo no es por eso más desapacible, el aire circula libremente porque la naturaleza es internacional. La etiqueta que los hombres clavan en ella es puramente nominativa y superficial, y la vida de un solo hombre—y se trata de muchos miles de hombres—vale mucho más que esa definición.

En cuanto á los alsacianos-loreneses, los que viven en Francia realizan su deseo, que es vivir en Francia; los que quedan en Alemania serán algo molestados por la milicia germánica, provocada por el quijotismo francés, pero, en resumen, las obligaciones del Código, las cargas de la propiedad y prerrogativas cívicas difieren poco de las nuestras y viven casi como si vivieran en Francia.

No veo que la transformación de este estado de cosas valga un glóbulo de sangre humana; no hay en ello interés equivalente á la supresión de un solo hombre.

Lo de la revancha es una repercusión de salvajismo, la testarudez de dos energúmenos que ninguno quiere abdicar de su brutal empeño.

¡Orgullo, honor! Son sentimientos que sólo tienen existencia definida cuando son individuales, cuyo valor se subordina, no obstante, á la idea ó al interés que los inspira, sino que resultan declamación y vana sonoridad cuando se pretende atribuirlos á una masa indeterminada, á un pueblo confuso.

¡Siempre el mismo error! Una nación es una entidad ficticia; Francia, por ejemplo, no existe, no hay más que franceses: lo cierto es que los intere-

ses y los sentimientos de esos franceses no son comunes; muchos de esos intereses y sentimientos son hostiles y contradictorios unos con otros, y lo que constituye la fortuna y la vanidad del uno causa la ruina y la vergüenza del otro: no hay solidaridad práctica y material. Y lo que no es práctico y material, lo que no interesa directamente á la existencia misma de un hombre, hay que proclamarlo francamente y sin vergüenza, no equivale á la vida. En una palabra, es preciso verse obligado á ello para arriesgarla.

Examínese, por ejemplo, individualmente á los franceses, y pronto se adquirirá la convicción de que la mayoría, por no decir la totalidad de ellos, está tan desinteresada de la Alsacia y la Lorena como de la anexión de la luna. Muchos, casi ninguno lo declarará, porque hay una especie de pudor tradicional, una hipocresía que alardea de virtudes y sentimientos sin el menor arraigo.

La guerra no es jamás honorífica, es una fanfarronada ó una locura furiosa que únicamente se excusa por la necesidad de la defensa contra un atentado de malos vecinos.

Si una guerra puede justificarse, es la guerra social: en ella no se mata la gente por un fetiche; el interés personal suscita el motín, porque el interés general de la rebeldía, que consiste en arrancar por la violencia á una casta lo superfluo de que carecen los que no tienen lo necesario, es susceptible de realizarse en beneficio personal de cada combatiente; hay en ello una esperanza material, positiva.

¿Qué se arriesga? una piel sin valor; en cambio puede ganarse todo; cuando menos ganará algo, ya que se bate por la vida, por un aumento de dinero, por un suplemento de libertad ó de goce. La temeridad en ese caso no será superflua, su inspiración no es ficticia, lucha por un interés. Los que le resisten, la casta amenazada que se defiende, se baten también por un interés, el interés opuesto, es la lucha por la vida transformada en batalla por la existencia. La cosa es caníbal, pero explicable; es terrible, pero no es imbécil. Las luchas entre clases en que existe un verdadero antagonismo humano son más lógicas que las guerras entre naciones en que las multitudes anónimas chocan á ciegas, con un odio impuesto, como condenados á heroísmo forzoso, mercenarios gratuitos del Estado omnipotente, en una feroçidad que no excusa necesidad alguna, con desconocimiento de intereses frecuentemente fraternales, con un objeto fantástico que se evapora en cuanto se le toca ó se le examina racionalmente.

Y puesto que de salvajismo tratamos, lleguemos hasta el fin con el impudor de la verdad: el interés de la guerra social, posible de realizarse, suele quedar mal definido para el rebelde, porque su cólera es poco razonada y corre peligro de sufrir una decepción, ya que hay tunos que le pueden escamotear el triunfo, escamoteo que es ya histórico, toda vez que el pueblo ha resultado siempre bastante torpe para batiirse en beneficio de esos tales.

En la *plus-value* (1) del peligro, en el equilibrio de los riesgos y de los beneficios, el ladrón, el bandido de profesión resulta aún superior, y me complace en arrojar ese paralelo impertinente á las narices de los patriotas fanáticos; porque, al fin, en grande ó en pequeño, se trata siempre de robar algo, bolsa ó provincia, y de matar á alguien al detall ó al por mayor. El ladrón, que es un rebelde, rebelde en estado permanente contra la sociedad, rebelde por sus vicios, por su incapacidad, por atavismo ó por vocación, continúa la lucha inicial y salvaje por la vida, sostiene una guerra diaria, solapada y maquiavélica contra todos, compromete su libertad y su vida, pero en su interés personal y exclusivo, definido categóricamente por la satisfacción de sus apetitos y su existencia á expensas de los otros. Se le rechaza con razón, se le aprisiona y se le excluye de la sociedad y si es preciso hasta de sí mismo; es cuestión de legítima defensa; mejor para nosotros, peor para él. Pero no puede negarse la correlación exacta entre los peligros que corre y las ventajas que desea, y sus probabilidades compensan bien sus riesgos. Es lógico: será poco recomendable, pero no es ridículo.

Y ahí tenemos el embrión de la guerra: su principio, siempre bárbaro, se concibe en el origen, en esa lucha aislada por la aspereza del interés perso-

(1) Palabra francesa admitida por los economistas para expresar el aumento de valor adquirido por un objeto, y también lo excedente del producto de un impuesto sobre la previsión del presupuesto.

nal. Ensanchándose, su idea se deforma; en la lucha social, el interés general, frecuentemente confuso, deja de ser la suma exacta de los intereses individuales; al hacerse internacional se convierte en un contrasentido en nuestra época, no se comprende, no tiene razón de ser; repugnante siempre, lleva á su cargo la imbécil desproporción de las víctimas inútiles que prodiga; intelectualmente, pues, el patriota se halla por bajo del ladrón; resulta un loco y un engañado.

La guerra, cuando excede la defensa legítima, á pesar de la importancia que se atribuye, siempre será robo y asesinato. ¿Con qué derecho se decreta una moral para las naciones y otra para los individuos? Si es inevitable, resignémonos estoicamente, pero sin entusiasmo; en todo caso no se tome pretexto de ella para ridículas fanfarronerías, y si hay desequilibrados que se empeñen en hacerse matar, vayan allá ellos solos y no violenten á los pacíficos; hagan facultativa la guerra.

Los prudentes lo reconocen, conviéndose en ello á hurtadillas, pero el error sanguinario se perpetúa: nadie se atreve á inaugurar la paz; preciso es, no obstante, que alguien comience.

¡Oh candidez de los hombres, siempre con la boca abierta delante de la sabiduría de sus gobiernos, de quienes esperan con necia beatitud decretos benévolos!

Despachad vuestros asuntos vosotros mismos y tened el valor de vuestra voluntad. La paz está á vuestra disposición.

A la primera declaración de guerra, antes del primer cañonazo, declarad la huelga de soldados, y para mayor seguridad, en secreto y tranquilamente, organizadla y preparadla.

HENRY FEVRE

(*Revue Moderne*, 1892)

¿Quién tiene el derecho de poseer?

¿Quién tiene el derecho de castigar?

¿Quién tiene el derecho de mandar?

Nuestra conciencia responderá que la propiedad ha sido constituída por la expoliación, la astucia y el dolo, por la rapacidad y el engaño bajo el nombre de comercio y de industria.

Nos dirá también que la justicia y las leyes, vampiros sedientos de sangre de los míseros y humildes, lamen los piés de los poderosos; que la responsabilidad no puede ser individual en una sociedad en que el individuo es deformado y comprimido, y que la impunidad absoluta es preferible al azar de los castigos y á la ferocidad natural de los jueces.

No puede admitir nuestra conciencia que un hombre, aunque sea el jefe de la mayoría, asuma el poder de turbar nuestro reposo y de llevarnos á la guerra, á la destrucción de otros hombres porque hablan otro idioma y porque han nacido al otro lado de tal río ó de tal montaña.

No hay diferencia entre los hombres que matan,

sea cualquiera el pretexto con que se quita la vida: el asesino de la guerra y de la encrucijada se equivalen.

¿Y la patria? Antes á esa idea hubiéramos opuesto la humanidad; hoy proclamamos el individuo.

Frente á una sociedad de servidumbre, corresponde al individuo crear su libertad moral, fundar su autonomía, someter todo juicio á su propia certidumbre.

«*Abstine et sustine,*» tal era la regla de los estoicos ante la descomposición del mundo romano: permanezcamos en nuestro microcosmo, indiferentes á las contingencias; dediquémonos al culto de la belleza y de la absoluta verdad. Demostremos que hemos adquirido nuestra libertad por un ideal de arte impregnado de humana piedad, inspirado en rebeldías. En estos momentos, en que el verbo de los artistas resuena solo por las ciudades y por los campos, hay que renovar incesantemente la decoración de las visiones antisociales. Todo lo que la multitud de ilotas ridiculiza y rechaza: el idealismo, la utopía, el reino de amor y de libertad son más razonables en sí, más benéficos y más posibles que la sociedad de mentira, de hipocresía y de violencia en que nuestros cuerpos son prisioneros.

HENRY BAUER

(*Revue Rouge*, enero 1896)

El mundo está fraccionado por las fronteras; hay también millones de hombres que no satisfacen su hambre. Las rutinas interesadas que caracterizan las clases superiores y la ilusión de la inmovilidad que les domina les han hecho creer que la idolatría de los kilómetros cuadrados ha de ser eterna.

La humanidad tiene constantemente á la orden del día nuevos asuntos, á pesar de lo cual los soberbios consideran el engrandecimiento como la más *agradable* de las ocupaciones. Mientras los reyes eran todo y los pueblos nada, era comprensible la idolatría de los kilómetros cuadrados; pero con el movimiento democrático que impulsa á las sociedades modernas, hay otras cuestiones que se presentan en primer término. Llegará un día que será tan imposible remover las pasiones populares sobre la cuestión de las fronteras, como sería imposible removerlas hoy por una cruzada.

J. NOVICOW

(Les Gaspillages des sociétés modernes)

Lo que más ruido causa en el mundo son las revoluciones de los imperios, los cambios de gobiernos que pasan de un país á otro: el imperio de los asirios convertido en imperio de los medos, luego en el de los babilonios y por último en el de los persas, etc., etc.—Pero ¿qué significa todo eso en resumen? que tal hombre, de tal país, ha cesado de

mandar en él y que tal otro se ha convertido en amo, pero ¿qué importa eso á todos los habitantes de esos imperios? No hay duda que algunos *han perdido los primeros puestos que antes ocupaban y que otros han sido despojados de algunas propiedades*, pero todo lo demás ha quedado como si tal cosa.

El labrador ha continuado *sembrando y recogiendo* sin darse cuenta quizá de que había cambiado de amo; los carros no han abandonado el tránsito de las carreteras para llevar provisiones á las ciudades próximas, y *el obrero que trabajaba para Baltasar ha trabajado para Ciro*. Alejandro subyugó Asia, ¿qué importa eso á los asiáticos que no le vieron jamás? ¿Cambiaron acaso *sus costumbres, su manera de vivir ni las horas de sus comidas?* Oirían decir que Alejandro ganó la batalla de Arbelles; mejor para él y peor para Darío; pero á ellos y á todo el imperio, lo mismo les daba.

Señora NECKER

Es difícil responder detalladamente á las preguntas formuladas por el *Mercure de France* respecto á la que denomina «la opinión media del país.»

Pero como las cuatro preguntas preliminares se reducen á esta: «¿Cuál es, en concepto de usted, el estado actual de la idea de patria en Francia?» trataré de responder brevemente, dejando á la direc-

ción del periódico el cuidado de deducir una conclusión de los siguientes datos:

1.º Clasifico los artistas y los filósofos, no desde el punto de vista del terruño originario, sino según la admiración que suscitaron en mí y el beneficio que saqué de la lectura de sus obras. En este concepto me siento compatriota de Goethe, de Heine, de Wagner, de Schopenhauer y de Nietzsche, mientras que no puedo menos de condenar como enemigos á quienes expresan diariamente sentimientos que juzgo inferiores, á quienes en nombre del patriotismo apelan á cualquier generalote mostrando inclinación hacia un orden de individuos que por su afición al pillaje y al asesinato gozan glorioso prestigio.

Quizá sea eso un estado de espíritu concebible en un antropoide del tiempo de la piedra pulimentada, no en el mío.

Si hay quien, para elevar su alma, necesita extasiarse ante el kepis de un general victorioso, ese fetichismo, digno de un indígena de las islas Pomotou, no es de mi gusto y me parece indigno de toda persona que se crea civilizada.

2.º Entre la juventud he frecuentado miembros de sociedades gimnásticas, pseudo artistas y revolucionarios.

Los primeros gustan de adornarse con colores chocantes, trompetean, cantan malos versos, vociferan amenazas contra enemigos á quienes no conocen é inauguran monumentos conmemorativos en cuantos sitios fueron vencidos sus antecesores.

Esos tales son como salvajes á quienes exaltan el ruido del tam-tam y los zambombazos de la pólvora. Poco susceptibles de reflexión, marchan bajo los colores nacionales considerándolos como emblema de la nación, gritan y se remueven en gran número, y eso les satisface. Los que los arengan no necesitan dar un sentido preciso á sus discursos, basta que estén dotados de voz fuerte y sepan destacar las sílabas y arrastrar las *rr* para que los efebos les aclamen, les sigan y atropellen cuanto se oponga á su paso.

Los segundos tienen las preocupaciones sociales por vanas contingencias á que no pueden rebajarse los iniciados en el gran arte. No les habléis de patria ni de humanidad, porque os responderán con la sonrisa altanera de los que se tienen por excepcionales. Viviendo sobre su propia substancia, preocupados únicamente de describir el aleteo de los fantasmas que presentan el frío desierto de su imaginación, guardan para sí mismos, ante las dulzuras ó las crueldades de la vida, la actitud de un ciego ante un paisaje; ó si tratan de expresar sus emociones, lo hacen por una sucesión de gritos destacados y poco rítmicos que gratifican con el nombre de versos. La nada de su filosofía se disimula bajo afirmaciones pomposas y nebulosas, y si no preconizan la jerga patriótica, gustan mucho de los conceptos oscuros, exaltándose sobre todo en aquellos cuya esterilidad misteriosa les aparece como un absoluto de belleza. No saben amar ni odiar; no se entusiasman, ni razonan, ni discuten: se

admiran á sí propios y desdeñan al universo, y eso les basta. Esos personajes harían reir si no fuesen tan cruelmente fastidiosos.

Los terceros piensan que todas las fuerzas que combaten ó se asocian en nuestro rededor y en nosotros mismos merecen nuestra consideración; piensan además que «nada de lo que es humano debe de ser tenido como extraño.» Conceptuando que en el estado actual de la filosofía y de la ciencia la idea patria está agotada y sólo sirve para dificultar el desarrollo de la inteligencia general, se esfuerzan en hacer prevalecer la noción de interés de la especie sobre la del particularismo nacional. Son pocos y cometen la falta de razonar conforme con la lógica, y por eso mismo, el mayor número, ignorante y engañado, los políticos, los periodistas oficiales y los pseudo-artistas los consideran como locos... de lo que me parece que se consuelan sin pena.

3.º «La opinión media del país,» hablando con propiedad, no existe. Según las necesidades del momento, los encargados del poder encargan á los de la prensa que fabriquen una, salvo modificarla cada diez años, ó más frecuentemente si es necesario.

Si quiere admitirse lo que digo como un dato sobre la «opinión media,» puedo asegurar que viéndolo con los campesinos y como ellos hace ya varios años, que es el único medio de conocerlos, he llegado á participar de sus sentimientos respecto de la patria.

Pues sí, la patria les deja completamente indife-

rentes. No careciendo de sutileza, han observado que todo candidato á la diputación que solicita sus sufragios les asegura que si no le votan la patria se dirige hacia su ruina, y, no obstante, cualquiera que sea el resultado del voto, el país no cesa de vegetar como antes, fructificando de paso las gangas.

Los campesinos consideran, pues, que la patria les exige impuestos muy pesados y perceptores exigentes; eso aparte de que la quinta les quita los hijos en la flor de la juventud para devolvérseles frecuentemente alcohólicos, sifilíticos y perezosos.

Quisiéramos, dicen, cultivar nuestros campos en paz. Si no se nos exigiese tanto dinero, si los grandes propietarios no acaparasen poco á poco toda la tierra, si sus guardianes no nos tratasen á tiros, todo iría bien; pero como sucede lo contrario, los agentes que ofician de saca-mantas, los vendedores de pan caro y los guardianes del Estado y de los grandes propietarios son nuestros enemigos. En cuanto á los extranjeros, si ellos nos han causado daño en una guerra, nosotros se lo hemos causado recíprocamente en otra ocasión, y eso no hubiera sucedido si, por intereses que unos y otros ignorábamos, no se hubiera suscitado y excitado nuestra enemistad. Déjesenos, pues, tranquilos, que no creemos ni en las fronteras ni en las razas enemigas; únicamente si se ataca nuestra villa sabremos defenderla.

Es indudable que tales conceptos, verdaderamente auténticos, no corresponden á los sorpren-

dentes discursos de nuestros políticos eminentes sobre la opinión de los campos... pero hay que rendirse á la evidencia.

Para concluir, propongo á mi vez tres preguntas, sin mucha esperanza de obtener una respuesta.

I.—Odiar á unos hombres porque habitan al otro lado de la montaña ó del río y porque no hablan la misma lengua que nosotros es indicio de una mentalidad rudimentaria; todo el mundo conviene fácilmente en ello.—Pues ¿qué puede pensarse de los que cultivan ese estado de ánimo?

II.—Cuando negociantes é industriales tratan de realizar un negocio, poco les importa que sus clientes pertenezcan ó no á su misma nacionalidad; lo que buscan es una utilidad y nada más. Pues ¿por qué su portavoz, bajo pretexto de patriotismo, desarrolla instintos sanguinarios entre quienes, no siendo negociantes ni industriales, no tienen interés en defender bienes de que no participan?

III.—Los privilegiados, tales como esos negociantes é industriales, no fomentarían los sentimientos sanguinarios entre el mayor número si no fuera porque todas las guerras contemporáneas se fundan en causas económicas, cuando los interesados no logran entenderse en sus transacciones ó cuando juzgan á propósito imponer sus productos ó sus papeles de Bolsa al vecino, y entonces recurren á los ejércitos para asegurar su primacía sobre sus concurrentes. Y en ese caso, ¿por qué ha de ser más glorioso matar y morir por la tenería francesa de Rothschild y de los bonos otomanos, que

por la supremacía de los tejidos alemanes ó de los aceros británicos?

ADOLPHE RETTÉ

(*Mercure de France*, 1897)

No son ya las consecuencias y los efectos de los principios los que han dominado durante siglos, son los principios mismos, es el mismo fondo de las cosas lo que ha de ser juzgado. No se preguntará ya si los ricos emplean bien ó mal sus bienes, sino si ha de haber todavía ricos. No es ya cuestión de saber si vale más ser soldado tres ó cinco años, ni si todo el mundo ha de ser soldado, lo que ha de saberse es si se ha de ser soldado, y si eso que se llama patria es una leyenda, un error, un engaño como tantas otras cosas.

ALEJANDRO DUMAS

Lo que constituye la patria no son las circunscripciones territoriales, ni los ciudadanos que las habitan, no; son los déspotas que las explotan; y esto es tan positivo, que en todas las épocas de la historia y en todos los países sin excepción, hay actos calificados por tal gobierno de crimen de *alta traición nacional*, que bajo un gobierno diferente se consideran como actos de *alta virtud patriótica*.

Demostremoslo con algunos ejemplos.

En España, Espartero, Narváez y O'Donnell fueron alternativamente, según resultaron vencedores ó vencidos, proclamados héroes ó traidores, salvadores ó enemigos de la patria.—En Inglaterra, jónicos y escoceses, irlandeses ó indios fueron y han sido siempre cruelmente ametrallados y diezmados cada vez que osaron reivindicar sus derechos de nacionalidad; el amor de la patria no existe para ellos; únicamente los tenderos de la Cité de Londres tienen derecho á profesar las virtudes patrióticas.—En 1849, fueron los romanos, á la voz de Pío IX (llamado padre santo), bombardeados, ametrallados, aprisionados y desterrados por soldados extranjeros, y los franceses ametralladores fueron proclamados defensores, sostenedores y protectores de la nación romana.—Bélgica hizo una revolución en 1830 para emanciparse del extranjero. Se nos dió un rey alemán y una reina francesa, y la mayor parte de nuestros ministros y de nuestros principales funcionarios públicos fueron de importación extranjera, ¡y esos hombres de procedencia exótica son los encargados de inculcarnos las virtudes patrióticas, el amor de la nacionalidad belga!—Ved lo que sucede en Italia: Garibaldi llama á las armas al pueblo italiano en nombre de la libertad y de la unidad italiana, y después de haber expulsado *al Borbón extranjero*, pone en su lugar *un rey de origen saboyano*, que hace quemar las aldeas y fusila, calificándolos de bandidos, á los ciudadanos que se niegan á reconocerle como encarnación de la unidad italiana.—No hablemos de Prusia, de Rusia y



de Austria, esos tres monstruosos despotismos fabricados de piezas y pedazos, que contienen entre sus uñas ensangrentadas centenares de pueblos diversos, á los cuales está prohibido, sopena de martirio, hasta pronunciar el nombre de su patria.

Y Francia, esta tierra clásica de la revolución y de la libertad, este pueblo antes iniciador de los otros pueblos, vedla hoy sumergida en el fango: no piensa, no habla, no respira; es un cadáver. En ese país la nación se llama por el momento Bonaparte, como antes se llamaba Luis Felipe, Carlos X, etc. Pues Bonaparte, juzgando que el corazón, el pensamiento y la inteligencia son cosas inútiles, hasta peligrosas y especialmente nocivas á los intereses franceses, resulta que este país condena como enemigo y rechaza de su seno todo ciudadano que determina hacer uso de una de esas tres facultades que la naturaleza ha dado al ser humano para distinguirlo del bruto, bastándole para lograrlo una mordaza y un sable. Se les envía á guerrear á China, á Cochinchina, á Turquía ó á Rusia. Siempre en nombre y para la mayor gloria de la patria, que, en este caso, se representa por un trapo coloreado en la punta de un palo. Difícil sería á esos bravos é ingeniosos franco-manos responder si se les preguntara qué suma de bienestar obtiene el pueblo con esas matanzas periódicas. Pero no importa, lo quiere el emperador y su voz es la de Francia.

Y no hay duda que si, á ejemplo de Luis XIV, tuviese ese magnánimo emperador la humorada de *dragonar* algunos cientos de miles de *sus dichosos*

vasallos, veríamos la mitad del PUEBLO INTELIGENTE lanzarse contra la otra mitad so pretexto de que son enemigos.

La historia del pasado, y sobre todo la historia contemporánea, ofrecen más de un ejemplo de esas sangrientas hecatombes, realizadas por un pueblo contra sí mismo, á la voz de los jefes de las naciones.

Cosa digna de notarse y que los cantores de nacionalidades harían bien en meditar: ningún soberano actual de Europa es originario del país que gobierna, y ni uno solo, lo repetimos, *ni uno solo* hay cuyo cetro no esté manchado con la sangre *de sus vasallos*.

Lo repetimos: nación y patria son sinónimos de gobierno, de autoridad, de despotismo.

MOREL

(*Les Nationalités*, 1869)

...Pensaba yo que la fuerza bruta reina aquí como soberana, que millones de seres vivientes se matan cada día para asegurar la existencia de los otros, que la guerra es una ley natural entre los animales y que la humanidad se halla aún tan poco desprendida de la barbarie animal, que casi todos los pueblos continúan aceptando, como en los tiempos primitivos, la esclavitud y la servidumbre.

Veía yo que la ineptia de los habitantes de este planeta es verdaderamente colosal. «Los millones

de hombres que pueblan actualmente Alemania (y pensaba en esta nación antes que en otra porque está más disciplinada, es más militar y menos adelantada que sus vecinas en el sentimiento de la libertad); esos millones de hombres, decía, no se dan cuenta de que son esclavos de un Estado Mayor, ni más ni menos que los de un rey del África central. ¿Qué serían los jefes de ese país sin el militarismo? Nada. Incapaces de ganarse la subsistencia con sus manos, sólo viven por la sumisión de los que les alimentan. Con frases altisonantes, con las palabras sonoras de gloria y de patria, explotan la imbecilidad de esos millones de esclavos, quienes, á la primera señal, experimentan una gran felicidad en lanzarse á la matanza, al pillaje y á la muerte. Si se negasen á la esclavitud, quedarían libres; ¡pero ni se les ocurre la idea! Y para garantizarse contra el bandidaje organizado por un centenar de malhechores que explotan la necedad humana, toda Europa sostiene ejércitos permanentes, arranca sus hombres al trabajo útil y fecundo y arroja todas sus fuerzas y todos sus recursos á un golfo sin fondo. ¡Y por ello se siente feliz, se enorgullece y se glorifica! Enseñase á los niños, apenas entrados en la vida, las maravillas del patriotismo militar, y todos los ciudadanos, en todas las naciones, se educan en el odio glorioso de sus vecinos. ¡Inteligente humanidad! ¡Maravilloso planeta!»

C. FLAMMARION

(Rêves étoilés.— Voyage dans le Ciel)

Lo que voy á referir no es un ejemplo imaginado para apoyar una teoría. Es un hecho de que he sido espectadora y auditora. Otras personas lo han presenciado también que lo recordarán si estas líneas cayeran en sus manos. No invento, pues, nada, y tengo empeño en precisarlo justamente porque en este asunto la realidad es superior á la ficción más ingeniosa.

Me dirigía á Soissons en el tren que sale de la estación del Norte á las cinco y veinte, y entré en un compartimento ya ocupado por varias personas, destacándose entre ellas un niño, una niña y su madre vestida de luto riguroso. Tenía ésta la fisonomía de las resueltas: negra y enérgica mirada, frente deprimida, barbilla cuadrada.

La niña era de nueve años, delgadita, pálida, anémica, fisonomía sin expresión y cabellera pobre; pero el niño, que era menor, rebotaba vida; su cara expresaba salud, exuberancia, toda la alegría de vivir de un ser de cuatro años que inaugura sus primeros pantalones y se cree alguien. Bajo su gorrieta relucían sus mejillas como dos manzanas frescas. Charlaba, reía, preguntaba, y con su mano derecha blandía un sable, demasiado largo para su estatura.

Amo mucho á los niños, ¡aunque tengan sables! Temblando por los ojos de la hermanita, hacia la cual se dirigía con frecuencia la punta del sable, tanto por la acción del que lo manejaba como por el traqueteo de los rails, acechaba constantemente á aquel joven guerrero.

Después de una serie de preguntas relativas al

viaje, el niño interpeló á su hermanita, y transcribo textualmente el diálogo entre esos dos niños de modesta extracción, muy limpios, aunque revelando su pobreza, viajando con billete de favor.

Véase como estos detalles secundarios tienen aquí su valor.

—¿Tienes miedo á mi sable? dijo el niño.

—No, respondió la niña.

—¡Sí; tienes miedo! ¡Quiero que tengas miedo!

—Si fueras grande tendría miedo, pero...

—¡Cuando sea grande mataré mucha gente!

—No á mí.

—No; á ti no. Mataré ingleses.

—¿Y alemanes?

—Sí; también mataré alemanes; luego italianos; después negros, después chinos, ¡muchos chinos! ¡Todos los que quiera!

—¿Como papá?

—¡Muchos más!

—¡Oh! cuando papá quemó su casa había dentro ocho que se achicharraron. ¿Verdad, mamá?

La madre sonrió con indulgencia y respondió:

—Sí, hija mía.

Pero el chiquillo replicó haciendo una mueca:

—Ocho no es nada. Yo quemaré muchos más.

Sus ingenuas pupilas brillaban, y el sable se agitaba rápidamente en sus manos.

Se durmió al fin, y en su rostro no se veían ya más que las gracias adorables de su edad, á pesar de que el juguete que aun tenía en su mano tenía resplandores de instrumento homicida.

Estaba entristecida, á punto de escapárseme las lágrimas; bien se comprende la causa.

Yo he presenciado escenas mucho más trágicas que ese espectáculo de un niño desconocido simulando gestos de hombre; he oído palabras mucho más graves que ese cambio de puerilidades bárbaras entre dos debilidades; he visto en Saint-Etienne diez mil obreros acercarse á la mina donde les esperaban los soldados formados en batalla; he conocido aquellos minutos terribles en que la vida parece hallarse en suspenso...

Y, sin embargo, aquel incidente insignificante se grababa en mi espíritu junto con el recuerdo de los peores dramas como siendo su equivalente; porque igualaba á las desesperaciones violentas aquella espantosa sensación de tragar hiel hasta causar náuseas.

¡Qué alma se había hecho á aquel tierno infante! ¡Qué palabras salían de aquella boca florida! ¡Cuando sólo hubiera podido balbucear caricias y ternuras, no hablaba más que de matar, matar, matar!

¡Y la niña encarecía aún con orgullo esas hazañas que dejan tras de sí ruinas humeantes, cadáveres carbonizados, cuerpos destrozados de hermosas criaturitas!

La capa con que la madre cubrió á los niños se desarregló un poco hacia mi lado y yo la puse bien.

Entonces, y como para recompensar mi acción, me dijo:

— ¡Estos pobrecitos son huérfanos!

Acepté la ocasión: en menos de un relámpago

reconstituí la historia: padre muerto en el país amarillo, hijo educado para la venganza por una viuda violenta. En seguida interrogué:

—¿Murió su esposo de usted en China, señora?

—No, señora. Después de la campaña del Tonkin quedó de reemplazo; tomó luego un empleo y murió en su servicio por accidente. Y me contó su historia, tan vulgar y tan dolorosa como tantas otras, que no juzgo necesario repetir.

Le dí mi tarjeta y le pregunté:

—¿Ama usted á sus hijos?

—¡Vaya! replicó la viuda asombrada de la impertinencia.

—No extrañe usted mi pregunta; he querido con ella recordarle que todas las madres quieren á los suyos, y aun les sobra amor para no odian á nadie. Con que cada cual mantenga en equilibrio ese hermoso sentimiento, basta y sobra para que haya paz y felicidad en el mundo. Ruego á usted, por humanidad, que no enseñe á esa preciosa criatura ideas de matanza, sino de amor y de paz.

La viuda murmuró un sí por compromiso. En la sombra, sus negros cabellos y sus cejas espesas formando una sola línea, esbozaban en rasgos duros la visión de aquellas *voceratrices* que clamaban venganza en las ceremonias fúnebres.

*
* * *

Recorriendo días pasados las galerías de juguetes de los grandes almacenes, sentí nuevamente la angustia que me causó el niño del sable.

Por todas partes, no sólo el soldado de plomo, el fusil de madera y el cañón de zinc, sino el juguete guerrero perfeccionado, susceptible de producir, por medio de ingeniosas combinaciones, la ilusión de la matanza.

Vense fuertes y fortalezas, palacios bombardeados y chozas africanas dislocadas. No parece sino que Marte ha reemplazado á los antiguos fabricantes de juguetes.

Además montones de uniformes, irreverentes, ridículos; muñecos despreciables con su correspondiente pantalón rojo.

De ese modo, por irreflexión, por negligencia, en virtud del falso principio de que siendo el destinatario un niño «eso no tiene importancia,» se crea á la infancia una mentalidad que no es la de su edad ni la que ha de corresponder á la educación y á la instrucción regular.

Se le enseña el culto de la fuerza, el más peligroso de todos si no tiene por corolario, por correctivo, la pasión del derecho; se le inculcan de antemano sentimientos que chocan con su debilidad, su gracia, su necesidad de protección y su misión social, que consiste en agradar y en desarmar.

Se hace algo anormal y repulsivo como si se tratara de hacer que rugiera un cordero. Se atenta á su inocencia desarrollando en él gérmenes de disensión, de brutalidad, que algunos tratan de atenuar luego en el hombre; mientras lo conveniente sería enseñarle, no á ser cobarde, toda vez que el desarme, la abnegación y el desprecio propio diri-

gido á fines útiles son las manifestaciones más brillantes del heroísmo, sino á tomar en consideración y en piedad los sufrimientos de los otros.

Es cuando menos necia la tendencia á no excitar la sensibilidad infantil apartando su vista del dolor, mientras que esa misma sensibilidad se exaspera y desvía por la sugestión de la gloria. Conviene enseñar que *esto* causa *aquello*, como se hacía en Esparta, respecto del vino y de los ilotas.

Un cañonazo es hermoso; agrada aquel «¡Bom bom!...» Pero enséñese á los niños también sus efectos: explíqueseles la obra de la metralla en las filas de los combatientes.

¿Dónde está el hombre de genial buena voluntad, el sabio tan modesto como útil, el vulgarizador necesario, el educador esperado que haga, respecto del capítulo de la matanza, lo que Juan Macé hizo con su *Historia de un bocado de pan* respecto del organismo humano? Simplificar, poner al alcance de las inteligencias rudimentarias trabajos análogos á los que el Dr. Doyen hizo sobre los efectos de los proyectiles explosivos... ¿Quién realizará esta buena acción?

Me atreveré á pedir mi aguinaldo á los lectores: han transcurrido nueve años desde que escribí mi primer artículo sobre este asunto; hace, pues, nueve años que nos conocemos, que hablamos, que nos correspondemos á veces; muchos me han manifestado confianza, estimación y afecto de que me siento satisfecha.

Pues les pido una prueba, no dando este año á

sus hijos, por consideración á mi deseo, más que juguetes pacíficos, inofensivas diversiones. Si reflexionan comprenderán mi sentimiento nacido del respeto de la infancia, de la solicitud que debe inspirar á todos y del ideal deseado para esos seres queridos de un porvenir mejor, de una era sin violencia en que se corten todos los laureles y en que florezca el olivo...

Señora SEVERINE

(*Le Journal*, 21 diciembre 1901)

—Lo menos hace una hora que te estoy hablando, dijo Ricardo, sin que te dignes fijarte en mi presencia y sin que ceses de murmurar palabras ininteligibles.

—Estoy muy preocupado, respondió Mauricio; he de ir á casa del embajador francés, quien me propone que vaya con él como su secretario particular; ya es tiempo de que me decida; pero mis asuntos de dinero se embrollan cada vez más y han llegado á un punto que ya no me entiendo. Por otra parte mi matrimonio con Elena aumentará mis gastos un doble y anonadará mis ingresos; es ese un excelente medio de salir de apuros que se me presenta y no quiero abandonarle. Lo que me ocupaba cuando entraste es la manera de presentarse á un embajador para no parecer más orgulloso é independiente que lo que conviene á un desgraciado mercenario, sin humillarse tampoco.

—¿De modo que por Elena abandonarás Alemania, tu patria?

—A propósito, amigo Ricardo, dijo Mauricio contento con ganar sobre su amigo la ventaja que su posición parecía hacerle perder; explícame qué entiendes por amor de la patria.

—¡Extraña petición! Tengo por amor de la patria el más noble sentimiento de las más nobles almas; ese fervor generoso y desinteresado que hace que se sacrifique intereses, afectos y vida por el bien de su país; lo que hace cortar la cabeza á los hijos de Bruto.

—He aquí, dijo Mauricio, necesidades adornadas con palabras vacías y retumbantes.

—He aquí, dijo Federico que entraba, ideas bellas, noblemente expresadas.

—¡Oh! exclamó Ricardo.

—¡Oh! exclamó Federico.

—Hacedme el favor, continuó Mauricio; ya que me ha respondido Ricardo tan lucidamente que el amor de la patria no es otra cosa que el amor de la patria, de decirme ¿qué es la patria?

—¡La patria! respondieron á la vez Ricardo y Federico, la patria es...

Los dos se detuvieron con el mismo acuerdo con que hablaron juntos.

Federico repuso en seguida:

A tous les cœurs bien nés, que la patrie est chère! (1)

(1) ¡Cuán querida es la patria á todos los corazones bien nacidos!

en francés; porque su prodigiosa memoria había espigado por todas partes.

—La patria, dijo Ricardo, es el lugar donde recibimos la luz; es nuestra madre.

—*Alma parens* (1), interrumpió Federico.

—La divinidad de los héroes, continuó Ricardo.

—*Patriam et dulcia linquimus arva* (2), añadió Federico.

—La patria es la madre de los héroes y la más santa de las diosas.

—Por lo demás tu pregunta es ociosa; no hay quien no quiera su patria.

—Te desafío, dijo Federico, á que me enseñes un libro en que no haya alguna invocación á la patria.

Y sacando de su bolsillo un libro, *El Perfecto Cocinero*, abrió á la casualidad y halló que el autor decía en su prefacio: «No hemos querido privar á nuestro país de los frutos de una larga experiencia y de un trabajo asiduo.»

—Cuando se habla de la patria, dijo Mauricio, se hace referencia á los hombres que se aman, y en las canciones patrióticas se habla frecuentemente de abonar los barbechos con los cadáveres de los enemigos, lo que demuestra que el enemigo es bien poca cosa en vuestro concepto, para que no veáis cosa mejor en qué emplearle que en abono de las tierras; pero como cada país tiene su patriotismo, ó al menos sus canciones patrióticas, resulta que los

(1) Tierna madre.

(2) Abandonamos nuestra patria y nuestras risueñas campiñas.

que vosotros llamáis enemigos os dan el mismo título y quieren también emplearos como abono.

No se puede admitir el propio patriotismo sin reconocer el de los otros, y la consecuencia natural sería que habría que abonar todas las tierras con los cadáveres de todos los hombres, lo que produciría mieses excelentes, pero sin un solo segador, y eso me parece llevar un poco lejos el amor á la tierra. Y aun, si amáis la tierra que os ha dado nacimiento, como dice Ricardo, ese amor no debe ir más allá de las paredes del cuarto en que salisteis al mundo, porque si lo alargáis, ¿por qué lo detendréis en las orillas del Rhin y no en las del Sena?

—Nadie, dijo Ricardo, ha entendido por amor de la patria el amor del suelo.

—Así lo creía yo, replicó Mauricio, porque los efectos casi únicos de tal amor serían abonar los barbechos ó los surcos de nuestros campos con cadáveres ó con la sangre de extranjeros; pero si el amor de la patria es el de los hombres que habitan el mismo país que nosotros, ¿cómo es que en medio de una patria cualquiera se cometen diariamente opresiones, duelos, robos, incendios, prisiones, violaciones y estorsiones de todos géneros? Hacedme comprender por qué se ama á los compatriotas en masa, y por qué á cada uno de esos mismos compatriotas por los cuales es tan bello morir...

—*Pulchrum est pro patria mori!* (1) interrumpió Federico.

(1) Es dulce morir por la patria.

—Por los cuales, continuó Mauricio, es tan admirable hacer que decapiten dos hijos, como Bruto, hacéis diariamente tanto mal, mucho más que á los extranjeros, que tienen la dicha de vivir lejos de vosotros. ¿No es, pues, el amor de la patria más que el odio á todo lo que se halla fuera de determinados límites? Porque lo cierto es, repito, que cada patria tiene su patriotismo, que se formula en palabras de desprecio contra los extranjeros.

Recorred todos los países y escuchad lo que se habla sentados á las mesas y delante de las botellas:

En Francia, un francés vale por cuatro alemanes, cuatro rusos, cuatro holandeses y cuatro ingleses;

En Alemania, un alemán vale por cuatro franceses, cuatro ingleses, cuatro holandeses y cuatro rusos;

En Inglaterra, un inglés vale por cuatro rusos, cuatro franceses, cuatro alemanes y cuatro holandeses.

En Holanda, un holandés vale por cuatro rusos, cuatro ingleses, cuatro alemanes y cuatro franceses.

En Rusia...

—Observo en ese resumen una inexactitud, dijo Federico: los franceses creen valer por treinta alemanes, treinta rusos, etc.

—Escuchad aún en todos los países los discursos y las canciones, y oiréis: ¡Oh hermoso país, de Francia,—de Alemania,—de Rusia,—de Holanda,—de Inglaterra! Escuchad más y por todas partes, como título de gloria se os dirá, según el país: Soy

francés,—alemán,—ruso,—inglés,—holandés, y para honrar ese conceptuado como hermoso título, se batirán á muerte.

En todas partes para animar á los soldados se les dice: acordaos que sois alemanes, no olvidéis que sois franceses; recordad que sois etiópicos; tened en cuenta que sois otaitianos.

Que un día de batalla el sol salga de entre las nubes haciendo brillar en ambos campos las bayonetas y los sables, y en cada uno, según la nacionalidad del ejército, se dirá: ¡Franceses, ved el sol de Austerlitz!—¡Alemanes, ved el sol de Morat!—¡Ingleses, ved el sol de Malplaquet!—¡Españoles, ved el sol de Bailén! Mientras que el sol sigue aparente y tranquilamente su curso, haciendo madurar las patatas igualmente para todos.

Imaginaos habitantes de la frontera; á menos que los dos países no estén separados por un río, no podréis trazar una línea por tenue que sea que no pertenezca por mitad á cada país. Seguramente tendréis más semejanza, más lazos de unión y de afecto con el enemigo del otro lado de la línea divisoria que con vuestro compatriota que vive á centenares de leguas á quien no conocéis y que ignora vuestra existencia como vosotros la suya.

Tenéis con el enemigo el mismo sol, la misma hierba, el mismo alimento; sin embargo, en vuestros discursos y en vuestras canciones: en la parte de acá se es valiente; en la de allá, cobarde.

Si ha habido un combate á cien leguas de distancia, sin ser batido, sin haber perdido ni ganado, es

decir, sin haber motivo para regocijarse ni entristecerse, aquí se llora y se siente humillación; allá se frotan las manos y se siente alegría.

En esa misma línea hay una mata de hierba, porque la naturaleza no entiende de fronteras, amaréis la mitad, porque forma parte de «las risueñas praderas de vuestra hermosa patria,» y desdeñaréis la otra mitad. Hasta un guijarro colocado allí mismo: tomaréis la mitad que os corresponde para romper la cabeza del enemigo, el cual con la mitad suya romperá la vuestra.

Pero llega un momento en que, por un tratado de paz ó como dote á una princesa casadera, se hace la cesión de una parte de terreno fronterizo; entonces lo que era la patria deja de serlo, lo que era territorio enemigo es ahora la patria; ya no «es bello morir por una patria, sino por otra.»

—La muerte es santa, insistió Federico.

—Sí, es bello matar á los que la defienden y morir saqueándola, querrás decir. Sin contar que en cada patria hay muchas otras patrias; se lucha por su provincia, por su villa, por su calle, por su casa. ¿Qué sería de nosotros si se atendiese los votos de todos los pueblos que desean que se rompan los dientes de sus enemigos en sus mandíbulas?

—*Ossa inimici in ore perfringam* (1) interrumpió Federico.

—Ya no habría dientes en ninguna mandíbula, continuó Mauricio; pero, ya lo veis, el sol madura

(1) Con mi boca romperé los huesos del enemigo.

los frutos, cubre de hojas los árboles y abre las flores igualmente para todos, mientras los hombres se entretienen matándose recíprocamente sin lograr que se destruya el orden prescrito por la naturaleza; porque, como madre prudente, ha previsto sus locuras, del mismo modo que en su sabia prodigalidad ha previsto también que las semillas de las cerezas serían desviadas de su objeto para fabricar aguardiente. Los hombres tienen amplitud para imaginar y obrar contra la naturaleza, pero no podrán destruirse; porque la naturaleza, dando pasto á sus locuras, ha hecho como el viajero prudente, que pone aparte una bolsa para los ladrones.

El hombre no puede destruir ni crear una hierbecilla.

Una planta de tabaco produce trescientos sesenta mil granos; un solo olmo, quinientos veintinueve mil. Podéis fumar y hacer tablas para los ataúdes de los hombres que matéis, siempre habrá hombres, olmos y tabaco.

Podéis hacer también opio exprimiendo semillas de adormidera; una sola planta produce treinta y dos mil granos, y si cada uno se transformase en planta, en cinco años el globo entero se cubriría de adormideras.

—No se necesita tanto para dormirnos, dijo Ricardo.

—Pero, *me audias, obtestor* (1), dijo Ricardo; admitiendo que el amor de la patria sea un error ó

(1) Te conjuro que me escuches.

una mixtificación, no es admisible que una mixtificación sin beneficio para nadie se mantenga tanto tiempo.

—A mi vez te digo *me audias, obtestor*, replicó Mauricio; para el mayor número el amor de la patria es una mixtificación, mas para algunos es un convencionalismo útil en el miserable estado de guerra en que se halla la sociedad.

Son muchos los interesados en la conservación de ese convencionalismo. Bien se necesita que haya una patria para los héroes; sin ella no habría enemigos, ni victorias, ni laureles, ni gloria, ni botín. También se necesita una patria para asociar é interesar á cierto número de hombres para quienes es glorioso y ventajoso que un Villars ó un Marlborough hayan matado muchos hombres en sus campos de batalla, cuyos muertos, pisoteados por los caballos, quedarán improductivos, pero se doblarán los impuestos para atender á los gastos de la gloria, que no es gratuita.

Cuando un señor ó un amo ha dicho:

«¡Oh, esa tierra, ese castillo, ese bosque me convienen!

»¡Oh, no tengo dinero para dar de comer á mis caballos, á mis perros y á mis lacayos!»

Era imposible que dijera francamente al pueblo:

«Venid á batiros y haceros matar para que yo adquiera un hermoso castillo ó una tierra fértil, de los cuales mis lacayos os echarán á latigazos cuando sean míos; para que yo posea un bosque excelente donde seréis azotados, ahorcados, descuartiza-

dos, cosidos en un saco, ahogados, crucificados, quemados, comidos por los perros si tenéis la desgraciada ocurrencia de cazar allí un conejo ó una perdiz.

»Venid á batiros para que no me falte dinero para alimentar los caballos que destruyen vuestras cosechas, los lacayos que os azotan y que os cuelgan y los perros que os comen.»

Todos se le burlarían, por eso se ha inventado otra cosa no menos absurda, pero que hasta el presente les ha producido buen resultado.

Se ha llevado á los hombres al combate, diciéndoles: «Odiad y matañ.» Después el héroe, señor ó amo ha tomado «al enemigo su mujer, su servidor, su buey, su asno, su criada y todo lo que era suyo;» sin dar participación á nadie. Luego, si se adelanta algún curioso á preguntar ¿por qué nos hemos batido, mutilado y matado? le responde el héroe: «os habéis batido, mutilado y matado, incendiado y saqueado porque sois patriotas, porque amáis la patria; si habéis perdido un brazo, regocijaos; dos brazos, enorgulleceos; dos brazos y una pierna, glorificaos; dos brazos y dos piernas, sentidlo únicamente porque os impide aplaudir y saltar de júbilo.»

No tardará mucho en comenzar de nuevo: «¡Oh, necesito botas patrióticas, la patria no tiene botas, la patria llama á sus hijos; ¡venid á haceros matar.» Ya veis como la patria se guisa con todas las salsas.

Sucede que dos partidos desgarran un país:

Uno dirá: «La patria gime bajo el despotismo; hijos de la patria, libertad vuestra madre.»

Otro gritará: «La patria es presa de la anarquía, hijos de la patria, libertad vuestra madre.»

Nótese que esa excelente madre no levanta la voz más que para hacer á sus hijos homicidas ó mártires...

ALFONSO KARR

(Une heure trop tard)

SANTIAGO EL BUENO.—Tenemos una casa hermosa, pero estamos aislados; voy á comprar un revólver para defendernos.

SU MUJER.—Como quieras.

SANTIAGO EL BUENO.—Escogeré lo mejor.

SU MUJER.—Mejor sería...

SANTIAGO EL BUENO.—Cuando se trata de la propia defensa no se ha de reparar en gastos.

SU MUJER.—Como quieras.

SANTIAGO EL BUENO.—También compraré fusiles; quiero tener más fusiles que el que más tenga.

SU MUJER.—No tenemos dinero para eso.

SANTIAGO EL BUENO.—Lo tomaré prestado.

SU MUJER.—Sin embargo...

SANTIAGO EL BUENO.—No se discute cuando se trata de la seguridad.

SU MUJER.—Como quieras.

SANTIAGO EL BUENO (*algunos días después*).—Se acaba de inventar un nuevo revólver; he echado el otro al hierro viejo y he comprado el revólver perfeccionado.

SU MUJER.—Pero...

SANTIAGO EL BUENO.—Le he mandado hacer de oro.

SU MUJER.—Me parece que el acero...

SANTIAGO EL BUENO.—El oro vale más, y cuanto más cuesta la defensa, mejor defendido se está.

SU MUJER.—Creía que no teníamos dinero.

SANTIAGO EL BUENO.—He vendido el reloj...

SU MUJER.—Exageras...

SANTIAGO EL BUENO.— ¡Patria... nación... bandera!...

SU MUJER.—Como quieras.

SANTIAGO EL BUENO.—He comprado un cañón de los más grandes.

SU MUJER.—¿Y el dinero?

SANTIAGO EL BUENO.—He vendido nuestro mobiliario.

SU MUJER.—¿No llevas las cosas demasiado lejos?

SANTIAGO EL BUENO.— ¡Patria... nación... bandera!...

SU MUJER.—Como quieras.

SANTIAGO EL BUENO (*algunos días después*).—Tengo ganas de comprar una ametralladora...

SU MUJER.—No vale la pena, Santiago. Nos han embargado todo; la casa está vacía y no hay que temer á los ladrones; ya puedes desarmar.

SANTIAGO EL BUENO.— ¡Eso nunca! antes me quedaría sin comer.

SU MUJER (*poco después*).— ¡Me muero de hambre!

SANTIAGO EL BUENO.—Y yo también... ¡Patria nación... bandera...

SU MUJER.—Como quieras.
(*Se mueren*)

BRIEUX

(*Figaro*, 16 abril 1893)

Si tenéis necesidad de matar para ser patriota, cazad lobos, poned trampas á las garduñas y á las ratas. Más vale librar de ellos al país que degollar hermanos vuestros.

BOUCHER DE PERTHES

...Ellos (los hebreos) tomaron también la ciudad (Jericó).

Y mataron cuanto encontraron con vida: hombres y mujeres, niños y ancianos; haciendo pasar también al filo de la espada los bueyes, las ovejas y los asnos.

Josué, VI, 20 y 21

—Por qué me matáis?

—Porque vivís á la orilla opuesta del río. Si vivieseis á este lado, sería un asesino, sería injusto; pero viviendo al otro lado, soy un valiente, y eso es justo.

PASCAL

(*Pensées*)

...¿Hay nada más ridículo que el hecho de que un hombre tenga el derecho de matarme, porque viva al otro lado del río y que su príncipe tenga querrela con el mío, aunque yo no la tenga con él?

PASCAL

(Pensées)

Si hay palabras de que se ha usado y abusado y de que se usa y abusa todos los días, son sin duda las palabras *nación* y *patria*. Todo lo que en las sociedades tiene por objeto refrenar y explotar los pueblos, paralizar y comprimir el vuelo de la inteligencia humana, se hace siempre é invariablemente en nombre de la patria. Leyes y reglamentos, órdenes y decretos, prisiones y cadalsos, policía y gendarmería, etc., todo ese repugnante aparato de cadenas y de esclavitud, de expoliación y de miseria, de explotación y de servidumbre, no ha sido inventado ni existe más que en interés *del buen orden y de la seguridad interior de las naciones*.

No hay infamias, ni iniquidades ni crímenes de aquellos que los tiranos imponen incesantemente á la humanidad, que no se haya previamente justificado y aun glorificado como actos de *alto patriotismo*. Si se entroniza el despotismo, *es para velar por la seguridad de los ciudadanos*; si una majestad cualquiera tiene la humorada de enviar al matadero algunos miles de criaturas humanas, *es por la gloria y el honor de la patria*.

Se echa mano todos los años de la más fuerte y

vigorosa juventud del país, para amontonarla en los cuarteles, esos antros de embrutecimiento y desmoralización; se han creado y se conservan ejércitos permanentes, y se construyen fortificaciones, todo lo cual devora millones á centenares, pues todo se hace para *mantener la seguridad y la independencia del país*. Se pone una cuerda al cuello de los ciudadanos con el nombre de pasaportes, se establecen aduanas, esas trabas vergonzosas y bárbaras puestas á la libre circulación de los hombres y de las cosas, y á eso se da el nombre de *previsión nacional*; se crean cada día nuevas cargas, se aumentan constantemente los impuestos, todo para nutrir, alojar, vestir, calentar y conservar la clase *tan interesante y tan necesaria* de los tutores, de los protectores, en una palabra, de los parásitos del pueblo.

Si los explotadores industriales reclaman leyes de prohibición para someter más á su gusto productores y consumidores, dicen que es para *proteger el trabajo nacional*; si algunos usureros, ávidos de lucro, ansiosos de que aumente su gaveta, fundan una casa de banca ó de crédito, no dejarán de exponer que sólo se proponen *favorecer el desarrollo del trabajo y de la industria del país*. En fin, no acabaríamos si quisiéramos enumerar uno á uno los innumerables beneficios que el trabajador debe á esa tutelar y bienhechora divinidad llamada la patria.

Lo único que no ha hecho jamás esa buena y excelente madre es asegurar á todos sus hijos, en pago de su trabajo, el bienestar y la libertad. Y no

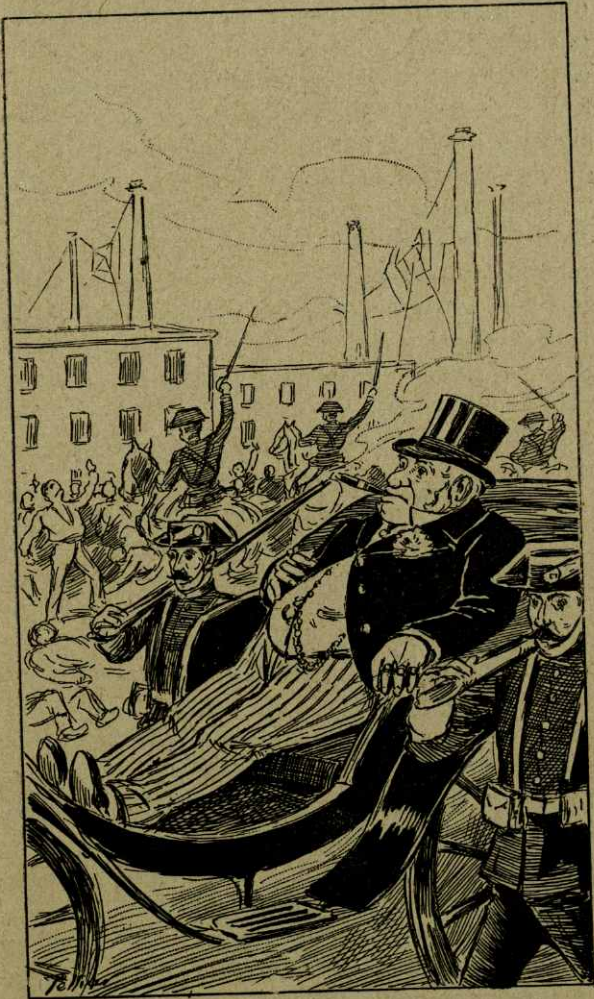
obstante, parécenos que tal debiera de ser su única razón de existir.

Repitiendo incesantemente las altisonantes palabras: amor del país, independencia nacional, patriotismo y otras vaciedades equivalentes usadas por los explotadores, se ha logrado sujetar al proletariado en esa abyecta condición de servidumbre y de esclavitud moral, que quedará como una vergüenza del siglo llamado de la civilización y de las luces.

Extraña anomalía, en efecto: proclámase *a priori* al hombre en nuestras sociedades modernas libre é igual de los otros hombres: las leyes, los códigos, la educación, las costumbres, todo concurre á hacer que brote en él el precioso germen de la libertad, de la autonomía individual, esa ley suprema hacia la cual gravita la humanidad impulsada por el atractivo é irresistible ascendente del progreso, y el hecho es que la casi totalidad de esos mismos hombres se ve privada, despojada de toda prerrogativa individual, de todo derecho de posesión personal.

¿Por qué aberración del espíritu se ha implantado y se conserva tan monstruoso fenómeno en las sociedades? ¿Cómo se ha logrado persuadir á los hombres que son libres, cuando para ellos la libertad consiste en sufrir, sin osar siquiera murmurar una queja, las leyes más arbitrarias y las condiciones más humillantes que unos hombres puedan imponer á otros hombres?

No vacilamos en declararlo; sólo ha sido posible estableciendo líneas de demarcación entre los ciudadanos, levantando fronteras que fueran como re-



diles para los ganados, creando y organizando las nacionalidades; y sostenemos que, mientras dure esa engañosa ilusión, ese brillante espejismo patriótico, los trabajadores no pueden esperar emancipación positiva, ni verán desaparecer la miseria que les roe y les envilece. Porque la *nación*, hágase y dígase cuanto se quiera, se compondrá siempre de dos elementos, la clase gobernante y la clase gobernada; disfrutando la una de todos los privilegios y de todos los goces, y soportando la otra todas las cargas y todas las privaciones; á ésta todo el trabajo que enflaquece, á aquélla todas las ganancias que engordan.

«Las bestias feroces tienen madrigueras, exclamaba Graco, el enérgico y generoso reformador igualitario, y hay ciudadanos romanos, á quienes se da el título de dueños del mundo, que no tienen techo que les cobije ni una pulgada de tierra donde reposarse.»

¡Y entre tanto había ciudadanos romanos, como Lúculo, por ejemplo, que gastaba en comer diariamente el equivalente de quince mil francos! Y como es consiguiente, para que el orgulloso y arrogante patricio pudiese comer así, era absolutamente preciso que la plebe ayunase. El interés bien entendido de la patria y el orden y la tranquilidad así lo exigían: hacerse matar en tiempo de guerra, trabajar como una bestia de carga en tiempo de paz, ayunar y sufrir incesantemente, tal ha sido siempre el lote del pueblo en ese admirable plantel de esclavos que se denomina una nación.

Liberales y republicanos, clericales y realistas, soldados del despotismo y soldados de la libertad, todos proclaman á una el patriotismo como el más santo y el más sagrado de los sentimientos, ante el cual han de borrarse los otros. Y de ese modo, las hermosas expansiones de las almas, las dulces alegrías de los corazones, las suaves emociones del amor, todas esas puras sensaciones, esos inefables goces, esa ciencia del sentimiento que desarrolla las más bellas facultades del ser humano, que eleva el alma y permite á la inteligencia cernerse en las más altas regiones del arte y de la poesía, todo eso debe callarse para dejar el puesto libre á esa estúpida y brutal ficción llamada la patria.

En el balance del despotismo, nada valen las puras alegrías de la familia, los poderosos impulsos del trabajo, los apasionados arranques de la libertad. ¡Qué importa el amor, la ciencia, el arte, la poesía ni el trabajo! ¡La patria os llama; id, jóvenes de imaginación ardiente, de nobles y grandes pensamientos, de aspiraciones poéticas; id á engrosar el número de los brutos de munición; desprendeos de los brazos de los que os aman; rechazad todo pensamiento de amor, toda aspiración al porvenir, y á la voz de la sanguinaria diosa corred á matar hombres ó á hacerse matar por ellos.

La patria os ofrece un fusil y un sable. ¡Nada más sentimental y poético!

«¡Morir por la patria es la suerte más bella y envidiable!» aullaba en junio de 1848 la horda llama-

da guardia móvil cuando la metralla sembraba la muerte entre los trabajadores parisienses.

«¡Vuestra vida es de la patria!» exclamaban con delirante entusiasmo los enérgicos aunque inconsecuentes revolucionarios del 93, convirtiéndose las falanges republicanas en las populicidas cohortes de los asesinos termidorianos y directoriales, y, después, en los seides del más horrible y del más sangriento despotismo.

¡Era lógico!

HECTOR MOREL

(*Les Nationalités*, 1869)

.....

Todo el día estuvo Pervencheres en sobresalto. Recorrían sus calles grupos de quintos, cantando canciones patrióticas y ostentando sus números en la gorra, rodeados de lazos y escarapelas.

Vi un muchacho, hijo de un arrendatario de mi padre, y le pregunté:

—¿Por qué cantas?

—No sé... canto, dijo encogiéndose de hombros.

—¿Te gusta ser soldado?

—¡Cál... canto porque los otros cantan.

—¿Por qué cantan los otros?

—¡Tomal porque es costumbre que canten los quintos.

—¿Sabes tú lo que es la patria?

—Me miró con ojos de espanto. Evidentemente, no se había dirigido nunca esa pregunta.

—Mira, muchacho, la patria la forman unos cuantos bandidos que se arrogan el derecho de hacer de ti menos que un hombre, menos que una bestia, menos que una planta: un número.

Y para dar más fuerza á mi argumento, le arranqué el número, froté con él la nariz del campesino, y proseguí:

—Es decir, que por combinaciones que ignoras, te arrancan á tu trabajo, á tu amor á la libertad, te despojan de la vida... ¿Comprendes?

—Quizá...

Pero ni me escuchaba, y siguiendo con mirada inquieta el pedazo de cartón que mi mano agitaba haciendo zig-zags en el aire, dijo tímidamente:

—Deme usted mi número, señor Sebastián.

—¿Tienes empeño en ello?

—¡Ya lo creo! Como que le pondré sobre la chimenea, al lado de la estampa de mi primera comunión.

Prendió otra vez el número en su gorra, se juntó á su grupo y volvió á cantar.

Volví á verle por la noche. Estaba borracho y llevaba una bandera arrastrando por el lodo.

OCTAVE MIRBEAU

(Sebastián Roch)

La historia de todas las guerras demuestra que esas desviaciones opuestas de la opinión se hallan cuando, en vez de los personajes notables, se trata de la conducta de los pueblos á que esos personajes

pertenecen. Cuando nuestros protestantes ingleses ponen siempre por delante las crueldades cometidas por los católicos, y éstos obran análoga y recíprocamente, demuestran que no saben ver más que un lado de las cosas; las naciones hacen lo mismo, como lo prueban las tradiciones en que conservan el recuerdo de los actos de barbarie ejecutados por los pueblos con que han guerreado. Así como en otro tiempo los normandos, vengativos habitualmente, se indignaban al hallar vengativos al último á los ingleses, del mismo modo los franceses no cesan las censuras contra las atrocidades perpetradas por las guerrillas españolas, ni los rusos las de los circasianos. En ese conflicto entre las ideas de los que cometen los actos de salvajismo y las de los que las sufren, discernimos claramente la influencia del patriotismo cuando dos partidos nos son extraños; pero en cuanto nosotros mismos somos actores y por consiguiente interesados nos volvemos ciegos. Todos los que cuentan cierta edad recuerdan la indignación excitada en Inglaterra por la crueldad con que los franceses trataron á los árabes que se negaban á someterse, encendiendo grandes hogueras á la entrada de las grutas en que los rebeldes se habían refugiado; pero se olvida que nosotros hemos hecho otro tanto en la India; por ejemplo, cuando, después de haber fusilado en masa todo un grupo de cipayos, se prendió fuego al montón formado con muertos y heridos; ó también cuando, después de la represión de la rebeldía de Jamaica, se procedió á la destrucción en grande de las habi-

taciones, quemando unas, derribando otras á cañonazos. Escúchese lo que se dice en las colonias inglesas sobre las grandes hazañas de ese género, y se verá que generalmente se les justifica por la necesidad; escúchese en seguida lo que se dice cuando el culpable es otro pueblo, y no es raro que la misma persona declare con indignación que no hay razón de necesidad que justifique tal crueldad. La preocupación produce aún errores de juicio mucho peores, haciendo que sentimientos y acciones que celebramos como virtuosos cuando no comprometen nuestros intereses ni nuestro poder, se declaran perversos en cuanto atentan á ellos lo más mínimo. Leyendo la tradición de Guillermo Tell ó una relación histórica cualquiera, nos sentimos transportados de admiración ante la consideración de una raza oprimida que reconquista su independendencia; pero si se trata de una raza que nosotros oprimíamos, la admiración se cambia en rabia y desprecio. No vemos más que maldad pura en las tentativas de los indios para sacudir nuestro yugo y no admitimos ninguna excusa á los esfuerzos de los irlandeses para establecer su nacionalidad independiente, ignorando absolutamente que en todos los casos de este género los móviles son los mismos y que deben ser juzgados independientemente del resultado.

HERBERT SPENCER

(Introduction à la Science sociale)

En el día el parisién encuentra ventajoso traficar con Burdeos sin traba alguna. Supongamos que mañana Burdeos perteneciese á España: desde el punto de vista económico, las relaciones continuarían exactamente las mismas entre el bordelés y el parisién; pero el parisién consideraría en ese caso al bordelés como extranjero; por más que sea esa una consideración política que nada tenga que ver con los negocios, y que si una aduana era un estorbo entre esas dos ciudades cuando formaban parte del mismo Estado, continuará estorbando igualmente cuando pertenezcan á Estados diferentes, ó que si una aduana fuera útil en este último caso, lógico es reconocer que también lo sería en el otro, y que hubiera debido establecerse á pesar de la unión política de las dos ciudades.

En el dominio económico no hay extranjeros ni compatriotas, no hay más que buenos ó malos negocios, y los individuos que realizan los primeros se enriquecen, en tanto que se empobrecen los que hacen los segundos. Cuando muchas personas de un mismo país hacen especulaciones lucrativas, la riqueza general de aquel país aumenta, importando poco con quien se negocia, compatriota ó extranjero. Si uno es robado por su propio hermano, de hecho existe un daño. Ni la conciudadanía ni aun el parentesco tienen nada que ver en los negocios económicos.

Hay abstracciones, azotes de la humanidad, que impiden á los hombres gozar del bienestar. Por ejemplo: óyese hablar del «comercio de Francia,»

del «comercio de Inglaterra,» pues tales palabras no tienen un átomo de realidad concreta. Ni Francia comercia ni Inglaterra tampoco, sino Brown compra mercancías á Durand y Smith vende mercancías á Dupont. Si franceses é ingleses convinieran mañana en unirse en un solo Estado, las relaciones mutuas de Brown y Durand, de una parte, y las de Dupont y Smith, de otra, continuarían siendo exactamente lo que en la actualidad.

La funesta abstracción denominada «comercio nacional» impide comprender la verdadera naturaleza del fenómeno económico. Veamos: el pueblo ruso consume anualmente 320 millones de kilogramos de azúcar indígena; ¿qué quiere decir esto en realidad? sencillamente que Petrof compra azúcar á Ivanof. Si Petrof comprase su azúcar á Muller en Alemania, ó á Alvarez en Cuba, haría exactamente la misma especulación comercial: daría una mercancía y tomaría otra; pero se piensa que si Petrof cambia con Ivanof Rusia se enriquecerá, y si cambia con Muller ó con Alvarez Rusia se empobrecerá. Y en seguida aparece el eterno cliché: ¿de dónde sacará Rusia el dinero necesario para comprar su azúcar al extranjero? Si Petrof, Sidorof y los 124.999,998 rusos encuentran hoy 400 millones de francos para pagar á Ivanof y á otros fabricantes de azúcar, del mismo modo pagarán á Muller y á Alvarez, procurándoselos allí mismo donde se los procuran hoy. ¿En qué se funda la idea de que los rusos no encontrarán ese dinero cuando compren el azúcar en Cuba? ¡Misterio impenetrable! Nunca han

podido explicarnos eso los señores proteccionistas.

Otro error procedente de la expresión «comercio nacional» consiste en creer que las transacciones entre dos países deben saldarse directamente. Si los parisienses compran por valor de 100 millones de mercancías en Burdeos, ¿significará eso que se arruinarán si los bordeleses no compran mercancías por el mismo valor en París, proveyéndose en Marsella ó en Lyon, que á su vez tienen relaciones con París? El saldo de cuentas puede operarse por intermediarios: Rusia puede no vender nada á China y saldar sus compras en ese país por mediación de Inglaterra. La circulación económica es tan compleja en el seno del Estado, que se pierde uno en el dédalo de las operaciones comerciales. Otro tanto sucede en todo el globo: en cuanto se establecen relaciones de negocios entre conciudadanos de Estados diferentes, esos Estados constituyen un solo mercado, desde el punto de vista económico, como si no existiesen fronteras. Nadie se preocupa en Francia de saber si la balanza del comercio entre Turena y Anjou se salda en pro ó en contra de una de esas dos provincias; tan escasa es la importancia que tiene saber si la balanza de comercio entre Francia é Inglaterra se salde en pro ó en contra de una de esas dos naciones. Las preocupaciones políticas embrollan además las cuestiones económicas. Nuestras preocupaciones, nuestra ignorancia y nuestra manía de abstracción son las que dan importancia exagerada á cuestiones que no la tienen. Así, mientras se confundan cosas diferentes, no ordenemos nuestros

razonamientos y nademos en un océano de pensamientos incoherentes y caóticos, la suma de bienestar de que podamos disfrutar será restringidísima.

J. NOVICOW

(Les Gaspillages des Sociétés modernes)

¡La paz! la paz no durará ni tendrá porvenir sino á condición de que sea el resultado de la libertad y del bienestar de todos, teniendo por base la cesación de todos los antagonismos y la armonía de todas las individualidades. No son los gobiernos, quienes quiera que sean, los que pueden decretarla.

Únicamente la ausencia de toda autoridad gubernamental puede producirla. Mientras haya pobres y ricos, opresores y oprimidos, gentes que hagan la ley y otros que la sufran, y, por último, en tanto que un hombre sienta pesar sobre sí la voluntad de otro hombre, la paz, creedlo, será irrealizable, y lo práctico en las sociedades será la guerra, pero la guerra con todos sus desastres y con todas sus horribles consecuencias.

J. DEJACQUES

(Nueva Orleans, junio 1856)

Los hombres que no tienen compasión de los otros,—jefes militares, ministros, jueces, verdugos,—han pasado su vida esforzándose en despojarse de todo sentimiento humano; si no hubiesen logrado su

objeto se hubieran detenido á la mitad del camino... Pensad que todo lo ocurrido desde la insurrección de Palermo hasta la toma de Viena, no ha costado á Europa la tercera parte de víctimas que le costó, por ejemplo, la batalla de Eylau. Nuestras ideas son aún tan confusas, que ni podemos contar los muertos que caen en las filas donde no se metieron por deseo de combatir ni por convicción, sino que fueron llevados por esa peste social llamada la quinta. Los que sucumben en las barricadas saben al menos por qué mueren, pero ¿y los otros?... Si hubiesen podido oír el principio de la conferencia fluvial de los dos emperadores, no hubieran podido menos de avergonzarse de su valor. — «¿Por qué nos batimos? preguntó Napoleón; sostenemos una equivocación.» — «En efecto, dijo Alejandro; eso no tiene razón de ser.» Y se abrazaron. Millones de guerreros, con valor admirable, han asesinado á otros tantos y se han sacrificado ellos mismos, ¿por qué? ¡por una equivocación!

A. HERZEN

(De l'autre rive)

La antropofagia es una de las enfermedades de la primera infancia de la humanidad, un gusto depravado que explica la miseria, ya que no la justifique. Es una corta locura provocada por el hambre; pero es necesario que la humanidad pase por la fase del hambre para llegar á la de la abundancia.

Compadeced, pues, al caníbal y no le injuriéis

vosotros los civilizados que coméis carne fresca y matáis diariamente miles de vuestros semejantes por motivos menos plausibles que el hambre. Por mi parte, no vacilo en afirmar que de todas las guerras que los hombres se hacen, la que tiene por objeto comerse los combatientes es la única que me parece racional. Excuso á todos los culpables que tienen hambre, porque la primera ley para todos los seres es vivir, y es natural que un hombre mate á su semejante cuando no tiene otra cosa á que echar el diente. Todos los días se ponen en práctica esos principios en las naciones civilizadas, y varios autores, Gericault, Delacroix y Eugenio Sue, entre otros, han trazado sobre ese asunto cuadros admirables, ante los cuales la opinión pública más ha compadecido que censurado á los desgraciados hambrientos de la *Medusa* y de la *Salamandra*. Ugolino comiendo sus hijos para conservarles un padre, inspira por lo menos tanta piedad como horror. El mal, en efecto, no consiste tanto en asar al enemigo muerto, sino en matarle cuando no quiere morir. Y la prueba de que el crimen no consiste sino en la manera de considerar la cosa, se halla en que los mismos moralistas que censuran tan duramente al salvaje hambriento que se asimila la substancia de su enemigo en forma de rosbif, han hecho de la reina Artemisa el modelo de las esposas por haberse tragado á su marido en píldoras.

Donde hay crimen imperdonable, locura furiosa elevada hasta la séptima potencia, es en la guerra á cañonazos que se hacen entre sí los pueblos civili-

zados, franceses, ingleses, alemanes, rusos, etc., que no tienen hambre unos de otros y que se baten por la gloria de sus amos. La guerra es la más atroz de todas las locuras humanas; pero la más risible de esas atrocidades consiste seguramente en que se matan sin motivo, por el solo placer de matarse; en que los enemigos se saludan cortésmente antes de asesinarsé; en que los vencedores, *después* de la batalla se ocupan filantrópicamente de componer las piernas á los vencidos, como si no hubiese sido más sencillo no rompérselas *antes*. ¡Ah! El ave de rapiña y el tigre que se ven obligados á comer carne, dan todos los días hermosas lecciones de humanidad al hombre: no se cazan entre sí y no matan sino lo preciso para su hambre. Castaño, mi perro de caza, estaba íntimamente persuadido que yo calumniaba á mi especie cuando le refería ciertas extravagancias humanas, como las matanzas de las guerras civiles y los asesinatos de prisioneros, porque mi buen Castaño pensaba, como Helvecio, que una guerra emprendida para defender el honor de una nación es un pretexto para robarla.

A. TOUSSENEL

(*L'Esprit des Bêtes*)

Vuestra apología de la mentira, dije á un amigo, equivale á decir que el espejismo es más agradable que la realidad del desierto, y, por tanto, el espejismo es preferible. En el Sahara, cuando se produce el fenómeno así denominado, acelera la marcha de

las caravanas. Si no es el oasis verdadero, es su esperanza, y siempre resulta la ventaja de que, cuando cae el telón sobre ese espectáculo ilusorio, se ha adelantado más y se halla menos distante la tierra prometida donde se reposará á la sombra de las palmeras.

Si esta comparación fuese exacta en todos sus puntos, si el espejismo intelectual y moral naciese de las cosas ó de nuestra capacidad de ilusión, no querría yo arrancar esa venda mágica; pero desde que observo el tren del mundo, he descubierto que detrás de cada espejismo hay tunantes que dirigen la tramoya, y eso me contrista por los pobres ilusos. ¿Qué espejismo inducía á los doscientos mil ingleses que asolaron el Africa del Sud? ¡La gloria de Inglaterra, la grandeza de Inglaterra!... Esos ingleses fueron desde su nacimiento tan bien adiestrados por la educación patriótica, que, llegados á la edad adulta, se hacen romper la cabeza para que los accionistas de la Chartered consoliden bien sus acciones. La tarea de cultivar el patriotismo en la masa, que parece cosa de puro sentimiento, resulta, por parte de los que dirigen, una garantía de interés.

La burguesía francesa de 1815 á 1870, se libró por dinero del cuartel y de los campos de batalla. En lugar de sostener para la defensa de sus bienes mercenarios que le hubieran costado caro, dijo al pueblo: «Tu patriotismo te obliga á servir siete años á tu patria; te debes á la bandera, á Francia...» Y el pueblo marchó y conquistó Argelia, Crimea y Méjico.



Si esos cándidos se hubiesen dicho: «¡Montar la guardia para la tranquilidad de los burgueses es harto tonto!» ¿No hubieran hecho bien, si hubieran desertado yendo á plantar su tienda sobre otra tierra en que la igualdad de los derechos respondiese á la igualdad de las cargas?

No lo han hecho porque carecen de ese espíritu de análisis que lastima, porque habían sido reducidos por espejismos hábilmente preparados. No lo han hecho, y sus huesos han blanqueado tierras lejanas; y madres á miles han llorado la pérdida de hijos queridos.

¡Ah! para llegar á tales matanzas, ¡qué caminos de mentira se han recorrido y se recorre aún! Desde la infancia se nos inculca la mentira histórica y la mentira social. Se nos imprime el sentimiento de respeto cuando lo necesario es extirparlo con todo empeño. Respetar, ¿por qué? Antes de respetar alguien ó algo, se ha de ver si se debe ó no quitarse el sombrero.

El respeto, con su auxiliar la violencia, comienza en la iglesia, donde se nos obliga á hablar bajo, como si el dios que allí habita no gustase del sonido libre y familiar de la voz humana. En otro tiempo, cuando la fe era algo más que una vana hipocresía, hasta los mercados se celebraban en las iglesias; en ellas se elegían los delegados á los Estados Generales, y no se escandalizaba nadie de ello.

Mentira primordial, clave de bóveda de las mentiras sucesivas: ese dios es el primer tirano de nuestra vida; asusta hasta causar pesadillas con la idea

del infierno; es un testigo molesto, y se le encuentra en todas las desgracias, suponiendo que las envía como prueba, según dice la religión, pareciendo como una especie de fatalidad lejana y oscura.

La escuela, primaria ó superior, continúa la vía de mentira (la Escuela Moderna se exceptúa de esa generalización) en que se os ha colocado y por la que se os impulsa; allí es donde se os enseña á respetar, abrumándoos de tal manera con un pasado de historia y de leyenda, que hay quienes, seducidos por tanto relumbrón, pierden para siempre el juicio, desdeñando el presente que les parece menos bello. Ese pasado, embellecido por la imaginación, admira: respetad esos reyes de Francia, esa colección de imbéciles, viciosos, monederos falsos, tiranos y traidores; á ellos se debe que uno sea francés; respetad á los tunantes que han vivido á su sombra, Mazarino, por ejemplo, que gustaba de procurarse gangas y primas; el mezcla de mendigo y pillo Colbert, á quien Lavise ha juzgado severamente en la *Revue de Paris*; el monstruo de ambición Richelieu, todos cínicos, que identificaban la causa pública con su interés personal; todos domésticos y serviles, á pesar de su aparente grandeza, que sufrían los caprichos y genialidades de su amo con lastimosa bajeza.

Las causas económicas que han unificado el país son ese genio que indebidamente se les atribuye, y con esa falsedad se forma en los cerebros jóvenes la creencia en héroes que guían el mundo.

Atribuir á grandes designios el efecto ordinario

de pasiones frecuentemente las más viles, es, en primer lugar, una mentira, y después es preparar el espíritu á la adoración de fuerzas singulares que no existen en la naturaleza; porque el hecho es que siempre los acontecimientos desconcertaron á los políticos, y ese pueblo que desprecian es más rico en rasgos inesperados que ellos en previsiones.

Toda la enseñanza de la historia parece destinada á crearnos imágenes de hombres providenciales que guerrean siempre con miras nobles; y como en todo tiempo, salvo excepciones, naturalmente, los escritores se inclinaron delante de la fuerza, y como cada vez que un gran bandido, Condé ú otro cualquiera, ha hecho matar muchos soldados por su ignorancia táctica y estratégica, nunca ha faltado un Bossuet para incensarle con un impudente panegírico, resulta que la literatura y la historia concuerdan en infestar el espíritu que nuestros dominadores explotan después.

¡Vamos pues! joven moldeado para respetar, respeta la magistratura, aunque en el tribunal, examinando los jueces y el acusado sea dudoso juzgar quién tiene el alma más negra.

Respetar ese general que pasa, aunque con pantalón rojo ó negro los hombres sean los mismos y no haya razón para dejarse imponer por una vestidura de color chocante ó por otra de color obscuro.

Respetar esa cinta, signo del honor, aunque el ministro del interior distribuya á sus polizontes y el de comercio al sastre que no reclama el pago de su factura.

Respetar la propiedad, aunque el robo, la prevaricación, la falsificación, la explotación, la usura, etc. sean frecuentemente su fundamento y sus puntales.

Admira tu país y denigra á los otros por confianza, aunque sean equivalentes. Duélete de que el rey de Roma muriese á veintiún años y que ese fin prematuro le impidiese revolver Europa á sangre y fuego para hacerse digno de su poder.

Respetar, en fin, los funcionarios, miembros de esa organización que bosquejaron nuestros reyes y que acabó Napoleón, ya que en la escuela te han hecho creer que sin esos agentes de una bomba que aspira el dinero de abajo arriba, no para distribuirle sino para retenerle, no podrías vivir con seguridad; guarda la ilusión de que son necesarios, porque sin ilusión no hay placer.

Y si un quídam quiere arrancarte esa ilusión, trátale de destructor y demagogo.

La especie de los demagogos, sin embargo, sacude de cuando en cuando la torpeza de la humanidad que yace en el camastro de sus convencionalismos. Voltaire y Rousseau son dos tipos memorables de esa especie; su acción ha sido tal, que los que han venido después parece que les copian. Bien sé que se objeta que si cada uno hiciera por su cuenta el examen que precedió á la concepción del *Contrato Social*, no habría medio de hacer grandes cosas, por falta de hombres de abnegación suficiente para consentir en ser los obreros de alguna obra de que no pudieran utilizarse personalmente; lo que quiere decir que no hay sacrificio de los pequeños para los

grandes sin engaño de éstos para aquéllos; ó de otro modo, no hay medio de extraer el oro del suelo del Transvaal si muchos miles de pobres diablos ingleses no hacen de su vida un don imbécil. Vuestra apología de la mentira da por resultado la justificación del crimen y el desprecio de los hombres de genio.

EDOUARD CONTE

(*La Dépêche*, marzo 20, 903)

El instinto de las madres me conmueve más que toda la política de los retóricos ó de los comerciantes. ¡Qué grande será el día en que las madres, decididas á no callar, griten bien alto todo lo que piensan de todas esas cosas... y sobre todo lo que desean, lo que deben desear!

Escuchad esa madre que un día triste recibe la fría, la terrible, la cruel nota oficial: «El soldado N. N., de la matrícula tal, ha muerto en tal fecha... en el Soudan..., en Dahomey..., en Tonkin..., en Madagascar.»

Oid á la mujer que ha leído en una carta frases como esta: «Querida madre: casi todos estamos enfermos. Estos países no son buenos... Espero volver... pero si por casualidad quedase aquí, hay que consolarse pensando que tu hijo ha muerto por la patria...»

No invento estas frases. La guerra que en la actualidad hace llorar á las madres es una guerra

inglesa en el Transvaal. Leed una carta de un soldado á su madre publicada por los diarios de Londres. El soldado es inglés, la madre es inglesa; lo mismo sería si la madre fuese francesa ó española; el dolor no tiene patria; en todas partes las madres y los hijos sufren los mismos males cuando la ambición de los hombres de guerra al servicio de la avaricia de los hombres de dinero lo exigen...

He aquí la carta:

«Algo me dice que mañana me matarán y eso me oprime el pecho y me sofoca un poco el corazón... El otro día cayó un hombre de mi compañía en una trinchera á mi lado; no murió en el acto; un casco de bomba le abrió el vientre. ¡Aquello era horrible! ¡Tendido en el suelo, perdía sus entrañas, sollozaba como un niño y rogaba al médico que le matara porque sufría mucho, y el médico no pudo menos de decir que la guerra era verdaderamente cosa maldita...

»Sentiría morir de esa manera, porque me parece que lo sentiría usted mucho si lo supiera;... quisiera morir pronto, sin sufrir mucho... Suceda lo que quiera, puede usted estar tranquila; me batiré bien y no retrocederé, y si he sentido mucho separarme de usted, estoy contento pensando que lo he hecho por la reina y por la patria...»

Preguntad á las madres qué piensan de la patria cuando tienen la espantosa visión del hijo que agoniza allá lejos...

«No se hacen las leyes con el sentimiento.»

«La ternura no es la característica del legislador.»

Es verdad.

Me parece, no obstante, que las madres deberían tener el derecho de ser oídas en el asunto de las tropas coloniales. ¿Es justo pedirles únicamente que suministren carne de balas ó carne de fiebres? Les cuesta demasiado esa carne y por eso adquieren el derecho de exigir que no se derroche en todos los rincones del mundo.

JEAN HESS

(*L'Affaire Jukantor*)

Los moralistas pagados, que llaman *predicadores*, no han osado jamás predicar contra la *guerra*. Declaman contra los apetitos sensuales después de tomar el chocolate; anatematizan el amor, y al bajar del púlpito donde han gritado, gesticulado y sudado, se hacen enjugar el sudor por sus devotas; se esfuerzan en probar misterios de que no tienen la menor idea, pero se guardan bien de censurar la *guerra*, que reúne lo que la perfidia tiene de más vil en los manifiestos, todo lo que la infame bribonería tiene de más bajo en los suministros de los ejércitos, todo lo que el bandidaje tiene de más espantoso en el pillaje, la devastación, la afrenta y el homicidio. Al contrario, esos buenos sacerdotes bendicen ceremoniosamente los estandartes del asesinato, y cantan por dinero canciones judías cuando la tierra ha sido inundada de sangre... Pues no vayamos á la guerra, no nos hagamos matar al azar

por dinero. Contentémonos con defendernos de los ladrones llamados *conquistadores*.

VOLTAIRE

(*Polémique littéraire*)

El patriotismo exclusivo, que no es el egoísmo de los pueblos, no tiene menos fatales consecuencias que el egoísmo individual: aísla, divide los habitantes de los países diversos, les excita á dañarse en vez de ayudarse, él es el padre de ese monstruo horrible y sangriento llamado la guerra.

LAMENNAIS

(*Livre du Peuple*)

Cuando pienso en todos los males que he visto y que he sufrido, procedente de odios nacionales, reconozco que todo eso reposa sobre una grosera mentira: ¡el amor de la patria!

TOLSTOI

La nacionalidad es una ficción, no sólo absurda, sino peligrosa. La idea patriótica, lo mismo que la idea religiosa, son supersticiones que la burguesía ha inventado para conducir y dominar al pueblo. Para explotar fácilmente á los desheredados é inspirarles paciencia, les consuela con la esperanza de

una vida más feliz en otro mundo, y cuando ese medio no basta, cuando ve que ha estrujado y chupado lo que llama desdeñosamente el populacho, que la bestia acosada y muriendo de hambre tiene necesidad de una presa, la lanza contra otro pueblo y le hace emplear contra sus hermanos las armas que debiera emplear contra sus opresores.

OSKAR KLEMICH

(Carta á Bernard Becker)

La historia de todos los pueblos atestigua que las clases gobernantes, sobre todo cuando son mercantiles, encargadas de la defensa de un país que el extranjero quiere invadir, la han impulsado rara vez hasta el último esfuerzo. Eso se explica: la libertad de una nación por la fuerza de las armas tiene generalmente por efecto inmediato un ascenso de la masa popular cuyo esfuerzo ha salvado el país; el resultado inmediato de la victoria nacional es la democracia. Como, después de todo, *los hombres no tienen más regla eficaz de sus actos que su interés personal*, no es lógico pensar que las clases privilegiadas acepten esa consecuencia; casi siempre calcularán que perderán menos por la victoria del extranjero que por la del pueblo. Esa tradición de las clases ilustradas y reinantes—*optimates aristi*,—determina naturalmente cuando ejercen el poder, la práctica de los parlamentarios, como salidos de las clases recomendables. El experimento ya está

hecho:—«¡Antes el cosaco que el socialismo!»—palabra más vieja que los cosacos, antigua como el mundo, dicha en 1814, repetida en 1815 y vuelta á repetir en 1870 para los que en aquellas épocas nefastas representaron los primeros papeles en la comedia de la defensa. Hasta los mismos girondinos, gente sensata, predecesores de nuestros legistas, no supieron proponer en 1792 cosa mejor que batirse en retirada detrás del Loira, defensa moderada que hubiera derramado la sangre de los patriotas sin salvar la patria. La historia conocida de las invasiones es semejante á la de un hombre que rechazaría sin duda una agresión si se atreviera á soltar su perro contra el agresor, pero que no lo hace porque teme no poder luego sujetar al perro. *El levantamiento furioso de los pueblos invadidos fué el peligro más temido por los invasores;* pero ese desenfreno de todas las energías contenidas en una nación, fuerza casi irresistible, no es menos de temer para los que vienen explotando al país. Los holandeses de nuestros días, por ejemplo, para resistir á la conquista, no romperían ya sus diques como lo hicieron en tiempo de Luis XIV; nuestros holandeses de la política no rompen, para anegar al enemigo, el dique de la Revolución. ¡Salvemos la patria, dicen, si se puede, pero ante todo y á toda costa salvemos el *orden!* En otros términos: antes el enemigo del exterior que la justicia en el interior. Y así se engaña á los pueblos para entregarlos como rebaños. Por regla general, en tanto que la defensa de un pueblo invadido quede en manos de las gentes *res-*

petables, puede predecirse que está perdido, porque le *traicionarán*.

E. LAVERDAIS

(*Les Assemblées parlantes*)

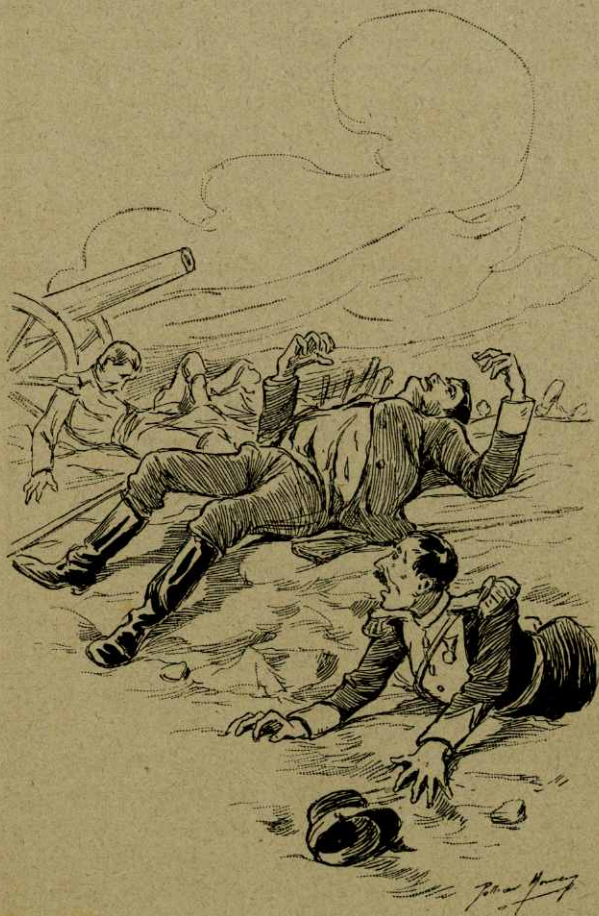
Hoy he entrado en quinta y he tenido mala suerte; he sacado el 5. A pesar de las observaciones de la Sra. Lecantel, mi padre no quiere que sea soldado; no porque tenga prevenciones contra el oficio militar, no le creo capaz de permitirse la idea de otra organización social más justa ni más humana que la establecida y á la que sirve sin discutir; creo que lo ha decidido así por vanidad. Le desagradaría que pudiera decirse que el hijo de D. Jose Hipólito Roch es quinto como un cualquiera. Siempre tendré presente la facha de aquel mercader de hombres, de aquel traficante de carne humana, cuando con mi padre discutía mi rescate. Era de corta estatura, bronceado, musculoso, cabellos negros y en sortijados, ojo blanco, nariz aguileña, alegre con jovialidad siniestra de esclavista, constituyendo el tipo con que yo me represento los negreros; llevaba una gorra de astrakán; calzaba botas fuertes, cuyos talones fangosos tocaban los faldones del gabán verdoso que le cubría; sus dedos ostentaban brillantes sortijas de oro. Regatearon mucho tiempo, franco á franco, céntimo á céntimo, animándose, injuriándose, como si se tratara de una res y no de un hombre que no conocía, y que, amo de un pobre

diablo que sufriría por mí, quizá sería matado en mi lugar porque no tenía dinero. Veinte veces estuve á punto de interrumpir aquel vergonzoso y cruel convenio, gritando: «¡quiero ir yo!» pero la cobardía me contuvo; con la rapidez de un relámpago vi la existencia horrible del cuartel, la brutalidad de los jefes, el bárbaro despotismo de la disciplina, aquella decadencia del hombre reducido al estado de bestia apaleada, y avergonzado salí dejando á mi padre y al negrero discutir aquella infamia. Media hora después encontré á mi padre en la calle; estaba muy excitado, rojo y murmuraba entre dientes: —¡Dos mil cuatrocientos francos... ni un céntimo menos!... ¡Es un robo!

OCTAVE MIRBEAU

(Sebastián Roch)

«...Me fastidia la guerra; la encuentro brutal y sucia. De las dos maneras de ver un campo de batalla, la vertical, ó sea la del jinete, con el sable desenvainado, firme en el estribo y con un vapor de aguardiente en la cabeza; y la horizontal, la del herido que se arrastra con el vientre abierto en el fango sanguinolento, sólo he podido imaginarme la última, que me ha repugnado ó espantado. «Al día siguiente de lo de Wissemburgo, decía mi padre, abundaba la carne...» Así se me aparece la guerra, en forma de carnaza fangosa y pisoteada, no la bella, movida y viviente. Y sin embargo, no soy co-



barde... No, tendré un momento, como todo el mundo; es que la carnicería me repugna. Además las palabras *patria*, *bandera* y *familia* no suscitan en mí más que ecos hipócritas del viento, del sonido...»

ALPH. DAUDET

(*La Petite Paroisse*)

Los que se empeñan en explicar de una manera racional las orgías de asesinatos que hicieron la gloria de Francia en tiempo del imperio, no encuentran cosa mejor que decir que Napoleón hacía la guerra para ocupar la atención de los franceses. ¿Puede darse explicación más cínicamente inmoral y monstruosa? ¡Matar hombres para distraer otros hombres; anonadar generaciones para reemplazar, en las que quedan, las ideas de progreso social por ilusiones de gloria sanguinaria, el amor ilimitado por la carnicería y por la Legión de Honor!

ALEXANDRE HERZEN

La prueba de que el sentido moral no es el instigador del progreso, se halla en que en las relaciones de nación á nación falta por completo. La especie humana se ha elevado hasta la vida nacional, pero no ha podido extenderse aún hasta la vida internacional. Se continúa ensalzando, como la más bella de las virtudes, el patriotismo, que, en reali-

dad, no es más que un signo de imperfección moral. Los hombres de Estado se honran despreciando y ridiculizando el cosmopolitismo, y, no obstante, vendrá seguramente un tiempo, tan lejano como quiera suponersele, en que las naciones comprenderán que sus intereses son uno mismo, en que el sentido moral se habrá desarrollado en ellas y en que todas renunciarán á la guerra. Esto se cumplirá como una etapa más en la evolución humana; como una de las condiciones de la fraternidad universal, en virtud de las mismas fuerzas que unieron las tribus unas á otras formando naciones y haciendo del patriotismo esa virtud tan decantada.

H. MAUDSLEY

(Crime et Folie)

No existe actualmente en Europa política que, de una manera cualquiera, responda á las aspiraciones civilizadoras de la humanidad. La civilización sólo tiene enemigos mortales entre los que están á la cabeza de los Estados militares y nacionales.

¿Qué cosa más natural que los pocos que se inspiran en un ideal de progreso se desvíen hoy de toda política, que opongan una resistencia pasiva y despreciativa á las groserías de la vida pública y que, por último, pertenecer á un Estado sea á sus ojos un ridículo anacronismo?

Entre tanto, los que buscan el valor y el objeto de la vida en el silencio y la plenitud de su individualidad, ¿qué cosa más natural aún que escojan

como compañeros de camino sin reparar en su nacionalidad. Amarán el alma de su pueblo y sabrán lo que le deben, pero despreciarán á los que actualmente tiranizan esa alma, ejerciendo para ello esa actividad que se ha convenido en expresar con el término *gobernar*.

OTTO ERICH HARTLEBEN

(*Mercure de France*, abril 1895)

No hay arte nacional; ni ciencia nacional: el arte y la ciencia pertenece, como *toda cosa excelente*, al mundo entero, y no pueden hacer progresos sino por la acción mutua, general y libre de todos los contemporáneos, junto con el estudio constante de lo que nos resta y que conocemos del pasado.

GËTHE

No es la política de los príncipes, sino las luces de los pueblos civilizados las que librarán para siempre á Europa de las invasiones; y cuanto más se extienda la civilización sobre la tierra, más se verá desaparecer de ella la guerra y las conquistas, como la esclavitud y la miseria.

CONDORCET

(*Vie de Voltaire*, 1789)

Mi nombre es Vittorio Alfieri; el punto de mi nacimiento, Italia; mi patria, ningún lugar.

ALFIERI

(Lettre au Directoire)

Todas las querellas, todos los disgustos, todos los males que afligen al mundo, provienen de la falta de amor mutuo... Si se considerase al país extranjero como la misma patria, no habría guerras ni rapiñas; el fuerte no aplastaría al débil bajo el peso de su soberbia, ni el astuto especularía sobre la candidez del humilde.

LAO-TSÉ, filósofo chino

Dante, Petrarca, Leonardo de Vinci, Leonardo Aretino, Miguel Angel, Maquiavelo, Cristóbal Colón, expulsados ó rechazados de su país, se dan por patria el mundo.

E. QUINET

(Revolution d'Italie)

Hay familias de pueblos más susceptibles de cultura, más civilizadas, más ilustradas; pero no podemos decir con Humboldt que las hay más nobles que otras. Todas son hechas igualmente para la libertad, para esa libertad que, en un estado de

sociedad poco avanzado, no pertenece más que al individuo, pero que en las naciones llamadas al poder de verdaderas instituciones políticas, es el derecho de la comunidad entera.

Una idea que se revela á través de la historia extendiendo cada día su saludable imperio, una idea que más que otra cualquiera prueba el hecho tan frecuentemente negado, pero con más frecuencia aun mal comprendido, de la perfectibilidad general de la especie, es la idea de la humanidad.

Ella es la que tiende á derribar las murallas que las preocupaciones y las miras interesadas de todas clases han levantado entre los hombres, y á considerar la humanidad en su conjunto, sin distinción de religión, de nación ni de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único que marcha hacia un solo objeto: el libre desarrollo de las fuerzas morales. Ese objeto es el final y supremo de la humanidad, y al mismo tiempo la dirección impuesta al hombre por su propia naturaleza para el engrandecimiento indefinido de su existencia.

FLAMMARION

(Astronomie populaire)

Escribo como ciudadano del mundo... Muy pronto perdí mi patria para cambiarla contra el género humano, que apenas conocía en mi imaginación.

SCHILLER

Preguntado Sócrates de dónde era, no respondió de Atenas, sino del mundo; él, teniendo la imaginación más plena y más extensa, abrazaba el universo como su villa natal, daba sus conocimientos, su sociedad y sus afectos á todo el género humano; no como nosotros, que sólo vemos lo que tenemos delante.

MONTAIGNE

Libres del azoté de la guerra, al que sucederá una concurrencia transitoria, las naciones comprenderán el interés que tienen en coordinar sus esfuerzos, en organizar sus trabajos, á fin de sacar de la herencia común, del patrimonio universal, todo lo que puede suministrar para satisfacer las necesidades de los hombres, para multiplicar sus goces; y de ese conjunto de trabajos dirigidos al mismo fin, saldrá una masa incalculable de útiles producciones, que la ciencia, desarrollándose, aumentará sin cesar.

LAMENNAIS

(Livre du Peuple)

La patria está donde se ama; la familia, donde se es amado.

BARÓN DE NERVO

Es bueno sustituir al ideal de la patria un ideal más elevado y mejor, el de la humanidad.

TH. ZIEGLER

(La Question sociale est une question morale)

Hay una virtud superior á la de la patria, el amor de la humanidad.

MABLY

(Entretiens de Phocion)

Zenón, en su tratado sobre el gobierno, se propuso enseñarnos que no somos los habitantes de tal terreno ó de tal ciudad, separados los unos de los otros por un derecho particular y leyes exclusivas, sino que debemos ver en todos los hombres conciudadanos, como si perteneciésemos todos al mismo terreno y á la misma ciudad.

FUSTEL DE COULANGES

(La Cité antique)

Levantemos atrevidamente los ojos y miremos el desarrollo de la especie humana en tiempos futuros y lejanos en que nuestros descendientes no serán ya, desde el punto de vista moral, hombres como nosotros, y donde todos los edificios hoy existentes se habrán derrumbado y deshecho en polvo; atre-

vámonos á hablar de mil siglos, por ejemplo; es decir, de una distancia tal que, según el cálculo de los astrónomos, todas las estrellas habrán cambiado de lugar en la bóveda celeste, y en que la forma de la Osa Mayor se habrá hecho desconocida.

Cuando la Osa Mayor se haya deformado, la fraternidad de los pueblos habrá también cambiado de carácter. Me figuro, por ejemplo, que entre los hermanos de Francia y los hermanos de Suiza no habrá ya línea de aduanas, y que los historiadores de aquel tiempo venidero hablarán de proteccionismo como nosotros hablamos de los sacrificios humanos ó de la piratería.

Ni los términos *paz* ni *espíritu pacífico* pueden expresar aquella fraternidad, ni podemos menos de considerar que en aquella fecha habrá una fusión total de todos los pueblos, semejante á la fusión de las provincias francesas en el seno de la Francia actual.

En París hoy un habitante de Moscou es un extranjero; eso mismo era un habitante de Meaux hace sesenta ú ochenta generaciones. Pues tratando de lo que será en un número de generaciones cincuenta veces mayor, tres ó cuatro mil; en mil siglos, en cien mil años, os desaffo á imaginar otra cosa que la unidad pura y simple del género humano, pero la unidad realizada de la manera más completa, comprendiendo, sin excepción, todos los humanos vivientes de todo origen sobre la superficie entera de la tierra. La unidad completa, con un gobierno único federal para los asuntos universales,

con un fondo de legislación común á todo el globo, con un mismo fondo de cultura asegurado á todos los hijos y á todas las hijas de los hombres...

¿Qué será, al cabo de miles de años, de esas religiones casi nacidas ayer, el joven budismo, su hermano menor el cristianismo y el islamismo, más reciente aún? Yo me guardaré, señoras y señores, de responder á esa pregunta; pero me atrevo á predecir al menos que las religiones no pondrán ya las armas en las manos de los hombres, enlazados fraternalmente de modo indestructible. La conciencia, ó, por mejor decir, la vista directa de la unidad definitiva de la especie habrá eliminado de los corazones los últimos restos de nuestros diversos fanatismos. La ciencia, cuya invasión se habrá hecho planetaria, habrá derramado en millones y millones de cerebros la luz tranquila de las verdades demostrables, y ese hormigueo de seres pensantes creará con serenidad.

Entre lo que hoy separa los pueblos hay un elemento particularmente refractario á la fusión, el lenguaje. Los grandes idiomas resistirán mucho tiempo después de la realización de la unidad política; en ellos se refugiarán, después del aniquilamiento de los Estados, los últimos restos particularistas, que continuarán siendo aún durante siglos como patrias morales, continuación de las patrias materiales.

El idioma único, estableciendo para siempre la comunión terrestre de la razón y del conocimiento, consumará la obra de la fraternidad. El hombre podrá sentir legítimo orgullo: habrá acabado de

conquistar su planeta, prisión móvil de todo lo que conocemos de pensamiento, de sentimiento y de voluntad, que habrá llenado de un alma única, dejando á la naturaleza la responsabilidad de haber puesto límites á ese reino del espíritu.

Que la espera resignada no agote nuestro deber. No nos consideremos en paz frente á lo inevitable, inevitable que reconocemos grandioso y sublime, por no haberle rechazado por vanas luchas. A la humanidad, ser ficticio aún, pero que será real por la fraternidad, debemos la premura de su advenimiento, ó, por mejor decir, su nacimiento.

Adivino en vosotros, señoras y señores, rebeldías que más de una vez he sentido en mí mismo. Por más que supongamos un largo período de miles de años, y aunque nos forjemos una humanidad libre, pacífica, próspera y pensante, es duro reconocer que nuestra nación será absorbida en ella, anonada en cierto modo, y que si conserva intereses locales, como hoy puede tenerlos un municipio ó una provincia, no puede esperarse que conserve una personalidad, una voluntad distinta, un alma aparte. Sin embargo, ese es el porvenir. Todas las naciones, poco á poco, á la larga, pero con certidumbre fatal, harán á la fraternidad humana, no sólo el don de su independencia, sino como un holocausto de lo que tienen de particular sus más queridos recuerdos y sus más puras glorias.

Si tal es la verdad, es preciso mirarla virilmente cara á cara, porque el conocimiento de lo verdadero, aun en lo que tiene de más cruel, siempre es bueno.

Si contra toda razón nuestro corazón desfallece, doblemos imaginariamente el número de los siglos; tripliquémoslo, ya que no hay elemento serio de cálculo; engañémonos jugando con los números;... pero no ofusquemos nuestra clarividencia; no traicionemos, á fuerza de amor ciego, nuestro corazón, aquello mismo que queremos amar más desinteresadamente y con mayor nobleza.

Precisamente porque las naciones están destinadas á ser absorbidas en la nación única, pueden hacer algo por ellas y deben hacer eso que pueden.

La nación única no será amorfa, sus instituciones, su idioma, su ciencia, su arte, su pensamiento, su movilidad serán como huellas imperecederas de las naciones parciales ó al menos de las que entre ellas hayan sido más nobles. ¿A qué pueblos, entre los que han vivido ya ó que se despiertan á la vida corresponderá el honor de imprimir esas marcas indelebles? A los que no haya renunciado.

Esa misma nación única, por lo demás, tendrá conciencia de lo aportado por las naciones extinguidas; cultivará la memoria de los pueblos verdaderamente grandes, como los pueblos cultivan hoy la memoria de sus grandes hombres, considerando que la fraternidad, aun la más absoluta, no exige el olvido de la historia; formará la lista de las naciones nobles, después de la Grecia antigua, madre de toda la civilización y origen de todo lo imperecedero, asignará participación de su reconocimiento á las patrias más recientes; sabrá lo que debe al medio que produjo un Shakespeare; inculcará á

centenares de millones de escolares el amor y el respeto de los pasados gloriosos, y recompensará la preparación del porvenir recordándolo siempre, en tanto que el olvido castigará toda esterilidad pública. Quizás se dé el caso de que el pensamiento de la gran nación del porvenir resucite naciones que perecieron vencidas y condene á la nada las que vivieron inútilmente.

Todo lo grande se hace por el impulso generoso de todos. Millones de humildes que levanten juntos su alma tienen más probabilidad que muchos ministros de poner su marca sobre el porvenir. Véase el prestigio del siglo XVIII y el poder de la Revolución francesa: si el sable no hubiese venido á detener la obra colectiva del espíritu, Europa hubiera venido á ser una sencilla extensión de Francia, esperando quizá haber servido de modelo á la nación única. Tan grandiosas esperanzas no parecen ya permitidas á los franceses de nuestros días; pero conservan respecto de su país deberes á largo plazo, plazo de cien años, de mil años, de cien mil años, ¡poco importa! porque esos años pasarán tan seguramente como pasa el instante que empleo en pronunciar estas palabras. ¿De qué se trata en resumen? de dar impulso á ideas de verdad y de justicia: pues estas ideas, una vez en movimiento, tienen su alcance por sí mismas y atraviesan el tiempo por su propia fuerza, como la luz hiende el espacio.

LOUIS HAVET

(Idée de la fraternité des peuples)

«Dejando á un lado toda política, ¿sois partidario de relaciones intelectuales más seguidas entre Francia y Alemania? ¿Por qué medios pueden excitarse esas relaciones?» Tal es el tema propuesto simultáneamente por un periódico francés y otro alemán á cierto número de literatos, filósofos, profesores y políticos. Sobre todas las contingencias, en las regiones altas y serenas donde reina el espíritu filosófico, la pregunta parece casi pueril; porque hace ya mucho tiempo que no existen fronteras entre los hombres, y no puede concebirse que pueda durar el odio ó el antagonismo de pueblo á pueblo, del turco al inglés, del alemán al francés, del americano al español. El estado de guerra aparece al filósofo como una de las más lamentables locuras de la raza humana, como una semilla execrable conservada y arrojada por bandidos en el surco de la credulidad y de la estupidez de las naciones. Si los combates de tribu á tribu y de horda á horda, en las islas de la Océanía y á través de los desiertos africanos; si los odios instintivos y las ferocidades de la concurrencia vital se explican por el salvajismo de los seres primitivos, no puede admitirse en los países de civilización antigua el aparato de la guerra permanente, ni la concentración de todas las preocupaciones y la tensión de todas las fuerzas en la eventualidad del próximo esterminio, ni que la mayor parte de la fortuna pública se destine á los armamentos y al desarrollo del arte de matar. Los principios filosóficos, el esfuerzo de la instrucción y la difusión de las ideas generosas vino á parar á

que sin ningún motivo razonable detestes á tu vecino y ansíes perseguirle porque habla otro idioma ó porque bebe cerveza mientras tú bebes vino, ó porque deseas agrandar el territorio de tu patria aunque no posees un terreno, ni una casa, ni una herramienta con que poder vivir. Considérese el ejemplo de un oficial: siendo niño y tras una labor asidua adquirió los conocimientos más difíciles, sufrió exámenes y se ejercitó en las escuelas técnicas y militares. A veintidós años es subteniente de artillería y sabe llevar la muerte al punto pedido. Entonces desea la guerra porque la ociosidad de la guarnición es fastidiosa y pesada; la guerra es el empleo de su ardor, de su voluntad, de su valor y de su inteligencia; es la novela militar en que entre el humo de los combates brilla la estrella de los héroes; es Bonaparte, que cabalga desde Tolón á los Alpes y desde el consulado á las Tullerías. Si el joven oficial logra su deseo, entra en campaña, llega ante una ciudad sitiada y allí despliega su ciencia, su bravura, su especialidad en lanzar la bomba que herirá, no sólo á los enemigos, sino á una población pacífica de trabajadores, de mujeres, de niños y de ancianos. ¡Honor al proyectil causante de incendio y de muerte! Si se pregunta á ese subteniente de artillería, que pertenece á la flor de una nación, las razones en que funda su obra, invocará el deber y el interés profesional. No permitirá que llevéis más lejos el examen ni que descubráis la incertidumbre de las causas y la brutalidad de los efectos. En el conflicto entre dos pueblos, la justicia y el derecho

no pueden hallarse en cada campo; en uno ó en otro ha de estar el agresor inicuo, el conquistador ó el loco que declara la fuerza superior al derecho, y en nombre de la razón del más fuerte, el belicoso destroza miles de hombres en los campos de batalla, da suelta á sus hordas sobre las ciudades y las aldeas con la ayuda de muchos oficiales prácticos en el empleo de los fusiles, del cañón y de la metralla... La guerra no deja de ser calificada de función heroica por excelencia...

¿Deben tender todas las fuerzas vitales de dos naciones enemistadas á una guerra que determine la destrucción irremediable de una de ellas? Me parece absurdo creerlo y criminal locura esperarlo. Hay muchas iniquidades en el mundo que no permiten rectificación... *E pur si muove*. Donde quiera que las sociedades están constituídas sobre el tipo de la propiedad, hay otras restituciones que serían legítimas y que no se cumplen. ¿Dónde se habla de subordinar el capital al trabajo, de entregar taller, fábrica y herramienta al obrero, el campo al labrador y la mina al minero? Subsisten injusticias, hay cuestiones sociales suspendidas, imperiosamente graves y urgentes, ya que interesan, no á una nación ni una provincia, sino á todas las naciones civilizadas.

La idea de guerra tiende á empequeñecerse; la vanidad de las victorias antiguas y el resentimiento de las derrotas pasadas, se desvanece á medida que se discierne mejor la casualidad de las batallas y

que se desdeña más el hecho brutal. Los pueblos comienzan á comprender que las guerras no les han sido útiles jamás y que, aplastados por los impuestos en los reveses, no son más ricos ni más felices en las victorias. Al monarca, al prestigio dinástico, benefician únicamente las aventuras militares, nunca á los individuos cuya colectividad forma la nación.

Los explotadores del pueblo y los políticos justifican su función continuando las hostilidades con fingimientos diplomáticos y vanas demostraciones; pero el hombre no será ya enemigo del hombre so pretexto de que habla otro idioma y de que ha nacido al otro lado de un río; el individuo reconoce hoy que sus derechos son iguales á los de la sociedad entera, y no acepta ciegamente los odios hereditarios ni acepta neciamente las preocupaciones del patriotismo: escoge libremente sus motivos de odio como sus causas de amor, y no se apropia los errores ó las faltas de sus amos ó de sus antepasados. Aspira á ejercer plenamente su libertad en todas las manifestaciones de su fuerza y de su actividad.

El sentimiento patriótico fué un progreso sobre el Estado monárquico, puesto que sustituyó al capricho y al interés del príncipe hereditario el culto y la defensa del bien público, el símbolo de la fortuna y de la propiedad nacional; pero ese altruísmo reducido al recinto de las fronteras, por indicaciones particulares de provincia y de país, se desarrolla, se ensancha en provecho de todos los hombres en la

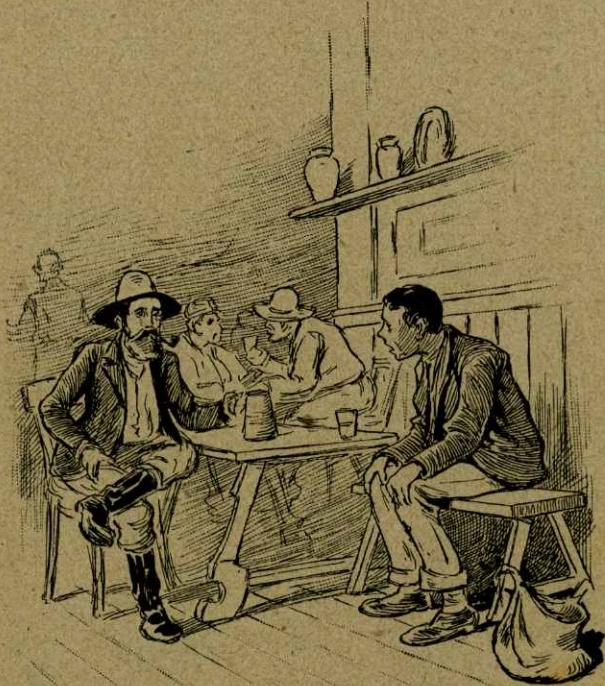
patria humana, y esa gran patria se halla donde quiera que yo me concierdo con otro ser de mi humor, que tiene los mismos sentimientos, cultura y disposiciones que yo, cualquiera que sea el punto del planeta donde haya nacido.

A pesar de todo, la pacificación se hace en las conciencias, y los agitadores patrioteros no prosperan ya ni aun entre la multitud borreguil. Como ejemplo de atenuación moral, citaré la pregunta libremente propuesta por el *Mercure de France*, á que contesto; seis años antes se hubiese fulminado contra la excelente revista las acusaciones de lesa patria y de connivencia con el extranjero... Quizá hubiera habido bravos que saqueasen las oficinas y rompiesen las prensas. Actualmente las respuestas se dan libremente, y los diarios siguen con curiosidad la consulta y publican los documentos. No es posible negar las relaciones intelectuales entre Alemania y Francia, cuando Wagner impone la ley en el teatro de la Opera al público francés, cuando nuestras producciones literarias son conocidas al otro lado del Rhin como en Francia, cuando nuestros artistas son invitados, solicitados y acogidos con entusiasmo, cuando París sigue siendo el crisol en que se experimenta la literatura universal, donde Ibsen y todos los dramaturgos del Norte, desprendidos de su escoria, se funden en puro metal en las adaptaciones escénicas con las inteligentes aprobaciones de un público escogido.

HENRY BAUER

(*Echo de Paris*)

Guillermo Scheneider, hijo de una pobre viuda, se presentó á trabajar en la siega del maravilloso bosque de espigas de trigo que todos los veranos, desde hace ochenta años, cubre con un velo de oro el campo de batalla de Leipzig.



P. Chier M.

Mientras que sus compañeros iban á almorzar á una cervecería de Connewitz, Guillermo sacó del

saco que llevaba colgado á la cintura un huevo duro, una sardina y un pedazo de pan negro, y, ocultándose entre los grandes trigos, comió con buen apetito.

Después, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miró ante sí y le pareció oír una música lejana. Guillermo tenía quince años, y hacía poco que había salido de la escuela, donde sus maestros le contaron el terrible combate en que los valientes pueblos de Alemania, unidos á los austriacos y á los rusos, tuvieron la gloria de vencer al gran Napoleón... El joven pensaba con emoción en aquella batalla que duró tres días. Allí, sobre aquel suelo en que ahora brotaba aquel magnífico trigo más alto que los hombres, muchos soldados de poca más edad que él tuvieron el honor de luchar y de morir por la independencia de su país; Guillermo evocaba esos gloriosos combatientes, y sus ojos brillaban de entusiasmo á la idea de que también él podría quizá batirse un día por su patria. ¡Oh! ¡qué hermosa debe ser una gran batalla!

El joven segador procuraba representarse aquellas llanuras en la gloria de la sangrienta pelea...; luego pensó que las pesadas espinas que se curvaban sobre su frente habían arraigado entre huesos humanos, y, temblando, tuvo la visión horrible del campo de batalla tal como debió de ser. ¡Más de cien mil hombres perecieron en aquellos campos!... Guillermo los veía; aquellos combatientes de todas las naciones caían los unos sobre los otros en pantanos de barro y de sangre; los veía mutilados, des-

trozados, machacados, medio ocultos entre caballos destripados y armas rotas... Y veía el sol, el puro y magnífico sol, levantarse al día siguiente de la batalla, y luego al otro día y muchos después, alumbrando un montón espantoso de carnes descompuestas y de cabezas sin mirada, cabezas de padres, de hijos, de hermanos y de esposos amadísimos... Después de mucho tiempo no se veía más que huesos sobre aquella vasta llanura; luego los huesos se mezclaron con la tierra, y la naturaleza, indiferente ante los crímenes de los hombres, hizo brotar flores en los sitios empapados de sangre; flores tan vigorosas y bellas, que el campo de batalla llegó á parecer una tierra milagrosa... Se sembró trigo en él, y se vió brotar, casi sin cultivo, aquellas espigas á una altura prodigiosa... Guillermo se echó sobre el trigo segado y miraba aquella inmensa mar rubia en que las amapolas parecían la huella indeleble de la sangre humana. Con la cabeza apoyada sobre la tierra caliente, se sentía mezclado con los moribundos y muertos ochenta años antes, y sus angustias supremas le oprimían el corazón.

Una paz serena, en el seno de aquella naturaleza tranquila, completada por el canto de los grillos, envolvía al segador. La guerra, en aquel medio bondadoso y dulce, se le aparecía como un horror incomprensible, sintiendo bajo aquel cielo resplandeciente toda su barbarie y toda su incongruencia. La naturaleza todopoderosa derrama sobre nosotros la vida, la belleza, la luz, el amor... ¡y nosotros imaginamos el odio! ¡arrojamos voluntariamente el

dolor y la muerte sobre nuestros hermanos y sobre nosotros mismos!

En tal estado, Guillermo se preguntó horrorizado si habría aún grandes guerras... ¿No podrán abrazarse fraternalmente, reconociendo el error de sus padres, los hijos de los hombres que antes lucharon furiosamente?

El calor era sofocante y Guillermo se sintió invadido por la fiebre. La sangre batía en sus sienes con violencia y sus ojos se cubrían con el velo del vértigo.

Mirando inconscientemente un límite de piedra gris que tenía enfrente, creyó ver que venía hacia él un hombrecillo de larga barba blanca, con ojos picarescos y bondadosos, en el que reconoció uno de los gnomos de que hablan los cuentos alemanes, y no tuvo miedo, sabiendo que esos seres misteriosos y poderosos nunca hicieron mal á los hombres.

—¿En qué piensas, le preguntó el gnomo.

—Pensaba en la horrible batalla que tuvo lugar en estas llanuras, y me preguntaba si los pueblos cesarían de matarse unos á otros.

—Voy á enseñarte cosas, dijo el gnomo, que quizá te aclaren el porvenir. Mira.

Guillermo vió unos hombres vestidos con pieles de animales que se batían con extremo rigor. Los vencedores se llevaron cautivos á los vencidos, y todos juntos formaron un pueblo, que luchó luego con otros pueblos vecinos y después se fusionó con ellos. Vió también una serie de batallas incompre-

sibles á través de las cuales las tribus se volvían pueblos y los pueblos naciones. Vió provincias luchar entre sí y al fin agruparse, hablar la misma lengua, seguir las mismas costumbres, unificarse absolutamente... Mas lejos había batallas todavía... Delante de Guillermo se levantaba un muro que separaba pueblos enemigos, pero ese muro se alejaba; se alejaba incesantemente, y pronto lo perdió de vista.

—¿Qué significa todo eso? preguntó.

—Como ves, dijo el gnomo, á través de las guerras nacidas de la codicia y de la ambición de algunos hombres, la patria se ensancha y prolonga constantemente. Se unen las aldeas, luego las ciudades, después las provincias, por último las naciones, y á fuerza de retroceder, las fronteras acabarán por desaparecer. Vendrá seguramente un día en que ya no habrá guerras, porque todos los hombres serán ciudadanos de un solo y mismo país que cubrirá toda la tierra. En vez de odiarse y matarse, los hombres trabajarán los unos por los otros; en lugar de armas mortíferas, fabricarán máquinas maravillosas que den á todos pan, vestido, calor y luz, y no habrá miseria porque no habrá odio...

—¿Está cercano ese tiempo? interrumpió Guillermo emocionado. ¿Lo veré yo?... ¿Habrá más guerras antes de llegar á la paz universal?

El gnomo se desvaneció bruscamente y Guillermo sólo vió ante sí la piedra gris que fijó su mirada antes de dormir.

Volvieron los segadores, cantando, con su hoz

al hombro, un himno á la memoria de todos los pueblos.

Y la esperanza, como brisa refrescante y consoladora, pasaba sobre la llanura, haciendo ondular al sol las grandes espigas del campo de batalla, las espigas que se plegaban bajo el peso del trigo, símbolo de paz y de fecundidad.

H. PERRIN-DUPORTAL

(*Journal des Instituteurs*, 22 diciembre 1901)

Es necesario que, de una vez para siempre, se pongan límites indestructibles á esas órdenes absolutas dadas á los ejércitos por el *soberano poder*, que tan frecuentemente cae en manos indignas en nuestra historia; que no sea jamás posible á algunos aventureros llegados á la dictadura transformar en asesinos á cuatrocientos mil hombres por una ley de un día como su reino.

A. DE VIGNY (1835)

El espíritu menos optimista prevé el día en que la navegación aérea será el modo ordinario de circulación, en que las pretendidas fronteras se borren para siempre, en que la hidra infame de la guerra y la incalificable locura de los ejércitos permanentes sean anonadadas ante el avance glorioso de la humanidad pensante en la luz y en la libertad.

C. FLAMMARION

Acaso ese descubrimiento llegue demasiado pronto, porque en verdad la conquista de los aires es un contrasentido en tanto que haya fronteras y divisiones nacionales. La navegación aérea precipitará la solución del gran problema social, planteado hoy magistralmente en todos los pueblos; ¿consentirán acaso los gobiernos en declararse idiotas?

C. FLAMMARION

Una sociedad que admite la miseria y una humanidad que admite la guerra, me parecen una sociedad y una humanidad inferiores; yo tiendo hacia la alta sociedad, hacia la alta humanidad: sociedad sin reyes, humanidad sin fronteras.

VÍCTOR HUGO

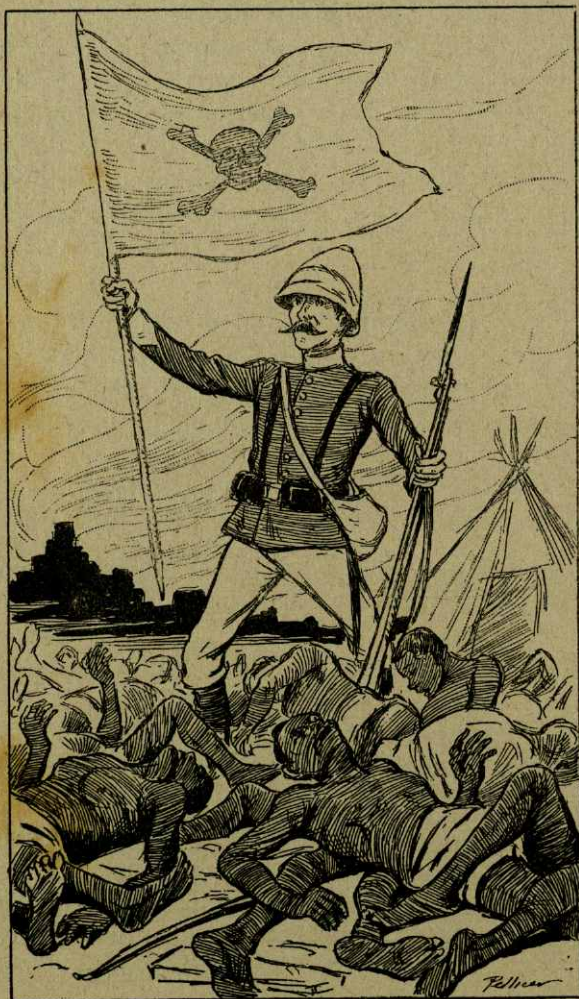
Las naciones están destinadas á fundirse para no formar más que una nación grande que derribará las fronteras.

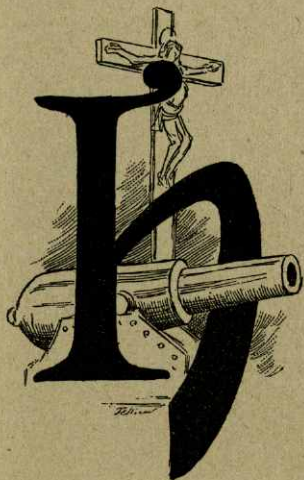
CHEVREUL

Los pueblos, más ilustrados ya, ejercerán libremente el derecho de disponer de su sangre y de sus riquezas; aprenderán poco á poco á mirar la guerra como el azote más funesto, como el mayor de los crímenes. Entonces se verán desaparecer las naciones en que los usurpadores de la soberanía las conducían en virtud de falsos derechos hereditarios.

CONDORCET

(Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain)





A sido considerada la colonización, en abstracto, como el hecho de habilitar países deshabitados para la residencia de trabajadores cultos y honrados, y desde ese punto de vista no hay duda que tiene cierto aspecto simpático capaz de seducir al incauto patriota que cree sin examen

racional las fantasías nacionalistas; pero la historia la presenta como dirigida principalmente á países habitados por pueblos débiles y de cultura inferior, y, obrando contra ellos, ha llegado á ser resumen de todos los crímenes de que son capaces los hombres más perversos.

Colonización ha significado siempre conquista, y sus manifestaciones principales fueron la expoliación, la matanza y la servidumbre.

Los estadistas de Grecia, Fenicia, Cartago y Roma en la antigüedad no entendieron nunca extender á las colonias sus ciencias y sus artes, sino extraer, primero por la astucia y después por la fuerza, sus riquezas, sometiendo luego á sus habi-

tantes para utilizarlos como trabajadores y guerreros.

En la época de los grandes descubrimientos, América, Africa, Asia y Oceanía sufrieron los horrores de la conquista, encubierta bajo el nombre de colonización, impuesta por españoles, portugueses, holandeses, ingleses y franceses, que llegaron en ocasiones á la extinción completa de las razas indígenas, y cuando no á la formación de nuevas razas que han ido constituyendo por su independencia otras naciones.

En la actualidad el progreso no ha modificado en lo más mínimo el valor moral de la idea, y la diferencia entre los tiempos pasados y los presentes consiste en el mayor derramamiento de sangre que producen los nuevos armamentos y la organización más adecuada al arte de la destrucción que supone la actual organización de los ejércitos. Si á esto se añade el perfeccionamiento en la explotación introducido por el capitalismo dominante, nada tienen que reprochar los colonizadores de nuestros días á los primeros colonos de Cuba, por ejemplo, que sacrificaron en pocos años á todos los primitivos habitantes, ni á los *encomenderos* de Nueva España, cuya avaricia y crueldad parecía imposible que fueran excedidas.

Si á esto se añade la glorificación tributada por los patriotas de todas las naciones colonizadoras á los ejecutores principales de tales hechos, y se considera que á la tela coloreada y flotante que cubre tanto estrago se le honra como símbolo glorioso

cuando no pasa de sanguinario fetiche, tendremos idea aproximada de cuán distante está lo racional y lo justo de eso que se llama colonización.

Había una vez un jefe de bandidos llamado Rabah, que sembraba el terror en los alrededores del lago Tchad. Y era el tal un bandido porque hacía en Africa lo mismo que hacen nuestros «misioneros,» quiero decir que saqueaba, robaba, violaba, incendiaba y asesinaba. A la vista del más honrado traficante, el concurrente de al lado siempre pasa por un ladrón.

Después de cinco ó seis años de rapiñas y matanzas, el bandido Rabah cayó en la cuenta de que el país estaba agotado y ya no había en él nada que rapiñar ni que matar, y que él mismo corría peligro de ser envuelto entre sus ruinas. Ante semejante peligro, forzoso fué crearse otros recursos: había oído decir que los europeos ganaban honradamente su vida en el comercio, hizo indicaciones á los mercaderes de la costa berberisca y dirigió á Trípoli «una caravana muy numerosa, cargada de marfil y de plumas de avestruz.» El Sr. Vigné d'Octon ha dicho lo que había de entenderse por esas palabras: aquí una vez más ese pabellón de plumas cubre una mala mercancía; la caravana era demasiado numerosa para no parecer un convoy de esclavos.

Cuando se supo en Europa que el terrible Rabah modificaba sus sentimientos y se disponía á vender los negros que antes mataba sin utilidad, se estuvo

á punto de felicitarle, y aun se le felicitó porque «reorganizaba» las comarcas que antes había tratado á sangre y fuego. Como decía recientemente un corresponsal del *Journal des Débats*, «Rabah trataba de dotar, al imperio que había recortado para su uso, de una especie de administración cuyo funcionamiento regular daría por primer resultado la pacificación del Bornou.»

Todo iba bien. Rabah cesaba de ser un «malandrín» para convertirse en «emperador.» No se sufre impunemente la influencia civilizadora de las misiones europeas: en nuestra escuela aprendió á conocer mejor sus verdaderos intereses aquel bandolero feroz. Quedamos en que reanudó sus relaciones comerciales con los puertos de la Tripolitana.

—¿Para vender sus vasallos? preguntarán ustedes.

—¡Qué había de hacer! Cada uno vende lo que puede: no hay oficio malo si da de comer. Además, ya saben ustedes que en las orillas del lago Tchad no se cosecha gran cosa. Lo cierto es que Rabah hecho mercader de esclavos se civilizaba, colonizaba...

A partir de aquel momento era fácil entenderse con él, hasta ofrecerle ó imponerle el protectorado de Francia. «Podrá suceder, escribe aún el corresponsal de los *Débats*, que las intenciones de ese jefe fuesen menos malas, y en ese caso habría por qué felicitarse del nuevo é inesperado giro operado en su conducta; ya que, lejos de continuar siendo un perturbador del que todo tenían que temer las potencias europeas que tienen posesiones en el Sudán,

sería para ellas un auxiliar cuyo concurso para dar valor á esas regiones sería tanto más útil cuanto que no podría hacer prósperos sus propios Estados sino viviendo en buena inteligencia con las autoridades europeas y las poblaciones indígenas de los países circunvecinos.»

Y ocurrió que precisamente el mismo día en que se publicó esa frase difusa y de escaso optimismo, llega la noticia de la matanza de la misión Bretonnet... ejecutada nada menos que por el incorregible Rabah.

Otra vez Rabah no es más que un malandrín.

Bien se ve que á la larga lista de asesinatos hay que añadir el fin trágico de dos oficiales, que pertenecen á la categoría de los que se cuentan, dejando á un lado los soldados muertos... Pero ¿de qué nos quejamos?

Ese sangriento fracaso es una ocasión nueva de fijarse en las ironías y contradicciones de nuestra política colonial. ¿Por qué no había de tener Rabah el mismo derecho que nosotros para «recortarse» un imperio en el Africa central? Por mi parte no comprendo los distingos que se suelen responder en este caso: la única diferencia perceptible entre nuestros capitanes y Rabah consiste en que los fusiles de éste son peores que los nuestros, porque Inglaterra no le vende más que los desechos de sus arsenales.

Francia para los franceses; muy bien, mas para *todos* los franceses. ¿El Transvaal para los boers? perfectamente: todos estamos conformes, excepto

los ingleses. Pero ¿y el Sudán?... Veamos, ¿para quién es el Sudán?

ANDREA TERY

(*La Fronde*, 2 noviembre 1899)

¿En cambio de la paz que les quitamos, ¿qué damos á los pueblos que pretendemos civilizar? Vicios que ignoraban, apetitos que no tenían y un yugo sin el que se pasarían muy bien.

*
* *

Si mañana se despertase Francia china ó congolosa, ¡qué locura! Pues esos exóticos, si lo hicieran, no harían más que lo que nosotros llamamos colonizar.

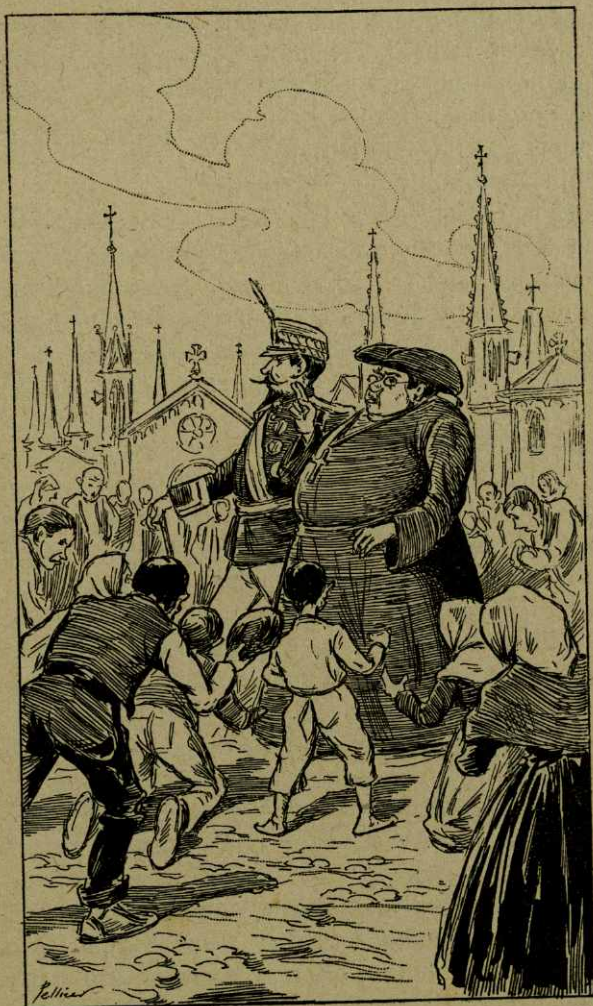
*
* *

«Escandaloso abuso de la fuerza» es lo que hace el germano cuando nos arranca una provincia sin consultar á sus habitantes; «misión civilizadora» se llama cuando nosotros hacemos lo mismo en Africa.

G. DE RAULIN

(*La Plume*, octubre 1895)

Si el derecho de las gentes es el derecho de los individuos, fuera de todo convencionalismo particular, de no sufrir ninguna violencia, ninguna molestia, España se halla en una situación extraña para protestar.



Ya el principio mismo de las posesiones coloniales es contrario al derecho de gentes. No se concibe que un pueblo pueda imponer sus leyes á otro que vive á miles de leguas, so pretexto de que hace algunas generaciones ó algunos siglos sus nacionales se instalaron allí victoriosamente.

Si se reconociese universalmente esa extraña teoría de las posesiones coloniales, sólo podría tolerársele estableciéndola sobre lazos de fraternidad entre la metrópoli y la colonia, pero sostener que la metrópoli tiene el derecho de usar á discreción de la libertad, de los bienes y de la vida de sus súbditos coloniales, es una idea que repugna á la conciencia más primitiva.

¿Qué ha hecho España de sus colonias? Ni más ni menos que campos de mortandad y de rapiña; lo que haría cualquier pueblo salvaje de un territorio entregado á su salvajismo.

Porque se necesita estar tan poco informado del estado moral y social de la península como de las regiones polares para contar España en el número de las naciones civilizadas.

El bravo y desgraciado pueblo español está roído por dos úlceras, el clericalismo y el militarismo.

El fraile castra toda inteligencia en sus ovejas y el militar acaba de agotar la energía del rebaño que se le entrega.

Puede concebirse fácilmente qué género de civilización han podido exportar á sus colonias esos hombres explotados por su aristocracia, sus frailes y sus generales.

En menos de veinte años, de 1492 á 1511, con la ayuda del Cristo, fueron civilizados los naturales de Cuba, hasta el punto de no encontrarse en aquel espacio de tiempo en toda la isla un solo cubano incivil: los españoles habían quemado y acuchillado devotamente hasta el último ser viviente.

Hace cuatrocientos años que España, que no tiene el carácter voluble y cuyas dos instituciones más florecientes fueron la Inquisición y la trata de negros, civiliza sus posesiones con esos principios.

Cuba, la perla de las colonias, es naturalmente el objeto de sus favores más distinguidos: por eso se han asesinado allí desde la ocupación casi tantas criaturas humanas como número de habitantes cuentan los Estados Unidos.

Los cubanos se consideraron suficientemente civilizados hace ya ochenta años, y desde entonces la insurrección se ha hallado en estado endémico.

Pero España, ó al menos sus generales y su clero, opinaron de distinto modo, y trataron de hacer comprender á los cubanos á tiros y á cañonazos que no podían prescindir aún de la civilización española.

Al mismo tiempo persuadieron al desgraciado pueblo español, cuya juventud llevaban al matadero cubano, que interesaba á su gloria y á su dignidad conservar á la patria un paraíso de donde sus militares y sus obispos sacaban honores y riquezas.

BRADAMANTE

(*La Fronde*, 26 abril 1898)

Hubo un tiempo en que las aguas del Mediterráneo estaban silenciosas y desiertas, sin que turbase la soledad de ese mar azul y tranquilo más que las ovas flotantes en su superficie ó las gaviotas que por encima revoloteaban.

Una tribu de cananeos, ó gentes de la llanura, perseguidos por sus adversarios, atravesó el Líbano y se instaló en una estrecha banda de tierra entre la montaña y el mar.

Pronto se agotaron los recursos agrícolas de aquel pequeño país, y los fenicios se vieron obligados á recurrir á las aguas, inventando la pesca con caña y con red, y cuando no pudieron pescar en la playa, se vieron obligados á hacerlo mar adentro, so pena de morir de hambre, para lo cual, con sus herramientas primitivas, ahuecaron troncos de árboles y construyeron canoas, ó sujetando maderos con ligaduras formaron balsas en las que fijaron matas frondosas para que funcionaran como velas.

Las montañas del Líbano les suministraron la madera; con el tiempo aprendieron á hacer quillas para sus barcos, que cubrían del cobre que encontraban en sus montañas. Desde las alturas del Líbano se ve la isla de Chipre, cuyo arribo les facilitaba la corriente, y la colonizaron, hallando en ella cuanto se necesita para la construcción de un barco: madera, brea, cobre y cáñamo.

En sus barcos primitivos siguieron las emigraciones del atún; descubrieron poblaciones en otras costas y las saquearon, llevándose sus habitantes como esclavos. Algunos de éstos, que aprendieron

su lengua, ofrecieron rescates; ratificaron el arreglo con juramento, y en signo de amistad se cambiaron regalos, quedando cada partido contento de obtener algo de lo que su propio país no producía, y así se dió principio á un sistema de cambio y de tráfico.

Los fenicios se convirtieron de pescadores en piratas, luego en mercaderes y por último en fabricantes. La púrpura era el color á la moda desde los tiempos más remotos en Oriente, y los fenicios descubrieron dos especies de moluscos que suministran una hermosa tintura purpúrea.

Recolectaban esas conchas por medio de buzos y de perros: una especie era submarina, la otra se hallaba en las rocas de la costa. Cuando agotaron la cosecha de sus propias costas, la obtuvieron de costas extranjeras, mas como cada concha sólo daba algunas gotas del precioso tinte y el transporte era difícil, prefirieron extraer la tintura sobre el terreno, y de ese modo establecieron fábricas en otros países que se convirtieron en colonias permanentes. Obtenían lana de los árabes y de otras tribus pastoriles, y con ella fabricaban paños que teñían y vendían en los mercados de Babilonia y de Egipto; de la misma manera obtenían de aquellos países los productos y los objetos fabricados en Oriente, y los revendían con gran provecho á los habitantes de Europa. Cuando navegaban por las costas de ese continente salvaje, llegando al punto donde deseaban traficar, encendían un gran fuego para atraer á los indígenas, y en seguida levantaban tiendas y celebraban una feria de seis días en que exponían en

su bazar juguetes y chucherías fabricados en Tiro á propósito para compradores desnudos, con ropas de púrpura y obras artísticas para su clientela más civilizada, como la de Grecia. Transcurridos los seis días, se iban, llevándose á veces algunas mujeres y niños. En los puntos más propicios para el tráfico se desarrollaba el sistema de las fábricas, estableciendo apeaderos en el Archipiélago griego, en Grecia, en las playas pantanosas del mar Negro, en Italia, en Sicilia, en la costa de Africa y en España.

Haciéndose cada vez más hábiles y atrevidos, no se contentaron ya con recorrer las aguas de aquel mar rodeado de tierra como un lago, sino que pasaron el estrecho de Gibraltar é hicieron la experiencia de las mareas, explorando la izquierda hasta Marruecos para obtener el marfil y el polvo de oro, y á la derecha hasta las ensenadas glaciales del Báltico, buscando el ámbar, y á las aguas turbias de las Islas Británicas, por el estaño.

Desarrollaron también un tráfico interior; siendo los primeros en abolir la exclusión de Egipto, obteniendo el permiso de establecerse en Menfis, donde formaron un barrio llamado el campamento sirio, en cuyo centro se hallaba un bosque y un templo dedicado á Astarté. Los caminos de sus caravanas se extendían en cada dirección hacia los países ricos de Oriente. Los árabes errantes eran como sus marineros, y los camellos sus barcos, y de ese modo hicieron viajes á través de la arena, más peligrosos que los del mar, hasta Babilonia por Palmira ó Tadmor, á orillas del desierto; á la Arabia Feliz,

y á Gerra, ciudad construída toda de sal en la desierta playa del golfo Pérsico.

La Fenicia era una llanura estrecha y ondulada de unas cien millas de longitud, cuya anchura podía atravesarse á caballo en una mañana, limitado al Norte y al Este por montañas. Costeando el país parecía una gran ciudad entremezclada de huertos, campos y jardines; en las vertientes se cultivaba la vid y se veían hermosas quintas de recreo; en alta mar abundaban las velas blancas, y los puertos parecían bosques de mástiles. La reina de todas las ciudades era Tiro, que ocupaba toda una isla cerca de la costa. El poeta griego Nonnus cantó así la bella mezcla que forman en Fenicia el mar y los bosques: «El marino surca el mar con su remo, y el labrador la tierra con su arado; el mujido de los bueyes y el canto de las aves se armonizan con la profunda voz del Océano; la dríada oye en los árboles el grito de la ninfa que la llama desde las olas; la brisa del Líbano, refrescando al medio día al labrador en los campos, ayuda al marino que se lanza al mar.»

Esos cananeos merecen respeto y gratitud, porque enseñaron á nuestros antepasados intelectuales á leer y á escribir. Donde se establece un comercio y una industria hay necesidad de emplear indígenas como subordinados. De ese modo recibieron los griegos los elementos de educación. No es probable que los fenicios inventaran el alfabeto, pero es seguro que lo introdujeron en Europa, y si bien es cierto que su objeto consistía sencillamente en hacer

dinero, no siendo literatos ni artistas, esparcieron los conocimientos por accidente, como los pájaros que esparcen casualmente las semillas. Fueron verdaderos héroes aquellos hombres que se arriesgaron los primeros á pasar el estrecho de Gibraltar y á penetrar por allí en el inmenso Océano que se presentaba con sus enormes olas. Su actividad ponía al mundo entero en movimiento, llevando á cada país algo de lo que en él se carecía, despertaban al embrutecido salvaje de las Islas Británicas con paños escarlatas, y le hacían trabajar en las profundidades de la tierra; llevaban á los príncipes indios los vinos deliciosos de Siria y de las islas griegas, en vasijas de cristal exornadas con pinturas exquisitas. Desde el limo del Báltico donde se recogía el ámbar, hasta los bosques ecuatoriales en que se cultivaban las especias, y desde las plantaciones de moreras de la China hasta las minas de estaño de Conouailles, ó á las minas de plata de España, excitaban la emulación, creaban nuevas necesidades y por su acción eran todas las naciones impulsadas á la industria.

La construcción de los barcos y la ciencia de la navegación, invenciones de los fenicios, constituyeron durante mucho tiempo su monopolio. Sennacherib los empleó como constructores de su flota; Nechao les encargó la exploración de las costas de Africa.

WINWOOD READE

(The Martyrdom of Man)

Lo que realizaron los exploradores durante cierto tiempo fué prodigioso: establecieron una cadena' de fuertes todo lo largo de la costa oeste de Africa y sobre la del este hasta el mar Rojo; después todo alrededor del golfo Pérsico, en la costa de Coromandel, entre las islas del Archipiélago y en las costas de Siam y de Birmania hasta Cantón y Shangai. Con escasas tropas anonadaron grandes ejércitos; con sus pequeños fuertes gobernaron grandes imperios; pero resultaron siempre ladrones y asesinos sin previsión y sin piedad. Casi se olvidan sus vicios por la admiración de su asombrosa energía, mas su gloria palidece ante el horror que inspiran sus actos. Léense historias de árabes pacíficos, provistos de salvo-conductos, que eran cosidos en sacos y arrojados al mar, ó eran atormentados moral ó físicamente, quemándoles con manteca caliente. Léase también que los soldados se entretenían en arrojar prisioneros á los cocodrilos, hasta tal punto acostumbrados á comer así, que cuando silbaban los soldados sacaban la cabeza fuera del agua; ó que había desgraciados reducidos á refugiarse entre la maleza con los tigres ó en las colinas con las panteras; ó madres condenadas á machacar sus hijos en los morteros del arroz; ó niños balanceados sobre la punta de una lanza.

Terminada la generación de los héroes, sobrevino la de los favoritos, cortesanos que aceptaban cargos en las Indias sin más objeto que ganarse una fortuna lo más pronto posible explotando indígenas. Llegó á ser proverbial que la humanidad y la jus-

ticia se desvanecían al doblar el Cabo, y también se decía que el dinero ganado en las Indias se desvanecía como dinero maldito. Entre tanto, los que sinceramente amaban su patria y deseaban servir al rey con lealtad, eran mirados como énemigos por sus colegas y arruinados por sus intrigas, viéndose en las calles de Lisboa viejos soldados andrajosos, mendigando á las puertas de los palacios de los que habían enriquecido, ó muriendo en los hospitales. Hombres cuyos nombres son hoy la gloria de su país, eran entonces despreciados. En la isla de Macao, sobre la costá de la China, hay un bosquecillo, tapizado de verde aterciopelado y cubierto de un follaje espeso que impide la entrada á los rayos del sol tropical; en su centro hay una gruta rocosa rodeada de raíces de árboles gigantes; allí, en aquella pobre ermita, un triste desterrado cantaba las glorias del país que le perseguía. El desterrado se llamaba Camoens; su canto *Las Lusíadas*.

Los inmensos territorios de los españoles y de los portugueses se reunieron bajo Felipe II, que cerró el puerto de Lisboa á los holandeses como rebeldes y herejes; pero éstos, que si no se cuidaban de hacer largos viajes por curiosidad, sabían hacerlos si les convenía, viéndose privados de comprar canela, gengibre, nuez moscada y clavos de especia en Lisboa, resolvieron comprar esos productos en el mismo país que los cultiva.

Los ingleses siguieron su ejemplo, lo mismo que los franceses, y durante algún tiempo hubo guerras en los trópicos, pero al fin todo se arregló. En las

Indias orientales y occidentales, españoles y portugueses quedaron en posesión de un vasto imperio, pero ya no eran solos: holandeses, ingleses y franceses se plantaron en la América del Norte y en las islas de las Indias occidentales, sobre la península del Indostán y el archipiélago Indico, y también sobre la costa de Guinea.

El oeste de Africa se compone naturalmente de regiones pastoriles, de regiones agrícolas y de bosques montañosos ó de pantanos, donde los indígenas son salvajes y envilecidos. Las colinas y las llanuras son parques de esclavos, donde las tribus pastoriles, cuyo oficio es la guerra, van cada año á la caza, y los cautivos son comprados por las tribus agrícolas, que los emplean en trabajar sus campos. Ese tráfico existe aún y ha durado muchos siglos.

Los tuaregs, ó moros tannés, que habitan el Sahara en la frontera del Sudán, hacían salidas periódicas á ese país para procurarse esclavos, algunas veces arrancados como tributo á un jefe vencido, otras veces comprados á cambio de caballos, de sal ó de paños de lana. Cuando la Berbería estuvo habitada por gentes ricas y aficionadas al lujo, como los cartagineses, que compraron una vez cinco mil negros para sus galeras, debió de exportarse un número inmenso de esclavos, visto que morían muchos en el camino, por el desierto, porque es ese un viaje que mata en gran parte hasta los camellos que le hacen.

Desde los primeros tiempos fueron buscados los

negros como esclavos, á causa de su docilidad y de su extraño aspecto. Se encontraban en el Egipto antiguo, como se ve en las pinturas monumentales, y estaban también en Grecia y en Roma. Durante la Edad Media se les exportaba de la costa del Este á las Indias orientales y á Persia, donde los califas los adiestraban en cuadrillas, en Bagdad. Los venecianos los compraban en Trípoli y en Túnez para revenderlos á los moros de España. Cuando los moros fueron echados de España no cesó el comercio de negros, que continuó después en el mercado de Sevilla.

Los exploradores portugueses llegaban hasta el país de los esclavos, de donde sacaban diez mil negros al año antes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Los españoles, que solían poseer esclavos negros, los empleaban en el trabajo de las minas de Santo Domingo, y como resultaba que el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios, se arreglaban para importarlos de Africa. Cuando holandeses, ingleses y franceses adquirieron plantaciones en América, pidieron también negros y establecieron depósitos en Guinea para procurárselos. Angola, perteneciendo á Portugal, abastecía al Brasil; Elmina, al Manhattan holandés; Cape Coast Castle, la Barbada, Jamaica y Virginia; la Luisiana y las Antillas francesas los sacaban del Senegal; hasta Dinamarca tenía una ó dos islas en las Indias occidentales, y uno ó dos fortines sobre la Costa del Oro. Los españoles eran los únicos que carecían de establecimiento en Guinea, pero durante cierto pe-

ríodo compraron sus negros por contrato, ó *asiento*, con el rey de Inglaterra.

*
* *

Durante el pasado siglo se hacía un comercio insignificante en oro y en marfil, pero esos dos productos no eran más que accesorios, el verdadero comercio de Guinea consistía en la trata de negros. En un principio los europeos robaban los negros que encontraban en las playas ó que visitaban los barcos en sus canoas; pero los «pérfidos indígenas» usaron de represalias y obligaron á abandonar aquellas prácticas, y el tráfico se arregló sobre principios de equidad. Se reconoció que la mejor política es la honradez y que era menos costoso comprar hombres que robarlos. Además de las colonias europeas, había puertos indígenas sobre la Costa de los Esclavos, entre los cuales el de Whydah, puerto de mar del Dahomey, era el más importante. Cuando un negrero entraba en rada, disparaba un fusil, y una multitud acudía á la playa; desembarcaba la chalupa á través de la resaca, y el patrón se dirigía hacia un gran árbol que había cerca del desembarcadero, donde el gobernador de la ciudad le hacía una recepción oficial.

La capital estaba situada á una distancia de sesenta millas, y hasta allí se llevaba al capitán en su hamaca, llevando también consigo ricas sederías y otros regalos para el rey. Aquel monarca se ganaba la vida cazando á sus vecinos y vendiéndolos á los europeos.

Hacía periódicamente la guerra, saliendo una vez al año, ora por un lado, ora por otro... Cuando volvía el rey de su campaña anual, invitaba á todos los blancos de Whydah, que gozaban del título de *amigos del rey*, á que examinasen sus esclavos. Para comenzar el rey asesinaba muchos cautivos para que fuesen á saludar á su difunto padre, en testimonio de su respeto filial, lo que desagradaba á los mercaderes, que no aprobaban aquel derroche de carne útil, aunque se consolaban pensando que había bastante para todos. Se podían comprar esclavos en todos los establecimientos situados á lo largo de la costa. Angola era el único punto bastante importante para merecer el nombre de colonia; los establecimientos holandeses, ingleses y franceses no eran más que despachos fortificados, mitad castillos, mitad tiendas, habitados por mercaderes, donde se almacenaban comestibles, ron, tabaco, pólvora y mosquetes; visitábanlos los indígenas traficantes, que recibían de aquellas provisiones á crédito y viajaban por el interior hasta que llegaban á una ciudad de guerra, y allí depositaban sus mercancías pidiendo el número convenido de esclavos. El jefe entonces hacía salir la milicia, que hacía una marcha nocturna, y antes de amanecer atacaba una aldea; los que se resistían morían, los otros, encadenados con hierros forjados en Birmingham, eran presentados á los traficantes, quienes los conducían á la costa, y allí se les almacenaba en las prisiones del fuerte ó en unos barracones construidos expresamente para ellos, y cuando el negrero

estaba á punto de partir se les marcaba y embarcaba, quedando á bordo sobre el primer puente como sardinas en barril. Como tales se consideraban aquellos infelices, porque se imaginaban que se les exportaba para ser comidos; creían que todos los blancos eran caníbales; que los gorros colorados de los mercaderes estaban teñidos con sangre de negros y que con sus cerebros se fabricaba el jabón blanco. Frecuentemente se negaban á tomar alimento; entonces se les abría la boca con un instrumento y se les obligaba á comer á la fuerza. Como el ejercicio es necesario para la conservación de la salud, se obligaba á los esclavos á saltar cada uno en su sitio, y si se negaban se recurría al rebenque para persuadirlos, lo que daba ejercicio, no sólo á sus miembros, sino también á sus pulmones, hacía circular la sangre y ayudaba á la digestión de las habas con que se les cebaba. Aquellos pobres salvajes eran de tal modo obstinados, que muchos morían expresamente de pena, y cuando se sacaban algunos á pasearse por el puente, los ingratos se tiraban al mar y se ahogaban con aire de triunfo. Al llegar á las Indias occidentales se les encerraba en escuelas de trabajo, donde se les adiestraba, gozando luego de la ventaja de habitar un país cristiano, lo que no influía gran cosa en su felicidad temporal. Si una señora hacía meter en el horno á su cocinero porque había quemado la torta; si un plantador hacía ahogar un esclavo en el azúcar hirviente; si á un escapado se le cazaba con perros, se le azotaba hasta arrancarle la carne y se le col-

gaba vivo en los hierros; si un esclavo viejo é inútil se le echaba para que muriera abandonado, las leyes de las Antillas no hacían caso. Un esclavo era «el dinero» de su amo; únicamente se castigaba al que mataba al esclavo de otro, y esto con una multa. Sin excepción, los perros y los caballos del imperio británico están más positivamente protegidos por las leyes hoy, que lo estaban los negros durante el siglo XVIII.

WINWOOD READE

(The Martyrdom of Man)



—Por aquel tiempo (julio 1900) no se hablaba en Blagovestchensk más que del ahogamiento en masa

en el río Amour de los habitantes chinos de la ciudad.

—¿Quién dió la orden de matanza tan cruel?

—Nadie: el general dió orden de pasarlos á la orilla opuesta; el jefe de administración militar no tenía barcos á su disposición, y la orden había de cumplirse; no era culpa suya si los expulsados no sabían nadar. Los militares son así. No se han inventado los sables y los cañones para realizar obras filantrópicas.

—¿Cuántos se ahogarían?

—¡Quién sabe! Muchos. Se hicieron tres hornadas... Yo ví un chino rico, amigo mío, propietario de un gran almacén, á quien muchos rusos debían grandes favores, que le empujaban á latigazos porque no podía andar... Un momento después se perdió entre la multitud y con ella se sumergiría en aquellas aguas tranquilas convertidas en instrumento de civilización militar.

—Dícese que había tres mil; otros alargan la cifra hasta diez mil.

—Jamás se sabrá la verdad.

.....
(*Tribune*, Ginebra 1901)

Ningún pueblo del mundo moraliza tanto como los chinos: su régimen político trata de realizar principios de moral; su sociología está formada de proposiciones moralistas; su filosofía sólo quiere

evidenciar los primeros principios que presiden á las acciones humanas; su inmensa literatura, aun en lo que tiene de frívolo y libidinoso, no es sino una extensa y á veces sorprendente ejemplarización de teoremas de moral. En Europa se reprocha indebidamente al arte, á la literatura y á la ciencia de los chinos ese carácter moral que constituye el estigma de la inferioridad de su civilización, sólo porque nos parece molesto y no concuerda con nuestro afán de nuevas sensaciones que no suelen relacionarse con la moral.

Sin embargo, se considera al pueblo chino, sin la menor vacilación, como el pueblo más inmoral del mundo, debido á que los occidentales olvidan harto fácilmente que la moral no consiste sólo en el miedo al Código penal, sino en la fuerza de voluntad que dirige las acciones independientemente y aun en contra de todas las consideraciones exteriores.

Lo que importa es la fuerza íntima, y casi pudiera decirse que el desdén de las instituciones es el principio de la moral...

Es evidente que en ninguna parte del mundo son tan fuertes las instituciones como en Europa, y á nadie sorprende ver un hombre que, como Tolstoi, las desdeña para vivir según su fuerza íntima individual, tomando la actitud de un héroe.

En China todos tienen un poco de Tolstoi, todos tratan de concordar la vida práctica con los principios teóricos de la moral. Que esos principios son en China los mismos que entre los cristianos, se ha dicho tanto, que no es necesario repetirlo, y el he-

cho es tan manifiesto, que la teología occidental se ha visto en la imposibilidad de fingir ignorancia. Unos, jesuitas del siglo XVIII, sorprendidos y molestos, no encontraron otra salida que decir que era una fantasmagoría diabólica destinada á crear dificultades á las misiones; otros, sabios del siglo XIX, como Duplay, veían en ello una nueva prueba de la gloria de Dios, y se esforzaron en realizar la magnificencia del cristianismo estableciendo que había sido dado el Decálogo hasta los chinos.

Luego, en teoría, no hay diferencia; falta saber de qué manera se muestran las aplicaciones de esas teorías en la vida.

Hay, ante todo, una cualidad sublime de que el cristiano, en recuerdo del mito de la muerte del Salvador, ha creído que debía hacer como la sublimidad específica de su moral: la fuerza de perdonar. Ninguna moral, ningún pueblo del mundo ha alcanzado, se dice, una concepción tan grande, concepción opuesta á todos los instintos de resentimiento, de venganza, de crueldad que caracterizan al hombre no despojado de su naturaleza animal.

Pues, hay que declararlo, todo es error en esa aserción.

Ante todo, la concepción moral del perdón no es de origen cristiano, sino búdico; y el cristiano no tiene razón para acaparar para sí la gloria de una idea que ha tomado de los cientos de millones de budistas que han existido antes del nacimiento del cristianismo en toda Asia civilizada.

Pero aun es más erróneo creer que la concepción

del perdón sea la negación absoluta de los instintos vulgares del resentimiento, de la venganza y de la crueldad. Todo lo contrario.

La idea más errónea de todas en la concepción del perdón, tal como pretende tenerla aún en nuestros días el cristianismo, es la presunción con que se enseña aún en el día á los pueblos no cristianos que el perdón es la base y la joya de la religión y de la civilización cristianas. Si se repasan los Códigos de todos los pueblos «civilizados,» esos grandes volúmenes llenos de venganza bien dosificada, esas pruebas vergonzosas de que el cristiano es demasiado grosero para ser castigado con el perdón, se volverá con admiración más viva hacia los budistas chinos y tibetanos, que todavía son capaces de usar el perdón como el medio más fuerte de una venganza útil.

He tenido ocasión de observar un ejemplo que no se podría inventar más típico, que muestra directamente el contraste que existe entre el concepto europeo y el asiático, y que, á la vez que una enseñanza sublime, es una anécdota de lo más conmovedor que se puede imaginar, y que ha sido oficialmente referida en el *Priamovskiï Kraï*.

El hecho ocurrió en Kharbin, en la Mandchouria septentrional en agosto del 901. Los rusos habían ocupado la ciudad. Los terribles acontecimientos de Blagovestchensk, donde, á causa de la falsa interpretación de una orden, un general imbécil había hecho ahogar cuatro mil chinos pacíficos, despertaron los feroces instintos guerreros de los cosacos.

«Nosotros no hacemos la guerra por la política,» me dijo allá un oficial cosaco, «la hacemos por gusto, por ganas de guerrear; es nuestro elemento.»

Un cosaco se entretuvo una tarde en dirigir preguntas á un vendedor chino ambulante. El interrogado, que no entendía el ruso, no respondía, y el cosaco enfurecido le tiró un tiro á boca de jarro. El



asesino huyó rápidamente, y la víctima fué transportada al hospital militar.

El hecho impresionó desagradablemente al general, que quería mostrarse amigo de los chinos, por la mira que tenía el gobierno ruso de anexionarse el país, y creyendo compensar la mala impresión que naturalmente causaría el incidente entre los chinos, ordenó que se incoara un proceso severo para castigar al culpable de una manera ejemplar. Esa idea tan europea de que el castigo compensa

el crimen, no pudo ejecutarse por impedirlo la misma víctima.

La instrucción del proceso revistió un carácter altamente dramático por la ruda juxtaposición de la moral china y de la «justicia» europea.

Para que constara la identidad del asesino, el juez de instrucción militar procedió al interrogatorio del herido, que ya estaba próximo á la agonía, en el hospital. Un ruso servía de intérprete, y transcribo lo más fielmente posible las preguntas y las respuestas chinas.

—¿Viste bien al soldado que te hirió?

—Sí, le vi bien, porque me habló mucho antes de disparar su fusil.

—¿Le reconocerías si te se presentase entre muchos soldados?

—Sí; pero *no quiero denunciarle*.

—¿Por qué?

El chino, que tenía ya aspecto cadavérico, abrió con espanto sus ojos, que brillaban con extraño fulgor, y levantando su mano, dijo:

—¿Tú, ruso, poderoso y sabio no lo sabes? Escucha; pronto voy á morir; lo conozco, lo sé; pero quiero morir tranquilo, en paz con los hombres, en paz con el universo. Por esto quiero perdonar antes de salir de esta existencia. No quiero causar sufrimiento; es necesario razonar, ¿por qué han de pe-recer dos si hay posibilidad de que muera yo solo?

—Pero si tú no le denuncias, podremos equivo-carnos y castigar por error en un inocente el cri-men dirigido contra ti.

—¡Cómo! exclamó el moribundo, tomando, á costa de un supremo esfuerzo, una actitud verdaderamente majestuosa. ¿Vais á constituir un tribunal, acusar, juzgar y condenar aunque yo no quiera? ¡Oh! ¡infamia, crimen, ferocidad! ¡Vais á asesinar, vosotros á quien no se os ha hecho ningún daño, porque se me ha dañado á mí! ¿Con qué derecho? Eso es asunto mío; yo no he invocado vuestra fuerza para vengarme. Él me mata, yo le perdono; es mío, y si os rechazo, vuestra misión es nula. Yo perdono; nada tenéis ya que juzgar.

Los funcionarios rusos quedaron absortos. Sus cerebros, habituados á revolver los mezquinos datos de la idea occidental de justicia, no se hallaban preparados para recibir semejante golpe. Hubo una pausa, hasta que uno de ellos encontró el hilo de su derrotada lógica é insinuó:

—Pero si no le castigamos podrá aún hacer mal á otros.

—No, no, exclamó el chino cada vez más excitado; no tenéis razón. Si le castigáis, se exasperará y pecará otra vez por rabia. Si le perdono, ya no hará daño á nadie, y no lo hará *porque se le habrá perdonado*...

El juez de instrucción careó á pesar de todo cierto número de soldados con el chino moribundo. Entre ellos se hallaba uno sobre quien desde el principio recaía la más grave sospecha. El chino los dejaba pasar todos repitiendo sencillamente:

—No... no... no...

Llegó el último el inculpaado. Una emoción in-

tensa se reflejó entonces sobre las facciones dolorosas de la víctima. El chino le miró un rato en medio de un silencio profundo, y después preguntó al juez:

—¿Qué se hará al que denuncie?

—Se le condenará á cadena perpetua.

—No denunciaré á nadie. Me engañaría; no es él. Además, abstracción hecha de toda otra consideración, quiero perdonar para castigar útilmente y morir tranquilo.

El juez de instrucción, desesperado por el giro que tomaba el asunto, dijo con tono insolentemente autoritario:

—Denuncia. Yo te lo mando. Ese es tu deber. Tú te rebelas contra el funcionamiento de la ley y de la justicia.

—Calla y no me hables de deber. Lo que es mi deber no puedes saberlo; es asunto personal mío. Si tu deber consiste en buscar un culpable á quien mi perdón ha restituído la inocencia para descargar sobre él una venganza que no te importa, eso es negocio tuyo; yo no quiero contribuir á tales abominaciones, y te digo: si entre los soldados que me has presentado hubiera estado el culpable, también diría no, no está; y si á pesar de todo juzgas y condénas al que creas culpable, yo te declaro diez veces culpable contra él y contra mí. Tú serás un criminal. Yo perdono.

El chino, que había hablado temblando de emoción y acompañando sus supremas palabras con gestos convulsivos, se desmayó.

«Yo perdono,» fué su última palabra, y sin recobrar sus sentidos murió una hora después.

Hasta el alma endurecida de los oficiales cosacos se conmovió profundamente por el espectáculo de aquella muerte majestuosa. Una vez más el pensamiento de Buda vencía á la ciega y sanguinaria Temis. Asia, encarnada en el cuerpo agonizante de un campesino chino, humilló á Europa, tan orgullosa de su cultura; y hay allí cuatrocientos millones de campesinos...

Yo he visto llorar unos cosacos. El proceso fué abandonado, y no se ha vuelto á oír hablar de violencias rusas en Kharbin.

ALEXANDRE ULAR

(*Le Journal*, 23 octubre 901)

¿Hubo jamás título de propiedad menos discutible que el del autóctono en su continente?—Terrígena como el eucalipto, ocupaba el suelo materno, quizá desde el nacimiento de la humanidad, cuando he aquí que desembarcan algunos miles de galeotes, y que el hijo del ladrón y de la encubridora le expulsa de su heredad.—¡Quítate tú para ponerme yo! ¡Ocupas demasiado sitio!

Ciertamente, sí; ocupaba demasiado sitio. ¿Cuántos individuos ocupaban el continente á la llegada de Cook y de Philipp?—Nadie lo sabrá jamás. En aquella época la Tasmania sostenía á dos mil tasmanios, según unos; siete mil opinan otros, igual-

mente informados. Según esta cuenta, la Australia con sus ocho millones de kilómetros cuadrados habría alimentado de doscientos á setecientos mil habitantes.—¡Pero hay tantos desiertos!—Supongamos, pues, que cuatrocientos mil indígenas vivían sobre cuatro millones de kilómetros cuadrados, lo que resultaría un individuo para 1,000 hectáreas, ó una familia para 5,000 hectáreas. Ahora bien; si se considera que una familia de Europa vive pobremente sobre cinco hectáreas, y una familia china vive con desahogo sobre una hectárea, resultará evidente que los cazadores australianos ocupan más sitio que el que en justicia les corresponde.

*
* *
*

—¡Creced y multiplicaos!—Tal fué, dice nuestra leyenda, la ley impuesta á todo animal sobre la tierra. Saliendo de ciudades excesivamente pobladas, como Londres, Edimburgo, Birmingham, Sheffield, los civilizados, á la vista de aquella inmensa maleza casi desierta, exclamaron:—La tierra del kanguro no pertenecerá ya al cazador de kanguros. La fiera no tiene derecho contra el hombre. Estas llanuras nos esperaban... ¡he aquí el año!

En efecto, no sería justo ni razonable que una cosa perteneciese á quien no puede hacer uso de ella. ¿Qué derecho tiene el gallo sobre los diamantes, ni el eunuco sobre la virgen? Si un inepto ha vegetado sobre un erial desde que el mundo es mundo, su posesión no era disputada por ser desconocida. No hay prescripción autorizada contra el

buen sentido, ni argucia contra la necesidad. La tierra cría los hombres y les da la subsistencia, pero no favorece á los unos en detrimento de los otros. El derecho civil, el del padre, puede complacerse en la desigualdad, puede favorecer al primogénito, pero el derecho natural de Tellus, nuestra madre, hace partes iguales.—El negro de Australia necesita mil hectáreas para vivir á gusto, pero su título caduca delante del de mil jardineros europeos que, todos juntos, no piden mayor cantidad, y delante de cinco mil agricultores chinos, que se encuentran en el mismo caso. En definitiva, el derecho á la tierra se resuelve en el derecho al trabajo. El indígena tiene sobre su erial el mismo derecho que el ciervo sobre su bosque y el cocodrilo sobre su pantano. ¿Da el invierno á las nieves y á los hielos un título que haya de respetar el viento primaveral? Cuando llega el que tiene mejor derecho, hace seña al incapaz, diciéndole: ¡largo de ahí! La historia muestra á los pastores rechazando á los cazadores. Caín dijo al pastor Abel:—Donde tú apacientas un carnero, yo alimentaré una docena de bueyes... ¡Ocupas demasiado sitio! Y como Abel se negaba á alejarse, la cuestión se resolvió con la maza de Caín. La historia se repite á través de los siglos.

Preciso es comprenderlo. Hasta las rocas se descomponen y las piedras se desmenuzan en arena. Encerrada en el círculo siempre en movimiento del nacimiento y de la muerte, de las desagregaciones y recomposiciones, la Naturaleza ignora la juris-

prudencia de nuestras transmisiones de dominio, nuestros derechos de propiedad feudal ó enfitéutica, nuestros sistemas de hipotecas y arrendamientos, nuestros testamentos, mandas, mayorazgos, mejoras, tercio y quinto, diezmos, etc.; no se da tampoco á las familias, ni siquiera á las razas, se da á los individuos durante una estación, ni un día más; pero el microbio humano tiene la manía de la inmortalidad, el minuto quiere contener los siglos; como dijo el poeta, «se necesita la eternidad para la dicha de un efímero.»

Nuestros pobres negros creían durar tanto como su erial cuando el hacha forjada en ultramar derribaba ya los eucaliptos. Pero en cuanto los conquistadores se vieron instalados sobre su presa invocaron el respeto á los derechos adquiridos, la religión de la herencia, rodearon la propiedad de una majestad divina y la defendieron con un valor sagrado. *Beati possidentes*. Toma lo que quieras y conserva lo que puedas.

*
* *

Sin embargo, el derecho de Brown de Londres, Jones de Manchester y Robinson de Edimburgo sobre los montes, las aguas y los bosques de los Ouaouaroun no hubiera perdido nada respetando los derechos anteriores.

¿Ha de ser todo para el nuevo detentador y nada para el antiguo ocupante? ¿Ha de despreciarse la equidad, que es la justicia en su concepción más elevada y más sencilla? La civilización llegaba con

su derecho nuevo, y para darle vigor se hizo injusta. La justicia forma la cadena y la injusticia la trama; así «urde la historia» y se tejen los acontecimientos. Así va el mundo: para apoyar un derecho se le falsea. Hay batalla entre los que tienen razón, los unos en principio, los otros en práctica.

Hubiera necesitado el aborígen acomodarse al género de vida de los inmigrantes, que se habían apoderado de las costas y ya remontaban el curso de los ríos...

Hubo dignos misioneros que iniciaron al salvaje en la cultura de los campos, haciéndole soñar con doradas espigas, verdes olivos y vides con exuberantes racimos. Eleváronse templos de altas bóvedas en que los negros dichosos entonaban himnos sagrados. Aquellos buenos apóstoles traían granos, semillas, plantas, picos, azadones y arados:—¡A trabajar, muchachos!

Aquellos niños grandes respondieron al llamamiento con actividad, hasta con entusiasmo. Araron la tierra, sembraron el trigo, le vieron brotar, le segaron, le trillaron y le molieron y llegaron á hacer tortas que comieron con delicia; pero cuando fué preciso comenzar de nuevo... se apoderó de ellos el fastidio y el cansancio. Luego, para cavar la tierra, arrojaban lejos de sí la piqueta y preferían su palo puntiagudo.

Al ver esos negros tan dóciles é inteligentes no podía sospecharse tanta tenacidad en la rutina. El hombre primitivo tiene como los brutos la desconfianza hacia las novedades, la cual se convierte fá-

cilmente en odio. Las inteligencias perezosas descansan en la costumbre y se acoquinan en el orden establecido. «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer,» «lo mejor es enemigo de lo bueno,» bien entendido que «lo bueno» en este caso es la barbarie, la suciedad, la ignorancia. Los Non-Non se encuentran bien como están: son cazadores y cazadores quieren continuar; siempre en movimiento, no puede agradarles ninguna ocupación sedentaria. ¿Habían de renunciar á la libertad del bosque ó de la montaña, á los peligros y á las fatigas, á las alegrías y á los incidentes de lo imprevisto, al hambre prolongada, á las francas comilonas, á las distracciones de la vida nómada y vagabunda para encorvarse sobre la gleba, estrecharse en una parcela llamada propiedad, pegarse al mango del arado y caminar pausadamente detrás de un par de bueyes lentos y pesados? ¿Cesar de ser ciervo ó kanguro para hacerse comedor de tierra? ¿Ser mariposa y encerrarse en una larva? ¡Jamás! Ser por la vanidad como un necio aristócrata y por el orgullo como un estúpido burgués. Gentileshombres son y gentileshombres han de morir. Ignoran que el trabajo, con frecuencia duro, es en último término obra de emancipación. El trabajador de la tierra es el amante de la tierra. Se ha querido metamorfosear nuestros negros en agricultores; pero no se entra de un salto en la agricultura, se necesita la costumbre. Los oficios los aprenden con notable facilidad, porque no son imbéciles ni torpes; lo que no pueden aprender es á permanecer bajo un

techo y entre cuatro paredes. Encerrarlos en un reducido espacio es hacerles morir de melancolía y de fastidio.

* *
* *

¿Y los niños?

Ya se ha ensayado, pero con mal éxito. Algunos misioneros y algunos benévolos colonos han adoptado niños que sujetaron á la vida civilizada, haciéndolos asistir á la escuela donde estaban al mismo nivel intelectual que sus discípulos blancos; se les instruía para que fueran pedagogos, pintores de casas, químicos, telegrafistas, catequistas, sirvientes, cocineras, organistas, grabadores. Al principio, los despabilados negrillos roían el azúcar con sus dientecitos blancos y lamían las confituras; su comprensión fácil prometía maravillas, pero cuando aflúa la savia de la juventud, cuando una sangre más sutil corría por sus venas, los mozos se volvían inquietos y las muchachas seguían con melancólica mirada el vuelo de los pajarillos.

Un día, cuando menos se esperaba, desapareció el candidato al sacerdocio, dejando por el camino el sombrero, la corbata, el gabán, el chaleco, los pantalones y la camisa; aquellos malditos zapatos, instrumentos de tortura que nunca pudo sufrir, los arrojó á un lago; entró en un bosque, y todavía corre. ¡Fuera la regla de tres, el cálculo de los intereses, la partida doble y hasta el Evangelio! Ya no se cuida de otra cosa que de danzar el *boumerang* y de tirar con destreza la jabalina, y es bien seguro que no oficiará jamás en la santa Mesa.

—¿Y la señorita Kate? ¿Qué ha sido de la señorita Kate? ¿Qué le ha sucedido? Hace algún tiempo se sintió poseída de un apetito feroz de carne de kanguro y, como se le negase, fué á la perrera y allí disputó á los dogos los trozos de carne cruda y pasada. Luego tomó una yegua corredora y desapareció. Cuando se notó su falta, salió la gente de la casa en su busca, y á la entrada del bosque se hallaron las botinas y las medias de la fugitiva, y un poco más lejos, cuidadosamente colocado sobre un espinó, encontraron el vestido, las enaguas y la camisa de la señorita Kate. Ya no cabía duda, la futura institutriz tuvo el llamado «mal de la maleza.» Un rumor lejano que aporta el viento es la corroboración de la sospecha. Una horda entusiasmada festeja á la heroína: los buenos mozos, pintados de amarillo y rojo, con un exuberante penacho en la cabeza y un plumero posterior que imita la cola del gallo, bailan el paso del *Papagayo enamorado*, y ella, la buena moza, responde con un solo de la canción la *Peluca perdida*. Kate se despojó de la señorita para volver á ser salvaje.

Después de haber recibido una educación esmerada, haber visitado Inglaterra y frecuentado la buena sociedad de Londres, Daniel y Benilong abandonaron á sus protectores y volvieron á la selva. Su célebre historia se ha citado muchas veces como prueba de que «la raza australiana es refractaria á la civilización.»

Eso ha dado lugar á que los misioneros, experimentados por numerosos fracasos, permitan de

tiempo en tiempo á sus educandos una excursión á la maleza, porque si no vagabundeasen á intervalos, los individuos cuya aplicación prometía más bellas esperanzas, acabarían por ser intratables ó morirían de nostalgia fulminante, como sucedió en Threlked, donde en cuatro años murieron 161 neófitos de 164.

—La misma experiencia se ha efectuado en el Cabo de Buena Esperanza, donde los bochimans, transformados en criados, sufrían una grave mortalidad, hasta que se cayó en la cuenta de la conveniencia de darles un descanso de seis semanas al año para que fuesen al desierto á rehacerse comiendo miel, raíces crudas y huevos de hormigas.

La conclusión es fatal: es indispensable contar con la herencia. Cuando han contribuído á la formación de la sangre, de la carne y de los huesos ciertos modos de ser multiseculares, no es posible despojarse de ellos por un baño de agua tibia. La civilización, en último término, es una costumbre, y si el inmigrante no fuese un bárbaro hubiera comprendido fácilmente al salvaje; hubiera reflexionado que se necesitan algunas generaciones para transformar cazadores en trabajadores sedentarios, porque no se pasa sin transición del extremo salvajismo á la extrema civilización.

La historia nos muestra al cazador convirtiéndose en pastor, y á éste en labrador, y con esto la evolución quedaba indicada y aun impuesta por las circunstancias; pero se necesitaba paciencia y buena voluntad. Entretanto el continente se cubría de carneros que forzosamente habían de confiarse al

cuidado del negro, entregando á la negra algunas semillas y tubérculos para que los sembrase por medio de su palo puntiagudo.

Algunos colonos empezaron por tomar un pastor indígena, y el corredor de kanguros no tardó en conocer un carnero entre tres mil, dándose á sí propio, en vista de sus nuevas funciones, el nombre de «madre de las ovejas.» Más de un negrillo fué enviado por algun colono á guardar su rebaño y á recoger ovejas descarriadas. No hubiera sido difícil asignar al aborigen su parte de actividad en el Estado nuevo, transformando al salvaje en ganadero, con lo que las tribus se hubieran hecho pastoras, lecheras y queseras, pero no había para qué, toda vez que se disponía de cien mil veces más terreno que el necesario, y se creyó más divertido enseñar la boxa inglesa á los kanguros.

Desarrollar los más atrasados selváticos hasta la civilización más adelantada ¡qué hermosa ilusión! ¡Qué felicidad hubiese sido para ellos entrar en la familia del blanco, antepasado resucitado, de ese hombre de magia fabulosa y prodigiosamente rico! ¡Cuán dichosos, sobre todo, entrando en la familiaridad del toro, bestia colosal, y ser compañeros del caballo, al que aman como hermano! En seguida adivinó el negro las costumbres y los instintos del noble corredor, le comprendió y se hizo comprender de él, completándose el uno al otro. Sólo por llevar un nombre que le hubiese dado el Rey de los magos, sólo por ser tratado amistosamente por ese personaje milagroso que encierra el rayo en un

revólver, un Qui-oui se hubiese arrojado al fuego y al agua.

Pero el colono exigía que esos selváticos de dos patas se transformasen en anglo-sajones, y que en un abrir y cerrar los ojos se convirtiesen en labradores, industriales, comerciantes, metodistas ó presbiterianos, aunque no cuidasen tanto de que adquiriesen derechos civiles. En todo caso hubiera convenido dejar algo á Piel-negra, pero Piel-blanca quería todo para sí.

¡Cómo habían de concertarse la sucia especie de piel grasienta y mal oliente con la de matiz blanco rosa y cabellera de oro! ¡Cómo habían de fraternizar Próspero y Caliban! Próspero quería la riqueza inmediata, ponía todo su orgullo en embolsar los más pingües beneficios con el menor gasto posible. Para cuidar algunos miles de carneros necesitaba criados á quienes «no estorbare la familia,» por lo que en el cesto de provisiones que se le enviaba cada semana no había ración para bocas inútiles. De esta clase de pastores tenía el gobierno abundante existencia en su almacén de convictos.

Tal fué el punto de partida y el dato primero. Salida del presidio, la nueva civilización concedía sus preferencias al presidiario, á quien llamaba «el hombre de la administración.» Este, duramente explotado, en cuanto cumplía, se instalaba en una colina, donde llevaba sus carneros, expulsando al indígena de las fuentes y de los ríos y arrojándole al desierto:—¡Vive si puedes y muere si quieres!

*
* *

La tierra huía bajo los pies de los salvajes, y su patrimonio pasaba de día en día á aumentar los parques y vaquerías que medían mil, diez mil ó cien mil hectáreas. «Cuero de otro da la correa ancha;» el que tenía quinientas mil hectáreas tenía envidia al propietario de seiscientas mil. Los anales de Victoria mencionan dos terrenos destinados á pastos que juntos comprendían 13,000 kilómetros cuadrados. En todos los países los latifundios producen ruina y desgracia, y en cuanto se les impone el más ligero tributo se estrechan sus límites; sin embargo, se citan aún dos *runs* que cada uno era propietario de tres ó cuatro mil kilómetros cuadrados. Viene en primer término el *squatter* con sus ganados; en seguida los *selectors*, que también cultivan algo. Se arrienda el terreno á 40 céntimos el kilómetro cuadrado.

Hay industrial de Rockhampton que dispone de cien mil bueyes y carneros en un año; ¡dispone!... ¡Los ingleses tienen el genio del eufemismo! En un matadero de Melbourne se degüella...—pero retrocedamos ante esos mares de sangre.—Esos ganaderos, como ellos se llaman, han industrializado la matanza. Hacen descender las reses por una pendiente amplia que termina en un punto estrecho donde cabe una sola; al llegar á cierto punto pierden el pié y caen por la angostura indicada una tras otra en un estanque de agua hirviendo; de allí son extraídas y se les desuella y descuartiza; con las buenas tajadas se llenan las cajas de conserva, y las tripas y otros desechos se destinan á cebar cerdos.

Antes habían de enterrarse grandes cantidades de carne pasada; en la actualidad todo se aprovecha mediante el empleo de aparatos frigoríficos. La cría de carneros da en el Queensland un 40 por 100 de beneficio. La colonia es, pues, una mina de sebo, una cantera de carne, una fábrica de bueyes y carneros...—¡Viva la gran industria!

Ensanchándose el mercado de año en año, la demanda aumentando siempre, ha llegado la producción de corderos á más de 80 millones, ganándose terreno en el interior hasta el punto de pensarse en convertir el desierto en inmensas praderas, merced á los pozos artesianos que se perforan ya en diversos puntos.

* * *

Una infausta noticia desarrolló el pánico en la Bolsa del sebo y en el Mercado del cuero. El carnero enflaquecía y disminuía su utilidad. ¿Qué había sucedido?

Un competidor terrible había surgido en las tinieblas, y al presente el enemigo se desenmascaraba. Allá por el año 1855 se importaron algunos conejos, sólo con la idea de amenizar la caza y variar el eterno menú de carnero, porque los inmigrantes, como verdaderos ingleses, rehusaban los alimentos nuevos, y la carne de kanguro se la echaban á los perros. Un *squater* de Melbourne se hizo llegar de la madre patria un conejo y una coneja. La pareja creció y se multiplicó y su prosperidad llegó á ser perjudicialísima á los sembrados y á las praderas,

porque el señor Conillón también quería la Australia para sí solo, y aunque débil y tímido, por su energía de reproducción desafía todos los odios y todas las malas voluntades. Pronto faltaron hombres para hacer frente á la invasión de los conejos.

—¿Y los pastores y sus perros?

Los pastores y los perros se cansaron de tanto matar y estrangular conejos. Lleváronse de Europa zorros y zorras; pero éstos, en vista de la abundancia de alimento y de haberse hecho demasiado grandes y fuertes, tuvieron la indelicadeza de dejar en paz á los conejos y atacar á los corderos y á las gallinas. Los hurones dieron un resultado análogo. Fué, pues, preciso recurrir á las batidas, considerando este recurso como el más práctico y eficaz, y sólo en el año de 1887, la Nueva Gales del Sud, haciendo un esfuerzo casi desesperado, exterminó 25 millones de esos malditos roedores, al precio de 125,000 francos por millón de cabezas. Para desembarazarse de ellos, un propietario sacrificó un millón en cifras redondas. Es indudable que la piel tiene valor, y todos los años se expiden una quin-cena de millones á Inglaterra, donde se hacen de ella abrigo baratos y se les imita á marta, nutria ó zorra. Los especuladores se ingeniaron para sustituir á los negocios de lanas los de sedas, sedas de conejo, pero con poco éxito. Se prometieron 500,000 francos al que encontrase el remedio eficaz para exterminar al animal invasor, y el ilustre Pasteur ideó inocular al roedor un cólera fabricado expresamente; pero se le respondió: «ya hemos manejado la calia

alemana, ensayado la enfermedad de Tintinallogy y la del profesor Watson, con escaso éxito. Hemos hecho uso del agua envenenada con chorhidrato de estricnina; los cadáveres, demasiado numerosos, engendrarían una peste que sería funesta para nuestros carneros.»

Así están las cosas. Los conejos aumentan siempre y los colonos matan sin cesar. Para detener sus progresos se ha creído bueno colocar enrejados metálicos á la orilla de los ríos en extensiones kilométricas; pero resulta que para abrirse paso bajo la rejilla y trepar por ella las uñas del conejo se han hecho más largas y vigorosas que las que les legaron sus antepasados, y á causa de ello sube á los árboles, nada con facilidad, y, en este privilegiado clima, desprecia las madrigueras subterráneas.

De todos modos el conejo no luchará mucho tiempo contra el hombre; será vencido, como lo ha sido el oidium y la filoxera, y se salvarán los cueros, las lanas volverán á su antigua prosperidad y se utilizarán los inmensos terrenos roturados y los prodigiosos yermos. Ya se piensa en invadir los mercados de Europa con abundancia de vino, trigo, azúcar. Los especuladores tienen todo un continente que arreglar: bosques, eriales, pastos, ríos, lagos, canteras y minas de oro, de plata y de cobre:—
¡Advance, Australia!

*
* *

Pero la gran industria necesita máquinas ú hombres á quienes tratar como máquinas. Según las úl-

timas noticias, he aquí cómo se resolvía este asunto en la Australia occidental: el colono se entiende con la policía negra, la cual tiene siempre un depósito de denuncias por ruptura de cercados, incendio de chozas ó heridas de reses; los polizontes capturan en seguida una ó dos docenas de infelices, los primeros que se presentan, y los trae bien amarrados: un documento hará constar que tales ó cuales negros, que habían solicitado servicio, les ha sido concedido mediante tales ó cuales condiciones mutuamente aceptadas, y con las firmas y sellos legalmente correspondientes, los negros serán embarcados como remeros ó peones en las pesquerías de perlas ó de pescados, y las mujeres y los niños de ambos sexos irán á cuidar los rebaños.

Un día encontré á uno de aquellos colonos que violaba una jovencilla negra, y, como le reprochaba su acción, me respondió: «La policía me ha asignado esta muchacha por seis meses, y puedo hacer de ella lo que me dé la gana.» He aquí la esclavitud por asignación. Los negros asignados que se rebelan ó tratan de escaparse incurren en las penas dictadas contra «los violadores de contratos,» y pueden ser enviados á la isla Rednest, cerca de Freemantle, á un «depósito de servidumbre.» En cuanto á los que se consideran intratables se les despacha brevemente: cerca de Perth se fusilaron setenta en un solo día.

Pero como los naturales tenían muchas facilidades para escaparse, se preferían los trabajadores importados y, por tanto, los colonos de Queensland em-

pleaban kanaks en sus plantaciones, de los cuales les proveían los piratas que bajo el pabellón cristiano los compraban á cambio de ron y tabaco á los reyezuelos de las islas de los mares del Sud y los desembarcaban en Brisbane con la etiqueta: *alistados voluntarios*. Un papel certificaba que aquellos trabajadores se alquilaban de su libre y espontánea voluntad, y que volverían á su patria después de haber cumplido los años de servicio estipulados por el contrato. Peor para ellos si morían antes de finir aquel plazo. Así transportaron los españoles millones de negros á las Antillas para reemplazar los millones de caribes que habían exterminado.

También se importaron chinos, que en un principio dieron buen resultado: ninguna ocupación les repugnaba, para todos los oficios eran buenos: planchadores, ayos, palafreneros, cavadores; todo á precios ridículamente baratos: no trabajan mucho porque comen poco y no pueden ser robustos, pero cumplen su obligación con cuidado y puntualidad y suelen anticiparse á los deseos del patrón. Esto sería muy bueno si su ductilidad no fuese acompañada de una tenacidad invencible. Cuando el chino adquiere la libre disposición de su persona, queda tan chino como antes; nuestra civilización no le afecta ni le modifica en lo más mínimo, por lo que los explotadores le detestan, por hallarse convencidos de que no le dominarán nunca, y los otros explotados le odian por la terrible competencia que hacen en el mercado del trabajo. Se hablaba del «peligro amarillo» presentándole con los más ne-

gros colores; hasta se hablaba de la invasión mongola. Era una ilusión. Los cuerpos legislativos se ocuparon del asunto y votaron la asimilación de los amarillos «á los artículos de importación,» imponiendo por su entrada 2,500 francos por cabeza. La ley produjo su efecto: en 1891 sólo seis chinos desembarcaron en aquella tierra inhospitalaria.

Hace una treintena de años, los estadistas de Occidente reclamaban con insistencia la apertura del Imperio del Medio. Ningún país, decían, tiene derecho á amurallarse en sus fronteras, porque la Tierra pertenece á la humanidad y los derechos del hombre sobre la China son anteriores á los de los chinos. Se forzó la puerta y se entró en Pekín á tambor batiente y con la mecha encendida; pero esa Gran Muralla, que debía abatirse con tanta urgencia, la han reconstruído los blancos en Australia y en los Estados Unidos, sin caer en la cuenta que de este modo la civilización blanca se declara inferior á la civilización amarilla.

¿No han de influir estos hechos más ó menos pronto sobre el equilibrio de los continentes?—Piel Negra y Piel Roja han sido expulsados de la tierra que les vió nacer y han sido enviados á morir al desierto; en lo que constituía su patrimonio los aventureros de la industria han trazado naciones á capricho; pero el crimen de hoy trae consigo la venganza de mañana; porque la gran propiedad ha desmoralizado y desorganizado primero, y luego destruído siempre las naciones que la han soporado.

Esa es la suerte que nos espera.

A menos que las naciones se den cuenta de ello, y, como consecuencia, supriman la expoliación propietaria, herencia de la barbarie feudal, y se desembaracen del capitalismo, tenia de los cuerpos sociales, gusano roedor del trabajo.

ELIE RECLUS

(*Le Primitif d'Australie*)

La palabra *salvaje* que, en su origen, designa la ausencia de civilización y de cultura, ha tomado el sentido de *cruel* y *sanguinario*, á causa de que se representa generalmente á las tribus no civilizadas como feroces y crueles. Considerada la ferocidad como atributo inseparable de las razas en estado bárbaro, las cuales se distinguen también de nosotros por una religión diferente, queda tácitamente convenido que su ferocidad procede de que no profesan nuestra religión; pero si luchando con buen éxito contra la influencia del patriotismo restablecemos en su integridad los testimonios que han sufrido su acción corruptora, nos veremos obligados á modificar esa acepción.

Leamos, por ejemplo, lo que Cook refiere de los taitianos en la época en que los visitó por primera vez, y nos sorprenderá encontrar en ellos ciertos rasgos de carácter superiores á los de sus huéspedes civilizados; es verdad que cometían algunos hurtos, pero eso no era nada en comparación de los mari-

neros que robaban objetos de su barco para satisfacer sus vicios. Cuando Cook hubo establecido una penalidad contra los ladrones, los naturales denunciaron un hombre de su tripulación: convicto y confeso, el marinero fué condenado á sufrir la pena de azotes, y los naturales, después de esforzarse inútilmente por salvarle, lloraron á la vista de los preparativos del suplicio. Examinando imparcialmente las relaciones de la muerte de Cook, se ve claramente que los habitantes de las islas Sandwich mostraron disposiciones amistosas hasta el día en que los malos tratamientos sufridos les autorizaron á temer otros para lo futuro. La experiencia de muchos otros viajeros demuestra igualmente que casi todas las razas no civilizadas son benévolas á la primera visita, y que las disposiciones hostiles que suelen manifestar después no son sino represalias del mal que les han hecho las razas civilizadas. La historia de los naturales de la isla de la Reina Carlota, que no atacaron las fuerzas del capitán Carteret sino después de haber recibido sobrados motivos de irritación, puede tomarse por tipo de la historia de las relaciones entre salvajes y civilizados. Según los informes sobre el caso del misionero Williams, «el mártir de Erromanga,» su asesinato, que se ha explotado para probar la malignidad de la naturaleza humana no corregida, no fué más que una venganza contra violencias anteriormente cometidas por europeos perversos.

Léanse algunos testimonios sobre la conducta respectiva de salvajes y civilizados.

«Después de haber matado un hombre en las Marquesas, herido gravemente otro en la isla de Pascuas, otro en Tongatabu, otro en Malbicola y haber asesinado últimamente otro en Tanna, los habitantes de esas diversas localidades continuaron manifestándose cultos é inofensivos con nosotros, pudiendo, no obstante, si hubieran querido, vengarse de nosotros matando nuestros rezagados.» (Foster, *Observaciones* etc.)

Excepto en Cafta, donde se me atribuyó durante algún tiempo proyectos hostiles, durante mis viajes no he recibido jamás acogida inhospitalaria de nadie, á excepción de los europeos, que no tenían que reprocharme sino mi pobreza aparente.» (Parkyn, *Abyssinia*).

En febrero de 1812, las gentes de Winnebah (Costa de Oro) se apoderaron de su comandante el Sr. Meredith, y le maltrataron hasta matarle. La ciudad y el fuerte fueron destruídos por los ingleses, y muchos años después, cada navío inglés que pasaba ante Winnebah lanzaba una andanada sobre la ciudad para dar á los naturales una idea de la rigurosa venganza reservada á los que vierten sangre europea.» (Cruikshank).

Si preferís, en vez de esos testimonios aislados, la opinión de un hombre que ha reunido gran número de testimonios, he aquí lo que dice Washington Irving á propósito de la amistosa acogida hecha á Ensico por los naturales de Cartagena, sobre la costa de Nueva Granada, quienes algunos años antes sufrieron crueles tratamientos de los españoles;

«Cuando recordamos la venganza sangrienta y ciega con que Ojeda y sus compañeros castigaron la resistencia natural de aquel pueblo á los invasores, y consideramos el espíritu de clemencia y de moderación que mostró aquel mismo pueblo en una ocasión en que se le ofrecía la venganza, declaramos que una duda fugitiva cruza ante nuestro espíritu y nos preguntamos si se aplica siempre á quien corresponde el arbitrario nombre de salvaje.»

No puede negarse que la duda es fundada cuando se ha leído el relato de las crueldades cometidas en América por los europeos en tiempo de la invasión. En Santo Domingo, por ejemplo, los franceses hacían arrodillar los naturales á la orilla de una zanja profunda y los fusilaban por tandas hasta que se llenaba la zanja, á menos que para ahorrarse trabajo, prefiriesen llevarlos á alta mar, donde los arrojaban sobre las bordas del barco atados en grupos. También los españoles en Santo Domingo hacían sufrir tan horribles tratamientos á los indígenas esclavizados, que éstos se suicidaban en masa. Se conservan estampas españolas que representan los diversos modos usados de suicidio.

¿Alegará el inglés que esos actos y otros miles del mismo género han sido cometidos en otros tiempos por razas civilizadas que no son la suya, y que son imputables á la religión corrompida que el inglés repudia? Bueno es recordarle en este caso que muchos de los hechos precitados hablan contra nosotros mismos, y que su religión depurada no ha

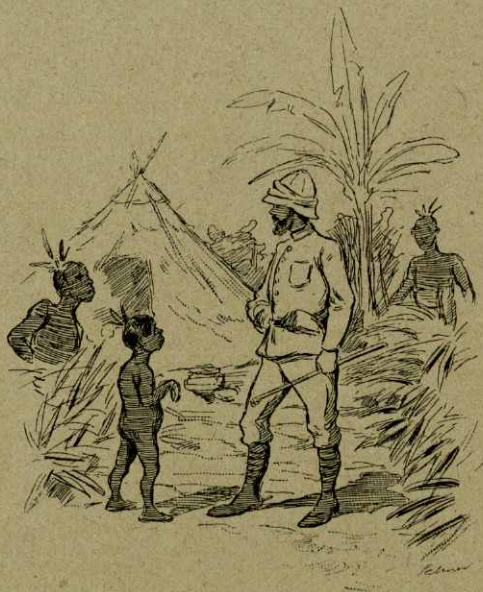
impedido á su raza tratar de la misma manera á los indios de la América del Norte. Podríamos avergonzarle refiriéndoles las abominaciones que se cometen actualmente en nuestras colonias. Sin entrar en detalles, bastará recordar un hecho notorio y reciente. Nos referimos á las razzias y matanzas ejecutadas en los mares del Sud. Siempre lo mismo:—traición respecto de gran número de indígenas cuya vida se sacrifica sin piedad; escasa venganza tomada por los indígenas aprovechando una oportunidad; éstos acusados de un asesinato atroz; finalmente, matanza general de los naturales, culpables ó inocentes.

HERBERT SPENCER

(Introducción á la ciencia social)

El capitán italiano Cerruti vuelve de la península de Malaca, donde ha ido á vivir entre los salvajes. Es curioso que puedan hacerse largos viajes y descubrimientos fecundos en medio de tribus reputadas como feroces sin que el viajero haya sufrido la menor molestia. El capitán sostiene en sus cartas que el mejor medio de sustraerse á todo peligro consiste, no en presentarse á los salvajes armado y con numerosa escolta;—él fué siempre desarmado y solo,—sino en ganar su confianza viviendo como ellos, interesándose en sus asuntos, fingiendo participar de sus ideas y de sus creencias, salvo ilustrarlos poco á poco.

Fijó su residencia en Perak, entre los sakeys, en la península malaya, y la descripción que hizo de aquellos buenos salvajes más parece un idilio soñado por un Fenelón ó un Rousseau que una relación de viajero moderno.



Las costumbres de los sakeys, escribe el capitán, se distinguen por una bondad, una sencillez y una ingenuidad fenomenales. Desconocen la embriaguez porque sólo beben agua; no tienen avaricia porque no usan moneda de ninguna especie y parten entre

sí el producto de su caza y de su pesca; no hay rebeldías ni conspiraciones en una sociedad sin jefes; son imposibles los crímenes pasionales porque, apenas púberes, es decir, á la edad de 13 á 14 años, se casan los jóvenes á su libre elección, y se dejan cuando cesan de amarse, y el divorcio es entre ellos muy raro precisamente porque es muy fácil.

Los sakeys no tienen industria, comercio, artes ni agricultura; la ambición no puede existir en un pueblo donde todos son iguales; la envidia es difícil en un país en que no hay pobres ni ricos; las guerras religiosas carecen de objeto en un país entre esos malayos que no adoran animales, astros ni divinidad de ninguna especie: gozan de los beneficios del sol sin molestarse por averiguar cómo, por qué y por quién fué creado; creen en la existencia de un espíritu benévolo, pero ni le adoran ni le rezan, porque piensan que siendo bueno es incapaz de hacer el menor daño.

Su género de vida es la sencillez misma: tienen tazas de bambú, y se sirven de las hojas de banano como platos, que tiran cuando están sucios. Son nómadas: cuando agotan los frutos, siempre abundantes de un hermoso país, van á otra comarca donde saben que encontrarán alimento, tan fácil y delicioso.

Están sometidos nominalmente á los ingleses, cuya existencia ignoran. El capitán Cerruti es el único blanco que hayan visto hasta el presente, á quien el gobierno británico, siempre práctico, ha encargado les diera las primeras nociones de una

vida civilizada. ¡Pobres gentes! en cuanto sean *ilustrados* serán desgraciados.

(*Natura é Arte*, Milán)

Los negros africanos son lo que son: ni mejores ni peores que los blancos, pertenecen sencillamente á otra fase de desarrollo intelectual y moral.

Estas poblaciones infantiles no han podido llegar á una mentalidad muy avanzada, y en esta lentitud de evolución ha habido causas complejas, unas que radican en la misma organización de las razas negras, otras que pueden hallarse en la residencia donde esas razas se han estacionado.

Lo que puede asegurarse con la experiencia adquirida es que la pretensión de imponer á un pueblo negro la civilización europea es una aberración.

Un negro dijo un día á unos viajeros blancos que la civilización blanca era buena para los blancos y mala para los negros. Afirmación altamente juiciosa.

No puede negarse: donde han penetrado las misiones cristianas, sean protestantes ó católicas, han dejadó la hipocresía y un refinamiento de depravación.

No quiere eso decir que el destino del negro africano haya de sernos indiferente, y que no debamos pensar en hacerle partícipe de nuestros progresos.

Se trata á lo menos de evitar el aguardiente de la trata, las misiones religiosas y los tiros á ese niño

grande, crédulo é inconstante, á quien en mucho tiempo, á lo que parece, no pueden pedírsele los caracteres del hombre hecho.

A. HOVELACQUE

(Les Nègres de l'Afrique sus-équatoriale)

La esclavitud entre los salvajes y las razas bárbaras es preferible á la que existió durante siglos en las antiguas colonias europeas. Las relaciones de los sexos en muchas tribus salvajes son más puras que entre las clases más ricas del mundo mahometano. En cuanto á lo referente á la autoridad suprema en materia de gobierno, la comparación resultaría favorable á los consejos de jefes y de ancianos que se encuentran entre los salvajes sobre el despotismo sin límites bajo el cual gimieron tantas razas civilizadas.

Preguntados los indios creeks sobre su religión, respondieron que en aquello en que no es posible entenderse, es preferible dejar á cada hombre remar su canoa á su gusto; y, después de muchos siglos de discusión teológica y de persecuciones, el mundo moderno parece haber llegado á pensar que aquellos salvajes no se hallaban lejos de la verdad.

E. B. TYLOR

(La Civilisation primitive)

Quiero tributarles aún este homenaje: solo entre ellos, sin escolta, á muchas jornadas de todo otro

blanco, navegando á través de países apenas sometidos, á veces hostiles, hallándome por completo entre sus manos, jamás pensé que mi seguridad estaba amenazada. ¿Era la superioridad del hombre blanco en país negro—convicción muy necesaria, á pesar de la modestia y de la filosofía, cuando se abre uno solo camino en países vírgenes,—lo que me daba esa quietud? ¿No procedería del espectáculo de las costumbres amables que tenía cada día á mi vista: la letanía de saludos y cumplimientos que mis hombres cambiaban con los bosos de las piraguas que se cruzaban con nosotros ó que adelantábamos; la bondad y el desinterés que se manifestaban unos á otros aun siendo desconocidos? Cuando encontrábamos bosos pescando, espontáneamente ofrecían á los míos una parte de su pesca, algunos hermosos pescados ó un cuarto de caimán. Apenas detenida nuestra marcha para embarcar el regalo y emprendida de nuevo, las frases de gratitud se repetían hasta que estábamos muy lejos: «¡Tara! ¡Tara! bosos!»

¿Qué extraño es, ¡oh Niger! qué me parezcan dulces las horas pasadas en tus extensos dominios? ¿No es natural que me queden en la memoria entre las mejores de mi vida cuando las recuerde al calor de mi hogar?

¡Oh, sí! Aquellas horas permanecerán como el recuerdo de una carrera en el infinito del espacio y de la libertad; como una escapada fuera de las mil trabas que el hombre ha puesto al hombre so pretexto de progreso; como una visión de la existencia

de los primitivos, que ignoraban la noción del bien y del mal y vivían sin esfuerzos, sin leyes y sin gendarmes, una vida justa y buena; como una huida lejos de todo lo podrido y falso que la civilización ha puesto en el corazón de los hombres; en una palabra, como la realización de un sueño acariciado por muchos filósofos y no vivido por ninguno.

FÉLIX DUBOIS

(Tombouctou la Mystérieuse)

Los insulares de las islas Marianas viven en completa independencia unos de otros; cada uno se gobierna á su capricho, sin leyes ni magistrados, teniendo solamente algunas costumbres á las cuales se someten voluntariamente y por cuya infracción no se castiga á nadie, haciéndose cada uno justicia á sí mismo. En cuanto á religión, aquellos salvajes no tienen de ella idea alguna y no reconocen ninguna divinidad, y por consecuencia no tienen curas, templos ni altares.

Uno de aquellos insulares manifestó á unos misioneros que los europeos habían ido á sacarlos de la dichosa sencillez en que vivían y á corromper sus costumbres so pretexto de ilustrarlos; que los conocimientos que les habían traído sólo habían servido para aumentar sus necesidades é irritar sus deseos; que la instrucción que se les daba no producía otro resultado que sujetarlos y despojarlos de

la preciosa libertad que sus antepasados les habían legado, y que se les hacía desgraciados con la esperanza de una felicidad quimérica que se les prometía.

GOHIEU

(Histoire des Iles Mariannes)

Los salvajes de la América septentrional viven bajo las leyes de la simple naturaleza, y ni conocen el «tuyo» ni el «mío,» que son causa de todas las desgracias. Se socorren mutuamente sin ser solicitados, y lo que es de unos es común á los otros. Por eso no tienen procesos ni querellas, ni se roba, ni tienen subordinación entre sí, y se burlan de los cristianos, que son esclavos unos de otros y no pueden vivir en sociedad sin renunciar á su libertad natural.

BARÓN DE LA FLOUTAN

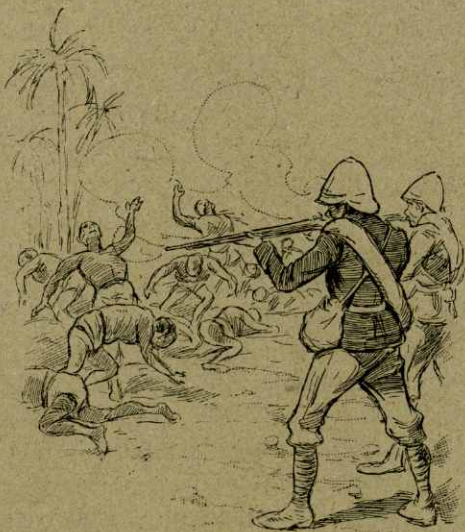
(Voyages de l'Amérique)

Las naciones civilizadas, que no vacilan en privar de su libertad los pueblos de Africa ó del Extremo Oriente, so pretexto de que son razas inferiores, deberían al menos esforzarse en hacer prevalecer entre ellos las nociones de progreso y los principios de justicia que constituyen nuestra superioridad moral. Limitándose á llevarles nuestros vicios y nuestras pasiones, los entregan al alcohó-

lismo, y en vez de vencerles por la dulzura recurren á la fuerza. No vale la pena haber hecho la Revolución del 89, emancipado los siervos y proclamado la igualdad de todos los hombres que viven sobre el globo terráqueo para ir á fusilar por todas partes los pueblos negros ó amarillos que nada nos han hecho y para favorecer más ó menos hipócritamente la esclavitud.

LEÓN MILLOT

(*La Dépêche*, 6 julio 903)





os años después de la expedición de Berin y Tchirikot, en 1741, el sargento Bassof, residente en Kamtchatka, construyó un barco y á la buena fortuna hizo rumbo á las Aleutinas. En 1745, otro ruso, Miguel Nevodsikof, visitó el archipiélago, y á su

regreso refirió que en aquellos lejanos parajes abundaban las más preciosas peleterías de zorras árticas, osos y nutrias, excitando con sus narraciones maravillosas el entusiasmo de las gentes atrevidas y dispuestas al logro de su deseo á toda costa. Solos ó en bandas, muchos aventureros se pusieron al frente de los indígenas inofensivos y pronto los trataron como esclavos.

En 1764, el gobierno ruso concedió la explotación del archipiélago á una compañía titulada «Sibero-Americana,» cuya residencia administrativa y política estaba en Petersburgo y su factoría principal en Ircoutsk. Concebida sobre el modelo de la Compañía de las Indias, se proponía conquistar las Kouri-

les y el archipiélago Aleutino, y apoyándose sobre el continente americano, desde el grado 54 norte hasta el mar Glacial, contaba introducirse hasta el Japón. Se le concedía el derecho de alistar soldados, construir fortificaciones y enarbolar bandera, con la condición de destinar á beneficio de la corona el 10 por 100 de los beneficios netos, aparte de un tributo en pieles que pagarían los naturales: eso sí; «del cuero ajeno, ancha correa.»

Los civilizadores llegaban con cañones, metralla y proclamas excelentes. Llevaban consigo las eternas felicidades que otorga la religión ortodoxa, y además armas, herramientas, hierro, acero, madera, muchas cosas útiles, otras admirables por su novedad, y sobre todo tabaco, y sobre todo el maravilloso aguardiente, por el cual todo salvaje da su vida. Pasaban por seres divinos y su emperador por el dios del mundo, y vistos los beneficios que confería su sola presencia, qué menos habían de hacer que adjudicarse el territorio é imponer algunos tributos, correspondiendo á los aleutinos entregar las pieles de los animales del país y admirar la generosidad de los extranjeros. Un día las gentes de la factoría intimaron la orden de entregar la mitad, así como suena, la mitad del producto de sus cazas y de sus pescas, «para repartirla mejor según las necesidades:» los cándidos obedecieron esperando que sus huéspedes procederían á la distribución con más inteligencia y equidad que lo hacían ellos mismos. Se comprende cómo se haría el reparto, y se adivina también cómo el fusil, lógico terrible, haría jus-

ticia de las reclamaciones. Pero admírese la diferencia de hombre á hombre, de salvaje á civilizado: que la Beneficencia pública pida solamente á los parisienses la mitad de todos sus ingresos, utilidades y salarios, para beneficiar á los pobres, á los necesitados y suprimir la miseria... ¡Cómo se le respondería!

Una vez consolidado su poder, los rusos se quitaron la máscara del filántropo, limitando de estación en estación la parte de los hambrientos. Para amontonar pieles, para llenar de aceite las barricas, se hicieron tan crueles como lo fueron los conquistadores españoles para amontonar oro, y el negociante, por exigencia del negocio, se convirtió en asesino; y se vió entonces que se divertían en formar aquellos infelices en línea estrecha y apostaban al que atravesase más cabezas con la bala de su carabina, tomándoles además sus mujeres y sus hijas en rehenes de los padres y de los maridos. En altas esferas se tuvo vergüenza de lo que pasaba: la emperatriz Catalina, piadosísima como se sabe, queriendo hacer algo, ordenó en 1793 que se enviasen misioneros á aquellos pobres aleutinos para inculcarles el cristianismo, y presidiarios para iniciarlos en la agricultura, y por el barco *Los Tres Santos* les remitió un cargamento de penados; la ilustre amiga de los filósofos y de los economistas no imaginó nada mejor en favor de los desgraciados indígenas. Pero ¿quién lo creyera? las cosas fueron de mal en peor. En 1799 se reorganizó la empresa: para cumplir una obra civilizadora (si hemos de dar

crédito á la declaración oficial), para promover el comercio y la agricultura, para facilitar los descubrimientos científicos, para propagar la fe ortodoxa; para cuyos fines, la Compañía, confirmada en sus derechos y privilegios, fué transformada en representante y delegada de la Corona, que le dió soldados. Resistir á la Compañía se convertía en crimen, y los aleutinos, que se le habían entregado como súbditos, los trataba como esclavos; sin remuneración de ninguna especie y aun sin alimentarlos los abrumaba de trabajo; cuando traían las pieles exigidas, no habían hecho más que cumplir con su deber, ¡y desgraciado el que no lo cumpliera! A pesar de los esfuerzos de los misioneros, entre los cuales se hallaba el padre Inocente Veniani, la evangelización avanzaba poco, hasta que se imaginó exceptuar á los neófitos de todo tributo durante tres años consecutivos. ¡Milagro! Aquello fué una nueva Pentecostés, la gracia se esparció á torrentes, la verdad iluminó los corazones y las multitudes corrían á las fuentes bautismales; pero la eterna felicidad no se otorgaba si no se entregaba por arras una cubierta y un cuchillo, y para entrar en la gloria se exigía un paquete de cuerdas de pescar y seis anzuelos.

Los jefes de la Compañía se titulaban oficialmente «Muy Honorables», calificaban de «Honorables» sus principales empleados y se dignaban dar el título de «Semi-Honrados» á sus escribientes y tenedores de libros, título muy estimado todavía. Krusenstern, un marino sin artificio, declaraba que

para entrar en ese servicio se necesitaba ser hombre malo y aventurero de la peor especie.

Según Lagsdorf: «Los aleutinos son mandados por aventureros malvados é ignorantes, fugitivos de su país natal á causa de sus crímenes, y hacen lo que quieren sin que nadie les pida cuentas. Una peste causaría menos estragos que esa administración.»

El naturalista Kittlitz, que acompañó al almirante Lutke á aquel país y recorrió todas las factorías, no se atrevió á decir la verdad, pero la dejó adivinar: «La Compañía ruso-americana exige el servicio de la mitad de la población masculina de 18 á 50 años: el trabajo es enteramente gratuito, aunque admite algunos asalariados. Durante seis meses los hombres van al mar á la pesca y los restantes seis meses cazan la zorra. En tales condiciones es incomprendible cómo quedan brazos para subvenir á las necesidades más indispensables de la familia.»

Tres generaciones de cristianos y de civilizadores bastaron para agotar y esterilizar el país. Las islas eran ricas en animales de pieles finas, pues se les exterminó. Solamente de las islas de Privilon se sacaron 2.500,000 pieles de osos marinos en los treinta años siguientes al descubrimiento (1787 á 1817). Se llegó á matar tanto, que en el año 1803 había amontonadas en los almacenes unas 800,000 pieles, y como no había extracción se quemó la mayor parte. La explotación llegó á su término lógico, la ruina. Aquel pillaje acabó por costar más de lo que

reportaba; «ya no pagaba el negocio,» y en 1867 se vendió la Aleutia con los aleutinos que quedaban á los Estados Unidos.

¿Qué harán los americanos de ese nuevo territorio cuya responsabilidad les incumbe actualmente? ¿Cómo tratarán á los indígenas? Probablemente como á los pieles rojas. Querrán resucitar la antigua raza, y no podrán; ya agoniza; pero si quieren dulcificar su fin, han de apresurarse.

Hambrienta, cansada, recargada de trabajo, la población se ha aburrido de la vida. ¿Para qué tener hijos que no se pueden criar? ¿A qué aumentar el número de los desgraciados? Cuando abordaron los civilizados seguidos de sus beneficios, los aleutinos llegarían á cien mil, según los cálculos de los primeros traficantes, que nos parecen exagerados. Su evaluación excesiva, dada por Chelikof en 1791, era de 50,000 habitantes, una cuarta parte de los cuales había sido convertida por el padre Joaseph, al menos de ello se alababa. En 1860 los registros parroquiales no acusaban más que 10,000 individuos, comprendiendo en ese total los rusos y los mestizos y no entrando los verdaderos aleutinos más que por unos dos mil. El cambio de dominación no ha traído, no podía traer mejora inmediata. Así resulta que los ulongos, visitados por Dall, sobre una población mixta de 2,450 individuos, la mortalidad es de 130 por una natividad de 100; las aleutinas son poco fecundas, y en general puede decirse que la raza entera de los esquimales disminuye rápidamente, excepto quizá en los distritos groenlandeses,

sobre los cuales vela Dinamarca con una solicitud paternal.

Sobre los inoits hace estragos la consunción, que mata por sí sola más individuos que todas las demás enfermedades, y ese terrible azote, antes desconocido, lo ha traído la civilización. Cerca de ellos, los pieles rojas van destruyéndose por la viruela, triste regalo de los caras pálidas.

¿A qué se debe la acción funesta del civilizado sobre el salvaje? Dejando á otros la apreciación de las causas fisiológicas, examinemos algunas de sus causas morales.

Tomados por dioses, fuertes con el prestigio que rodea al civilizado por grosero é ignorante que sea, bastó á los rusos presentarse para apoderarse de todo un archipiélago y reducir toda su población á la servidumbre.

¿Era el aleutino cobarde é indigno de la libertad?

No. Véase el testimonio que da de su raza uno de los hombres que mejor la conocen.

«Los inoits son inoits, é inoits quedarán. La independencia es el rasgo esencial de su carácter, no soportan jamás la coerción, cualesquiera que sean los compromisos que acepten ó les hagan aceptar. Nacidos libres sobre una tierra salvaje, quieren ir y venir á su antojo, sin dejarse conducir jamás.

—No obstante, los aleutinos se han dejado conducir.

—Eso merece una explicación. Los rusos hubieran querido emplear el *knout* y la *plete* nacionales sobre aquellos fantásticos insulares, que se dejaban

matar casi con indiferencia, ó se suicidaban sin decir palabra. Por haberles querido conducir los rusos, mueren ó han muerto los aleutinos. No ofreciéndoles el menor encanto la vida sin libertad, pensaron huir á otro mundo huyendo de contratistas y comisionistas exactores, comenzaron por darse sin reserva, pero no pensaron que daría por resultado ser azotados; siendo dóciles y disciplinables hasta un grado extraño, aceptaron la dirección de hombres cuya superioridad se exageraban y á quienes tomaban por hermanos mayores. ¿Qué no hubiesen realizado hombres inteligentes y buenos con esas voluntades que se ofrecían tan espontáneamente? Pero ¿qué importaba eso á los filibusteros? ¡Aceite y tocino, pieles de marta y de oso era lo que buscaban!»

Generalicemos el asunto: en las luchas por la existencia, á través de las cuales la humanidad se abre un camino sangriento, las virtudes pasivas son sacrificadas por los vicios agresivos; y sin agitar la cuestión de vicio ni virtud, se ha visto en todas partes, al contacto de los blancos, descomponerse los sistemas políticos y sociales, caer en desuetud las antiguas costumbres y quedar sin objeto las distinciones anteriores; lo que los indígenas habían tomado hasta entonces por dioses, buenos espíritus, patronos y protectores, transformarse en demonios; la conciencia turbada perderse en las cuestiones del bien y del mal: el fusil y el aguardiente, era lo único que quedaba. Los jefes, despreciados por un cualquiera de ultra-mar, se sentían degradados y

perdían toda voluntad y dignidad ante la pistola, especie de rayo de bolsillo; hasta los brujos perdían la cabeza, reconociendo su ridícula impotencia ante la gran magia de los blancos, y los brazos del guerrero caían paralizados frente á las armas fulminantes; un héroe no era más que un tonto enfrente de una carabina, y perdiendo toda confianza en sí mismos, perdían el placer de vivir y hasta el propio temperamento. Cesaron para siempre la alegría, los regocijos, los cantos y las danzas y las imaginaciones bufas y grotescas. Encerrémonos en una luz triste y sombría, en una atmósfera espesa y pesada; descendamos todos vivos á un antro fúnebre... al de nuestra nación; muramos con lo que fué nuestra patria.

La civilización moderna, irresistible cuando desconcierta y desorganiza las sociedades bárbaras, muestra una singular torpeza para mejorarlas. Débese á falta de bondad, á falta de humanidad; nuestro genio no se presenta amable ni simpático. Encontramos un pueblo dulce y paciente, inclinado á la justicia y á la equidad, pero no sabemos más que subyugar y fustigar, diezmar y destruir. Aquel pequeño mundo con su alegría, su entusiasmo y su bravura, no pedía más que trabajar para vivir, pero quería también cantar, danzar y festejar, y en cuanto nuestro progreso les sale al paso, se le ve triste y taciturno. Aquel pueblo es siempre un niño, pero un niño desengañado; le hemos desanimado con tantas injusticias, y tan turbado y atribulado queda, que puede decirse que hemos roto el gran resorte,

agotado la vida en su manantial. Así sucedió con los guanches, antes una de las muestras mejores de la especie. Sencillos é inocentes, habían merecido que se diese á sus islas el nombre de «Afortunadas.» Los suprimimos, ¿por qué y cómo? Y cuando haya desaparecido el último de estos pobres aleutinos, se oirá decir: «¡Qué lástima!»

ELIE RECLUS

(Les Primitifs)

¿Quién es el bárbaro?

Podría creerse que es el vencedor y no el vencido.

Los administradores adversarios de la asimilación, que les harían desaparecer, alejan de nosotros los musulmanes en vez de acercarlos, escandalizándose por sus brutalidades y sus injusticias, maltratándolos cuando se niegan á denunciar y á calumniar á sus subordinados, hasta el punto de que, á pesar del recuerdo de los excesos reprochados á las oficinas árabes, nuestros indígenas argelinos reclaman enérgicamente su restablecimiento, es decir, la sustitución de la autoridad civil, que los desprecia, por la autoridad militar, que, al menos, respeta su valor.

Los agentes de la administración no se contentan con insultar á los árabes llamándolos Bicot, Kebb (perro), sino que los pegan palos y puntapiés. Recientemente, un rico propietario indígena fué mal-

tratado delante de su familia y sus servidores; el administrador llegó hasta tirarle de la barba.

Lejos de su país, los hombres que viven entre sí privados del elemento femenino se vuelven crueles hacia los indígenas.

En los pueblos se aprovechan del establecimiento del estado civil de los árabes para darles nombres patronímicos de tal modo odiosos, obscenos y ridículos, que el ministro de justicia se vió obligado á llamar la atención del Consejo superior sobre aquella inconveniente manera de obrar.

Parece imposible que un funcionario argelino pase al lado de una mujer sin ofenderla con una palabra grosera.

Cada día se arrojan nuevas injurias al rostro de los pobres musulmanes que pasan por los caminos bajo el peso de una carga de leña.

Excediendo la crueldad de los jefes, el guarda rural cuando le parece hace transportar á su domicilio, para su uso personal, las cargas de leña de que viven las pobres viejas indígenas, dando á la infeliz mora una veintena de palos á guisa de paga.

La Argelia, que es actualmente un extenso presidio en que el árabe maltratado carece con frecuencia del pan que se debe al presidiario, ha de convertirse, según el deseo del general Bugeaud que quería que á la espada siguiese el arado, en una colonia agrícola é industrial. Los carceleros, llamados administradores, serían ventajosamente reem-

plazados por prácticos agrícolas aptos para dar valor al país.

Lo que urge sobre todo es surcar nuestra África del Norte de carreteras y ferrocarriles, para que colonos é indígenas pudieran aprovechar sus productos. Actualmente son de tal modo escasos y onerosos los medios de transporte, que condenan al productor á consumir sobre el terreno ó á dejar que se pierda la cosecha por imposibilidad de venderla fuera. Por lo mismo no es raro ver villas enteras confiscadas por no poder cumplir las obligaciones contraídas.

La Argelia, que no tiene caminos, está invadida por la estatuomanía, y se da el caso de que esos mismos franceses que consideran de mal gusto que el emperador Guillermo recuerde las victorias alemanas, le imitan conservando el rencor entre los árabes belicosos, poniendo ante su vista la figura de todos los generales que les vencieron. ¡Como si humillando una noble raza se conquistase su amistad!

Se practica el arte de atormentar á los árabes: en vez de suprimir, se ha prorrogado por siete años la ley sobre los indígenas que impide al árabe vivir donde quiera, ir y venir como le convenga, hacer sin autorización una comida pública, tirar un petardo por un nacimiento ó un matrimonio, salir de su casa sin un permiso de viaje refrendado á cada momento... La ley sobre los indígenas obliga sin motivo á internar en el desierto hasta los árabes ricos que no son del agrado del administrador.

Los indígenas están sobrecargados de multas é impuestos especiales que se adicionan para ellos á

los impuestos argelinos; en primer lugar han de pagar el diezmo del ganado, *Zeckkat*; el diezmo de las cosechas, el *Achour*, y la *Lezma* en Kabilia. El desorden y el capricho rige á los árabes, viéndose á veces infelices hambrientos sometidos á fuertes impuestos.

Obligados á ser solidariamente responsables de los crímenes, por la ley del 17 de julio de 1874 están obligados á pagar colectivamente las pérdidas ocasionadas por los incendios que se produzcan sobre su territorio, resultando que hay tribus de tal manera perjudicadas por ese concepto que no pueden producir ni pagar impuestos.

Ese exceso de injusticia subleva la inocencia y le hace buscar los culpables por quienes sufre, y se ha dado el caso que los habitantes de un *aduar* se pusieran en masa delante de una locomotora, cuyo carbón incandescente desprendido incendiaba las hierbas secas que bordeaban la vía, para detener el caballo vapor incendiario y llevarle ante los tribunales, siendo necesaria toda la energía del jefe del tren para evitar el atropello en masa de aquellos justicieros desesperados.

¡Pobres indígenas, víctimas expiatorias! no son las locomotoras las incendiarias, sino los que tienen interés en esterilizar la tierra para apropiársela y arrojaros de ella.

Los incendiarios, harto astutos para vestir el albornoz, han declarado por boca de un ponente de la comisión parlamentaria de presupuestos, que cuando las multas colectivas no basten para castigar

los indígenas, se transfiera la población de los *aduars* culpables hacia el Sur. ¡El pretexto para rechazar los árabes al desierto ha sido hallado!

HUBERTINE AUCLER

(*Les Femmes arabes en Algérie*)

Los mejicanos besaban la proa de los barcos que conducían á los españoles; creyéndoles inmortales y descendientes de Quetzalcoatt, les presentaban hermosas indias para obtener su benevolencia. Moctezuma vino á prosternarse delante de los misteriosos extranjeros, les tiñó con su propia sangre, les sacrificó víctimas y ofreció á Hernán Cortés un traje completo de dios, dándole además el nombre de astro-rey y á sus compañeros el de hijos del sol.

ELIE RECLUS

No hay duda que es hermosa la civilización.

Como muestra, véase la carta de un artillero que cuenta á su hermano la conquista de un oasis.

«Continuando el tiro del obús á la melinita, la *kasbah* fué derruída en parte; la infantería se lanzó al asalto y pudo darse cuenta de la potencia destructora de nuestros cañones. Allí no se veían más que cadáveres, unos sin cabeza, otros sin brazos, sin piernas ó destripados. Hombres, mujeres, niños, caballos y camellos yacían mezclados, muertos ó poco menos. Figúrate que de mil doscientos habi-



tantes sólo pudimos coger sesenta y dos prisioneros: los otros habían muerto.

Ellos tienen la culpa: ¿quién les manda ponerse en el camino de la civilización?

Seguramente que los sobrevivientes pasarán un mal rato, pero ¡qué compensaciones les están reservadas!

Tendrán ferrocarriles con vagones de primera, segunda y tercera clases, conocerán el telégrafo eléctrico, el teléfono y el fonógrafo, que se obstinan en ignorar.

Los días festivos vendrán hacia ellos personajes revestidos con vestiduras bordadas, y les leerán discursos que tratarán de solidaridad humana y de reivindicaciones sociales.

El gobierno, por boca de esos personajes dorados, les asegurará su solicitud, y pronto comprenderán que no han perdido en el cambio, al contrario habrán ganado mucho, porque poseerán todo lo que nosotros los civilizados tenemos en abundancia: reglamentos, leyes, guardas, cobradores de contribuciones y quizá un día, lejano aún, día bendito, se les conferirá el derecho de votar.

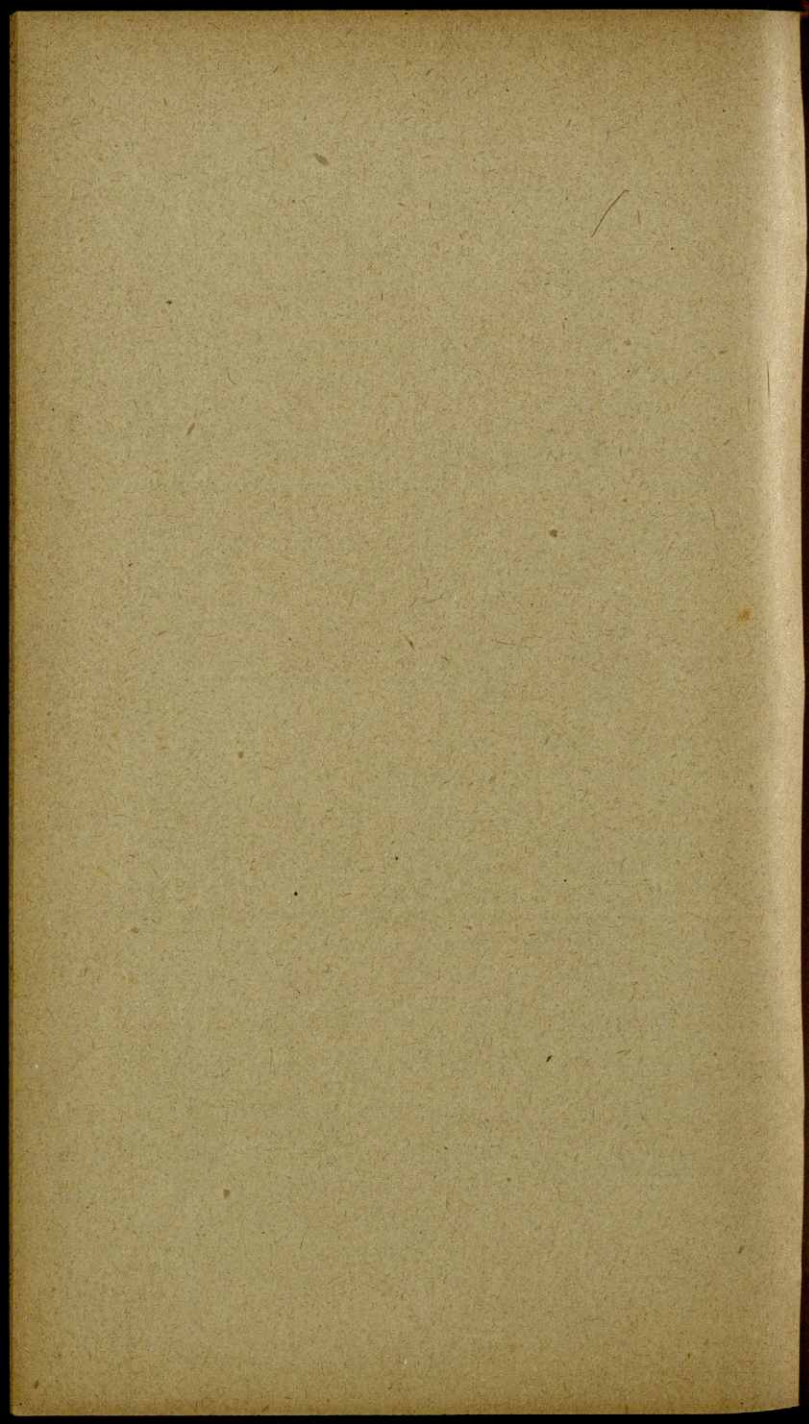
Entonces comprenderán que para su bien se les enviaron obuses de melinita, se destruyó su kasbah y se decapitó, mutiló y destripó á sus hermanos, sus mujeres y sus hijos.

Consuélelos la esperanza de que un día alcanzarán el hermoso título de civilizados.

H. HARDUIN

(*Le Matin* 21 abril 1900)

FIN



ÍNDICE

	PÁGINAS.
PREFACIO, Eliseo Reclus.	5
Boucher de Perthes.. . . .	9, 57
Julio Simón.. . . .	9
Voltaire.. . . .	15, 83
Henri Fevre.. . . .	17
Henri Bauer.	24, 102
J. Novicow.	26, 68
Señora Necker.	26
Adolphe Retté.	27
Alejandro Dumas.	33
Morel.	33, 58
C. Flammarion.	37, 93, 112
Señora Severine.	39
Alfonso Karr.	45
Brieux.	55
Josué.	57
Pascal.	58
Octave Mirbeau.. . . .	64, 87
Herbert Spencer.	65, 163
J. Dejacques.	71
A. Herzen.	71, 90
A. Toussenel.	72
Edouard Conte.	74
Jean Hess.	81
Lamennais.	84, 95
Tolstoi.	84
Oscar Klemich.	84
E. Laverdais.	85
Alph. Daudet.	89
H. Maudsley.	90

	PÁGINAS.
Otto Erich Hartleben.	91
Goethe; Condorcet.	92
Alfieri; Lao-Tsé; E. Quinet.	93
Schiller.. . . .	94
Montaigne; Barón de Nervo.. . . .	95
Th. Ziegler; Mably; F. de Coulanges.	96
Luis Havet.	96
H. Perrin-Duportal.	107
A. de Vigny.. . . .	112
Víctor Hugo; Chevreuil; Condorcet.. . . .	113
Andrea Tery.	115
G. de Baulin.	120
Bradamante.. . . .	120
Winwood Reade.	124, 129
Alexandre Ular.. . . .	137
Elie Reclus.	145, 176, 189
A. Hovelacque.	170
E. B. Taylor.. . . .	171
Félix Dubois.	172
Gohieu.	173
Barón de la Floutan.	174
León Millot.. . . .	174
Hubertine Aucler.	185
Henri Harduin.	189

COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

<i>La Unica Frontera. (Trabajo y capital).</i>	14
<i>Pío IX ordenando el incendio de Roma.</i>	35
<i>El capital protegido por la fuerza armada.</i>	61
<i>Entrada de los quintos al cuartel.</i>	76
<i>¡Bellezas de la guerra!</i>	89
<i>Cómo se coloniza.</i>	114
<i>Victimas del clero y del ejército.</i>	121
<i>El cordero y los lobos.</i>	190

Catálogo de las obras

publicadas hasta ahora

Cartilla (Primer libro de lectura)

Dedicado á la enseñanza racionalista de niños y adultos; contiene, además de la enseñanza del mecanismo de la lectura, fundado en un sistema original, una aplicación práctica del conocimiento recién adquirido en que se expone de un modo conciso y sencillísimo la existencia del universo.

Libro utilísimo á los niños, á las mujeres y á los hombres, por cuanto destruye la base fundamental del error y prepara el conocimiento de la verdad.

Aventuras de Nono por JUAN GRAVE

Traducción de A. Lorenzo

(Segundo libro de lectura)

Sólo quien, como su autor, siente entusiasmo por la verdad manifestada en su espléndida belleza en medio de los convencionalismos y errores de la sociedad actual, es capaz de escribir un libro como éste destinado á robustecer el sentido común inicial en la inteligencia de los niños y hacerles impenetrables á la preocupación estacionaria.

Patriotismo y Colonización

(Tercer libro de lectura)

Instruidos ya los alumnos con la lectura de *Aventuras de Nono* acerca de la diferencia que hay entre Argirocracia y Autonomía, hallarán en este tercer libro de lectura detalles más que suficientes para rechazar los horrores que se cometen en defensa de intereses mezquinos, cobijados bajo convencionalismos altisonantes.

Origen del Cristianismo

(Cuarto libro de lectura)

CAPÍTULO I. Origen de las religiones.—II. El Sol.
III. El Fuego.—IV. El Evangelio.—V. El Culto.
VI. Los Santos.—VII. La Ciencia.

Crítica positiva é irrefutable, que ilumina la inteligencia del alumno, si no en la infancia, después, hombre ya, cuando intervenga en el mecanismo social; útilísimo además por no dirigirse exclusivamente á las escuelas primarias, sino á las libres escuelas de adultos.

Cuaderno Manuscrito

Destinado á secundar, en la parte que le corresponde, la difusión de la verdad, y facilitar la lectura de los múltiples caracteres de letra usados en la vida práctica.

Epítome de Gramática Española

por FABIÁN PALASÍ

Obra exenta de sofismas religiosos y sociales, tan abundantes, á guisa de ejemplos, en los libros análogos de enseñanza tradicional.

Resumen de la Historia de España

por NICOLÁS ESTÉVANEZ

Con notas editoriales y un Apéndice de *Volney* sobre la *Historia* á propósito para generalizar la crítica histórica.

Compendio de Historia Universal

por CLEMENCIA JACQUINET

TOMO I.—Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

TOMO II.—Edad Media y Tiempos Modernos.

TOMO III.—De la Revolución Francesa hasta nuestros días.

Su lectura, para los niños de ambos sexos, es necesaria como obra inspirada en la moderna pedagogía, y para los adultos es un resumen histórico, breve y verídico en que se halla la explicación de instituciones y acontecimientos que difícilmente se encontrará en las grandes historias.

La Substancia Universal

por A. BLOCH y PARAF-JAVAL

(Lectura verdaderamente racional y positivamente instructiva)

Última palabra de la ciencia; resumen de filosofía natural; obra utilísima para fijar las ideas de los maestros y suministrar base racional y científica á sus conocimientos, y para iniciar á los alumnos en la vía positiva de la verdad.

Nociones de Idioma Francés

por LEOPOLDINA BONNARD

Método producto de la práctica, sancionado por el éxito obtenido por su aplicación en la Escuela Moderna,

y, naturalmente, adaptado á la generalidad de las condiciones de los alumnos; muy al contrario de lo que suele suceder con todos sus similares, en que el alumno es sacrificado á las exigencias muchas veces rutinarias del autor y del profesor.

Cantos de la Escuela Moderna

LOS JUGUETES, coro á tres voces. — Letra de Nicolás Estévanez. — Música de A. Codina. — 2 pesetas.

Hállanse en preparación y estudio cuantos libros son necesarios para completar una biblioteca pedagógica racional, libre y exenta de errores.

Para cada volumen se fija el precio de **2 pesetas**
La **Cartilla**, por excepción, su precio **1** »

A los señores correspondientes se les hará el 25 % de descuento.

A los envíos al Exterior, se carga además el franqueo.

A las escuelas se les bonificará con un descuento especial.

Toda la correspondencia y valores diríjense al Administrador

ESCUELA MODERNA

Calle Bailén, 56 - BARCELONA

BOLETÍN DE LA ESCUELA MODERNA

Publicación mensual, á excepción de julio y agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio, **2 ptas.** anuales; Exterior, **2'50**

CLASIFICACIÓN POR SEXOS Y NÚMERO
DE
ALUMNOS PRESENTES
EN LA
ESCUELA MODERNA
DURANTE LOS TRES PRIMEROS AÑOS ESCOLARES

MESES	NIÑAS en			NIÑOS en			TOTALES		
	1901-2	1902-3	1903-4	1901-2	1902-3	1903-4	Año 1.º	Año 2.º	Año 3.º
Día de apertura	12	—	—	18	—	—	30	—	—
Septiembre	16	23	24	23	40	40	39	63	64
Octubre	18	28	43	25	40	59	43	68	102
Noviembre	21	31	44	29	40	59	50	71	103
Diciembre	22	31	45	30	40	59	52	71	104
Enero	22	31	47	32	44	60	54	75	107
Febrero	23	31	47	32	48	61	55	79	108
Marzo	25	33	49	34	47	61	59	80	110
Abril	26	32	50	37	48	61	63	80	111
Mayo	30	33	51	38	48	62	68	81	113
Junio	32	34	51	38	48	63	70	82	114

